



CHUMINADAS AL AZAR

CHUMINADAS AL AZAR

Un enorme agradecimiento a los diez deditos que escribieron estas páginas.

De parte de su autora, M^a de los Ángeles Pérez García
("Marigel")

Y un gigantesco agradecimiento a mi cuñada Rosa
a la que le di la tabarra con las numerosas correcciones

Lo que toca oír por no ponerse tapones en las orejas

Introducción

A veces pienso que debo tener orejas de elefante metafóricas, de tanta cosa que me ha tocado oír.

La verdad es que nunca creí ser un modelo de escuchadora, pero mis vivencias me han demostrado ampliamente que no me conocía bien.

Volviendo la vista atrás, recuerdo escenas donde, tanto que esté de pie, sentada o tumbada en algún lugar, estoy prestando oídos plácidamente a lo que alguien me cuenta y me limito a mover la cabeza en plan comprensivo.

Comparto ahora este viaje memorístico mientras se agolpan en mi cabeza personajes que se me han quedado grabados y que al parecer no consigo sepultar en el olvido.

La descocada

Durante mi etapa de diseñadora de moda entablé amistad con varias de las redactoras de las revistas que publicaban mis prendas.

Con una de ellas seguí manteniendo relación porque solía invitarme a las cenas jaleosas que organizaba con frecuencia, dado que, según decía, le encantaba cocinar y eso de ir al restaurante le daba repelús.

Un día, por purita casualidad nos encontramos de nuevo y, entre una parrafada y otra, salió a relucir una historia que en aquel momento me pareció un poquirritín grimosa.

Una amiga suya de infancia (a la que no tuve ocasión de conocer) había pasado muchos años yendo de un país remoto a otro, siguiendo como buena esposa a su marido, super ingeniero de una super empresa italiana.

A la espera de que le mandaran al siguiente país que le tocara en suerte, dicho cónyuge viajaba muy a menudo.

Ella aprovechaba tales ausencias para asistir a las cenas que la redactora organizaba con suma frecuencia.

“Organizar” no es el término apropiado.

Todo empezaba cuando, a partir del viernes por la noche, alguien la llamaba por teléfono invitándola a ir con un grupo de amiguetes a tomar una pizza.

Ella replicaba que se había despertado con ansia cocinera y había decidido poner en práctica algunas ideas culinarias, a las que naturalmente estaban invitados los que se habían apuntado a la pizza.

Con el tiempo la “cocinera” descubrió que su amiga viajera, al participar en tales cenas, solía echarle el ojo a algún cristiano que, cual ciruela de temporada, sucumbía impepinablemente y con entusiasmo a su innegable seducción.

La personalidad y la simpatía de la trotamundos en cuestión resultaban arrolladoras... sin olvidar el detallito de que la santa madre naturaleza la había hecho super guapa.

Naturalmente la “histoire d’amour” resultaba inmediata...

Pero duraba poquito.

Porque, al parecer, después de bastantes años de matrimonio y tras haber visto crecer a sus 2 retoños, la viajera seguía esperando ansiosamente al príncipe azul... que tenía que ser RICO y DEVOTO, requisitos irrenunciables.

Se enrolló con una nutrida serie de amigos de la anfitriona. Pero al parecer ninguno estaba dispuesto a dar una patada a todo todito todo para disfrutar de sus encantos permanentemente, según confesó quejosamente a su amiga anfitriona

...Y lo mismo le contaron a dicha anfitriona los “enrollados”.

¡Debió de ser un período “trabajoso” para las orejitas de mi amiga redactora, con tanta confidencia no requerida!

Pero falta lo mejor de todo.

Como mi amiga siempre fue una reservona consumada, creo que nadie tuvo nunca ni la menor idea de cuál era su “vida amorosa”, por llamarla de algún modo.

Un día de verano la “viajera ligona” la llama por teléfono e insiste en invitarla a cenar en un restaurante de las afueras.

Novedad absoluta.

Pasa a recogerla y allá se van a un sitio famoso, situado casi al confín de la ciudad, donde, empieza el páramo verde-amarillento.

Después de elegir los respectivos platos la “invitadora, en cuanto se atiza un par de tragos de un rico vino blanco con burbujitas, nerviosa como una gelatina empieza a contarle su último romance.

En casa de la invitada ha conocido –entre otros muchos ya “catados”- a un tipo estupendo con el cual se ha enzarzado en una volcánica relación amorosa.

Es lo que siempre le apeteció: muy “calientito”, super culto y con una óptima posición económica, claro, requisito esencial para ella.

Mientras la enfervorizada parlotea la invitada le da al tenedor, preguntándose quién puede ser la joyita, porque con tanto mister de buen ver que asiste a sus concurridas cenas no tiene ni la menor idea de a quién se refiere... aunque tampoco sea algo que suscite su curiosidad.

La escuchadora estaba saboreando unos crujientes y ricos calamarcitos fritos cuando pasó lo que pasó.

La invitadora le comenta que ese ligue recientito, novedoso e intenso adolece de una cierta “pega”.

El objeto de sus amores le ha confesado que desde hace varios años tiene una historia con una persona, cosa de la cual nadie está al corriente, porque su compañera sentimental es una reservada de caray.

Pero confiesa que, ante la intensidad de lo que está sintiendo por ella, ha empezado a pensar en terminar con lo viejo para apuntarse a lo nuevo.

Esto lo cuenta de modo esquemático, ahorrándole a la invitada todos los prolijos floripondios que le tocó escuchar.

Dicha invitada está hincando el diente al enésimo calamar, siempre en silencio religioso y con aire de prestar profunda atención al relato, cuando le parece que ha llegado el momento de preguntar quién es el Romeo en cuestión, para no dar la impresión de que no le importa casi nada lo que está oyendo.

Bueno...

Bueno...

Bueno...

Mientras tiene los dientes clavados en el calamar de turno oye el nombre del apasionado pretendiente: es el tío con el cual mi amiga redactora estaba liada desde hacía muuuuuuchos años...

...Y a través de su invitadora descubre que el interfecto la quiere tirar a la cuneta.

Debe tener un control de agente secreto de la CIA, porque siguió masticando como si nada, según me contó.

Ni parpadeó.

Eso sí, tardó años y años en volver a comer calamares fritos.

No mucho tiempo después, el Romeo en cuestión se lo pensó bien y acabó cayendo en la cuenta de que no le convenía renunciar a su cómoda vida para cargar con la costosa dama y sus dos hijos.

En resumen: puso punto final al romance conmovedor con una excusa bastante tontorróna y obvia.

La abandonada lo contó con otras palabras, menos humillantes, pero la "sustancia" del asunto era clara como el agua clara

No es que la fallida Julieta se derrumbara ante ese desenlace.

Al parecer se limitó a apuntarse a un club de "se busca alma gemela" e inmediatamente encontró un rosario de "novietes" con dineritos, que le dieron el gustazo de ir nuevamente a Bali, las Maldivas, Nueva York, Paris... etc.

Lo más chocante de todo es que nunca se separó de su errabundo marido.

No puedo imaginar cómo se las arreglaba para montar tal jaleo. Imagino que aprovechaba los viajes laborales del consorte para organizar sus escapadas.

Mi amiga por su parte nunca le contó nada a nadie... hasta este momento, claro.

Tampoco le dio a entender al interfecto que estaba al corriente de su lance.

Con calma, con mucha calma, empezó a poner tierra por medio, sin prisas pero sin pausas.

Je, je, je.

Pero eso sí, le pasó una cosa curiosa.

Asistiendo a una cena en casa de amigos y charlando con una de las asistentes, la oyó quejarse de que su padre se había apuntado a una agencia de citas y que de vez en cuando perdía la chaveta por alguna de las apuntadas.

Y, como el mundo es un buñuelo, resultó que una de ellas, caprichosamente cara, era la viajera de marras.

.

La independiente

A esta amiga mía, que siempre fue una autónoma de caray, le tocó encontrarse con frecuencia en situaciones un poquitín agobiantes.

Una tarde, yendo a Santiago en el habitual Castromil, en la silla plegable del pasillo, al lado de su asiento, le toca un larguirucho con aire abandonado y ojos tristes... que inmediatamente pega la hebra con ella.

Sale a relucir que la tía del compañero de viaje está casada con el alcalde de la ciudad natal de mi amiga.

Para más inri, tal autoridad es un amigo de infancia de la madre de la susodicha.

¡Menudo jaleo!

El larguirucho al parecer trabaja en Madrid y durante todo el viaje no cesa de hablar y hablar.

Al llegar a Santiago la acompaña a su casa y antes de marcharse le propone pasar a recogerla más tarde para darse un garbeo por los bares de El Franco, a la hora de chatos y tapas.

Eso se repite cada día.

El sábado la invitación supone ir a un sitio más elegante, el Español, muy "in" en ese momento, donde hay bailongo y está en boga eso de trincarse un cuba-libre.

Cuando la acompaña a su casa, como es de rigor, con aire extrañamente conmovido, le comunica que su período de asueto se ha terminado y le toca regresar a Madrid al día siguiente.

OK

Hasta la vista, que gracioso que nos hayamos conocido, etc.

Nos vemos... etc.

Lo normal, vaya.

También le pide la dirección, naturaca, porque en la casa donde vive con otras chicas de teléfono nanay.

En aquel período (ya remoto) se llamaba al timbre y ya está.

O se utilizaban los servicios del Correo si se estaba lejos.

Empiezan a llegar cartas, y mi amiga va respondiendo, poniéndole al corriente de las cotidianidades.

Eso de escribir se le daba muy bien. Mejor dicho, le encantaba agarrar la pluma y ponerse a cotillear de lo que fuera.

Además los sellos eran baratitos.

Durante toda su vida se dedicó a practicar su “hobby” de comunicar como escribana con todo quisque.

El único cambio consistió en sustituir la estilográfica por el bolígrafo Bic, y más tarde... ¡yupiii!... por el cómodo ordenata.

En no sé qué momento empezó a ser moderno, “in” o como se quiera llamar, eso de no dar datos personales, como la dirección de casa... ¡bastaba comunicar la dirección de correo electrónico y ya está!

Todo super anónimo, vaya.

JE, JE, JE.

Pasa el tiempo, probablemente meses.

Mi amiga solía volver al hogar paterno el último fin de semana de cada mes, con el objetivo de recoger y meterse en el bolso los dineritos para pagar habitación, comida, tapas en El Franco, cafés en el Derby o en el Hostal de los Reyes Católicos... etc.

Uno de esos sábados la llama por teléfono –desde el bar de enfrente, claro- su compañera de habitación.

Eso no había pasado jamás.

Pero hay un motivo que lo explica todo.

Acaba de llegar un telegrama de Madrid, que ella ha abierto en plan confianzado... y por eso de que “donde hay confianza da asco”.

Además es bastante insólito que llegue uno de esos a la vivienda compartida.

Mejor dicho, es el primero absolutamente.

En esas tiritas de papel, pegadas con un pegamento de tubito, alguien declara que, impulsado por su amor, ha decidido dar un puntapié a su trabajo y trasladarse a Santiago para estar cerca de ella.

A la pobre “amada” se le congeló de inmediato todita la sangre en las venas.

Colgó el teléfono y no dijo ni pio, mientras tragaba saliva a manta tratando de imaginar cómo resolver el desastre que le caía encima.

Esto pasó el sábado, como dije antes.

El domingo, a la salida de la misa, la mujer del alcalde, saludando jubilosamente a la madre de mi amiga, la pone al corriente de que un sobrino suyo está coladito por su hija y deja Madrid porque no quiere estar lejos de la nenita...

... etc. etc. etc...

Si eso no es una pesadilla, que venga Dios y lo diga.

Al parecer, a partir de ese momento las dos amigas se dedicaron a intercambiar guiños de complicidad cuando se cruzaban en la calle.

Probablemente por eso de que, en plan cotillas, sospechaban que había perspectivas de convertirse en “allegadas”.

Se da el caso de que la llegada del ex madrileño coincide con el período previsto para hacer el viaje de fin de carrera.

El programa prevé que los compañeros que se apunten pasarán una semana en París.

Viaje de ida y vuelta en tren, claro, como se estilaba entonces, bajo la tutela del profesor de Derecho Mercantil que los acompañaba.

Ella se apunta de inmediato, aunque ya había estado allí el verano que pasó como “au pair” en Francia.

Pero ir con los compañeros es más guay.

Ahí empieza la mini-tragedia, claro.

Romeo considera que ella no puede irse a hacer un viaje de ese tipo, con sus compañeros.

Y ella se encuentra viviendo la misma situación que marcó los 3 años precedentes de su carrera cuando, al llegar el mes de mayo, alguno de sus conocidos caía fulminado por un inesperado y sorprendente delirio amoroso que se veía obligado a comunicar a la interfecta.

Si el momento emocionante de dicha declaración tenía lugar en La Herradura ella, mientras escuchaba más muerta que viva, dejaba calvo el seto que le caía a mano a fuerza de ir arrancando una hojita tras otra.

Si, en cambio, el escenario era la cafetería del Hostal, agarraba de inmediato el cestito con las pajitas envueltas en papel y las convertía poco a poco en purito confeti con el cual formaba una montañita primorosa.

La respuesta que daba era siempre una titubeante declaración: con aire agobiado: “es que este verano me marchó a Francia”, “es que este verano me voy a Alemania”, etc. etc.

En este último episodio de la serie, el “pretendiente” la acompañó a la estación, esperando hasta el último momento que ella desistiera de hacer su anhelado viaje con sus compañeros.

Ella se subió al tren, contenta como unas castañuelas.

Luego la interfecta supo que el “abandonado” se fue al Derby y se pegó como una lapa a su hermano mayor, echándole la llorada ante tan injusto abandono.

De esto la “protagonista” tuvo conocimiento muuuchos años más tarde.

La romántica empedernida

En uno de mis períodos septembrinos en Montpellier, mi ex prof. de la Universidad me invita a quedarme en su apartamento durante ese mes dado que ella se marcha de vacaciones a su país,

Me deja “encargada” de su compañero, novio o lo que sea, que vive muy cerquita.

Un día el “Rodriguez” del caso, mejicano para más señas, divorciado y padre de dos niñas que se merecen el Oscar de la “revoltosidad”, me invita a cenar en su casa. También estará presente una pareja de amigos suyos.

Ambos son profesores Universitarios en Ciudad del México, y en ese momento están viviendo un momento super super estupendo.

Se han casado un par de años atrás, y han tenido la suerte de que a ambos les hayan destinado a Universidades españolas.

El contrato abarca un bienio.

Tratan de explicarme cómo funcionan esos acuerdos medio intelectuales/medio políticos... y bien pagados... pero al final me quedo “in albis”.

La única pega es que a la esposa le ha tocado Barcelona y al esposo Valencia.

Está previsto que den clases de no-recuerdo-qué-cosa y también deben escribir una tesis (o como se llame) sobre temas concretos.

Naturalmente les doy mi dirección en caso de que les apetezca pegar un salto a Milán.

Les pongo los dientes largos con la idea de que podrán visitar por lo menos Venecia y Florencia, para poner el broche de oro a su estancia europea, dado que el final del bienio está a punto de caer.

A finales de noviembre, casi con las maletas hechas, tienen la posibilidad de aceptar mi invitación y aparecen en Milán.

Ella, morena, charlatana y afectuosa, tal como me había quedado impresa en la memoria, sigue mirando a su marido como si fuera la reencarnación de Apolo, encandilada al cien por cien.

Confieso que a él no lo recordaba, pero mi laguna memorística no se notó nada nadita.

El primer día lo dedican a recorrer Milán.

No puedo acompañarles, pero les doy una fotocopia con un pequeño plano del centro que hice hace muchos años, con flechitas que indican el itinerario conveniente para no perder el tiempo e ir directamente al grano... o al monumento, en este caso.

El segundo día les toca atizarse un madrugón para marcharse a las 5.30 de la mañana a coger el tren e irse a Venecia.

Como a esa hora el metro todavía está en el depósito, les toca patear para llegar a la estación.

Afortunadamente vivo cerca... y así se acostumbran a las caminatas que les esperan en la estupenda Venecia.

Vuelven a casa ya bien entrada la noche, muy, muy, muy derrengados.

El tercer día... no recuerdo...

El cuarto día se pegan otro madrugón para visitar Florencia.

Ida y vuelta trabajosa y trenística.

El quinto día, mientras desayunamos, ella me comenta que está un poquitín angustiada porque tiene que traducir del inglés un montón de textos. Los necesita para “cocinar” una conferencia que le toca dar al volver a Barcelona, antes de emprender el vuelo de regreso a su patria.

Me ofrezco a echarle una mano, sugiriendo que yo puedo ir traduciendo el texto oralmente y, mientras, ella se dedica a ponerlo todo por escrito en el ordenata.

Veo que su cara se ilumina de repente, mientras sonrío muy aliviada.

Yo no puedo ignorar que el consorte aprieta las mandíbulas y frunce el ceño, mostrando un indudable cabreo.

Ella al parecer no lo nota.

O sea que no se inmuta.

Se dedica a rascarle amorosamente el cráneo pelado para demostrarle lo feliz que se siente, sin dejar de besuquear al mismo tiempo la barbuda mejilla que está a su alcance.

Llegados a este punto, entre las dos le organizamos al cónyuge un primoroso programa matinal.

Cuando vuelve para comer, su santa y amorosa esposa, rebotante de entusiasmo, después de un montonazo de besos, abrazos y demás, le pone al tanto de que hemos logrado hacer una infinidad de trabajo.

Porque yo seré rápida traduciendo, pero ella es un rayo escribiendo.

Después de comer, mientras él se dedica a pegarse una ligera siesta, antes de lanzarse a descubrir algo más, nosotras proseguimos nuestra intensiva sesión laboral.

A las 8, cuando regresa el Romeo “abandonado a su suerte”, no sólo hemos terminado la traducción de todo el material previsto; incluso lo hemos enviado al correo electrónico de la veloz hormiguita “escribana”.

El maridito trata de demostrar que está encantado de que ese latazo haya terminado, pero le cuesta un esfuerzo enorme hacer una declaración en tal sentido.

Y, cual niño enfurruñado (*aunque vaya por los cuarenta años*), se niega a cenar con no sé qué excusa y se limita a quedarse sentado a la mesa todo el tiempo, haciendo como que escucha nuestra cháchara interminable, pero visiblemente enfurruñado.

A mí su actitud caprichosa ni me toca.

Extrañamente, parece que ella no se da cuenta de nada. Su entusiasmo es irrefrenable.

Sigue haciéndole cariñitos con ojos chispeantes y una sonrisa reluciente con mil dientes blanquísimos.

Lo que el marido ignora es que su esposa, cuando hacíamos una pausa en la traducción, no podía parar de contarme detallitos jugosos de su maravillosa historia de amor al estilo Romeo y Julieta.

Ella podría ser la perfecta Julieta pero, por lo que me contaba, su marido la tuvo en observación durante todo el noviazgo, como si fuera una mariposa en un microscopio.

Y la entusiasmada novia nunca cayó en la cuenta de esto.

Repito que ella, ingenuamente, contaba cosas que me ponían las canas de punta.

Dado que era realmente inteligente y sensible, ciertos lances me dejaban más que boquiabierta.

Para ejemplo un botón,

Enternecida al máximo me comentó que sabía que, al día siguiente de casarse, le tocaba “pasar el examen” de prepararle el desayuno a su recién-marido, al parecer muy exigente en cuestiones alimentarias.

El señor esposo en cuestión estaba acostumbrado a encontrar en la mesa del desayuno diversos platos (no recuerdo cuáles) cocinados de cierta manera.

Y ella derrochando satisfacción y con los ojos brillantes, brillantes, me dijo que, por suerte, pasó honorablemente la prueba del “cocinamiento” matutino.

¡Menos mal!

Por mi parte me quedé con las ganas de preguntarle si la noche anterior, la llamada “noche de bodas”, él había pasado debidamente la prueba que le correspondía.

Es que a veces, no sé cómo ni por qué, soy un poco cortita.

No dije ni mu.

Me quedé con las ganas de meter la nariz en el asunto.

El sexto día los dos juntitos y muy relajados vuelven a coger el tren para recorrer Turín en su última versión.

Les sorprendió y encantó.

Menos mal, porque a mí me pasa lo mismo.

Al séptimo día no resucitan, como cuenta el Evangelio, sino que regresan a Barcelona.

La credulona

De todo hay en la viña del Señor, según dicen... o decían, que cada vez hay menos creyentes.

Pues bien. En cierto momento, descubro que una de mis amigas –super inteligente, llena de vitalidad y que vive la vida a tope– no decide nada sin consultar previamente con una especie de maga.

Al mismo tiempo me pone al tanto de que, en ese momento, montones de personajes VIP consultan al “genio” del momento antes de decidir si les conviene ir a la derecha o a la izquierda de cualquier cosa que se trate.

Prestando atención a las noticias de la tele, descubro que hay sobre todo uno que se está haciendo famoso... y millonario, claro, vaticinando cositas futuras incluso a políticos... ¿credulones?...

Y para mi sorpresa, la gente puntera no se avergüenza de participar en programas televisivos (para mí muy cutres, porque a lo mejor también soy muy cínica) donde confiesan su adicción a tal sistema decisorio.

¡Ay caramba!

Caigo en la cuenta de que llevo casi cincuenta años desempeñando asiduamente un papel de “escuchadora”.

Acabo de ir al cuarto de baño a verme las orejas.

Noto que son pequeñitas y bien pegadas al cráneo, o sea que no destacan aunque tenga el pelo cortísimo.

¡Menos mal!

Con tanto oir-oir-oir deberían tener las dimensiones de las orejas típicas de los elefantes.

¡Se ve que el destino ha sido tiernito conmigo y me ahorró la vergüenza de andar por la vida con dos abanicos en lugar de mis dignas y elegantes orejitas!

Volviendo al tema de los magos/las magas, la amiga de marras me llama un día para decirme que le ha hablado de mí a su “asesora” y ésta quiere conocerme.

A veces me pregunto si soy debilucha de carácter o sólo una curiosona impenitente.

Allá me voy con ella, a esa cita peliculera.

Como la interlocutora es “sensitiva” de profesión, creo que se da cuenta de inmediato de que pertenezco más bien al sector de las que tiran a descreídas y no resulto una clienta en ciernes.

Pero no por eso se cierra en banda.

Comenta que suele colaborar con la policía alemana, cosa que me deja perpleja.

Pero esos temas salen a relucir en series televisivas, sobre todo americanas. O sea que me limito a escuchar poniendo cara de prestar mucha atención.

A lo mejor soy un poco rúcana ante cosas que me parece que tiran a demenciales.

La “maga” nota que no estoy convencida y decide animar la velada hablando de uno de sus “casos”.

En un pueblito próximo a la ciudad donde ella vivía había desaparecido una niña.

Después de varios días dedicados a una búsqueda que resultaba infructuosa, la policía decidió requerir sus servicios.

La llevaron a recorrer el camino que solía utilizar la niña al ir y venir de la escuela.

Era una carretera más bien estrecha que bordeaba una zona donde abundaban diminutas cuevas.

La policía ya las había controlado inútilmente.

Al parecer la clarividente solía llevar encima un magnetófono que encendía de vez en cuando si se detenía en algún punto.

Pasó el día dando paseítos, sentándose aquí y allí, y poniendo en marcha repetidamente el aparatito.

Al día siguiente se fue al cuartelillo. Cuando puso en marcha el magnetófono se empezaron a oír ruidos sordos, rrrrrrr, gggg, bluuuuu...

De repente se oyó una voz profunda, como con eco y un tanto asmática que decía: “me...han...apuñalado”.

Dos días más tarde encontraron el cadáver.

Soy testigo fidedigno de este horror porque yo misma lo oí, e incluso entendí las 3 palabras musitadas en alemán.

¡Qué grima!

Tras esta tremenda audición, empezamos a charlar de esto y de lo otro.

Yo me doy cuenta de que no me quita los ojos de encima, pero ¿qué le voy a hacer?

De repente me mira fijamente y me suelta: “¿recuerda que dos veces en su vida estuvo a punto de morir?”

Mi respuesta: “Bueno, cuando tenía 4 años, hubo un incendio en mi casa y me quedé en la cocina sin poder salir porque en el pasillo veía sólo llamas contoneándose. Pero no se me ocurre nada más”.

Ella replica: “Tiene algo que ver con coches”.

De repente recordé una cosa grimosa que me sucedió el primer año que pasé en Madrid, antes de ir a la Universidad.

No lo cuento para no ser pesada, pero podía ser un accidente mortalísimo.

El segundo lance tuvo lugar en mi ciudad natal, durante unas vacaciones.

En esa ocasión, un dos caballos color verde me pasó por encima... y no me ocurrió nada.

Eso sí, el cochito me regaló unos moratones morrocotudos que me acompañaron mucho tiempo.

Pasan unos meses.

No volví a ver a la “maga”, pero mi amiga siguió consultándola asiduamente.

Un buen día, una tarde cualquiera, dicha amiga me llama por teléfono. Con voz entrecortada me dice que la “sensitiva” le ha pedido que me advierta de que, lo que pasó en las ocasiones anteriores podía repetirse en la semana del xxx al xxx.

¿Qué hice?

El primer día me dediqué a mi ajetreo habitual.

El segundo ídem.

El tercero traté de encogerme de hombros mentalmente al andar por la calle, pero me paraba cuando a mis espaldas oía el motor de un coche.

El cuarto me limité a salir para ir al trabajo, con las orejas tiesas y mirando para atrás durante todo el recorrido.

El quinto pedí vacaciones y me quedé encerrada en casita.

Lo mismo hice el sexto y el séptimo (afortunadamente sábado y domingo)

Mi amiga no me abandonó a mi suerte pero me abstuve de dar explicaciones al respecto.

Me limité a comunicarle que la semana fatídica había transcurrido sin problemas de ningún tipo.

Por suerte no me tocó volver a oír advertencias que me pusieran en alarma.

La alegrota

Un día de mayo de no sé qué año descubro que mi médico de cabecera está casado con una alumna mía ya un poco talludita.

De tal novedad caigo en la cuenta el día en que se celebra en mi casa la cena de fin de curso.

En esa ocasión está previsto que los valientes de ambos sexos que han llegado hasta el final pueden participar acompañados de quien les apetezca.

Este encuentro inesperado resultó un poquitín ridículo, pero gracioso al final.

La verdad es que yo no era una paciente asidua, de esas que están siempre aparcadas en la sala de espera.

Me limité a inscribirme en su lista porque se daba la casualidad de que su consulta se encontraba muy cerquita de donde yo tenía mi morada en ese momento y además era ginecólogo

Este es el prólogo de una historia amistosa que duró bastantes años.

Empezaron a invitarme a pasar los fines de semana en una casa preciosa que tenían al borde de uno de los lagos de la zona, donde se organizaban unas cuchipandas tremendísimas.

Ella era una cocinera que merecería medio metro de tenedores. Él, por su parte, era sumamente amable y algunos de sus amigos eran de premio Oscar.

Unas Navidades de no sé qué año, viene a pasar las vacaciones en mi casa un hermano mío con mujer e hijo. Se da el caso de que ambos, por casualidad, están trabajando en una Universidad alemana.

Yo me planto un colchón en el suelo de una habitación repleta de armarios y muebles varios amontonados, tal como lo dejó el anterior inquilino (*alumna mía también, casada con uno que, siendo profesor de instituto, hizo una carrera fulminante en el sector de la diplomacia, apoyado por su suegro, embajador de carrera*).

Pues bien, a las 8 de la mañana de un día cualquiera, cuando yo estoy todavía en bragas, como quien dice, se presenta en mi casa la alumna casada con mi médico.

Cuando abro la puerta, con un ojo abierto y otro cerrado, ella, sin pensarlo dos veces, me empuja dentro de la habitación y me obliga a sentarme en el colchón; ella agarra una silla y se acomoda lanzando un profundo suspiro de alivio.

Servidora suele afrontar las sorpresas con un temple de acero inoxidable, pero para todo hay un límite.

Consigo que me permita ir a prepararme un café, porque le comento que, si no, puede que no esté ciega, pero sorda seguro, seguro.

¿La razón de tal urgencia?

Temblando como un flan y con voz entrecortada me confía que hace 2 meses, por purísima casualidad, encontró no sé en qué sitio al que había sido su primer amor a los 18 años.

Naturalmente en el momento del re-encuentro casual él está casadísimo, tiene 3 hijos ya mayores y algún que otro nieto.

(Estoy hablando de personas que han superado ampliamente los cincuenta otoños).

Al parecer el reencuentro encendió la llamita amorosa apagada ¿cuarenta-y-pico años atrás?

¿Por qué me lo cuenta?

Por razones de tipo muy práctico.

Al día siguiente ella se marcha a esquiar con su marido a un lugar muy de moda, próximo a Austria.

Al parecer no puede soportar la idea de perder el contacto con su recuperado Romeo durante ¿10/15? días (no recuerdo).

Todavía no existía el bendito móvil, que ha desempeñado un papel importantísimo en lo tocante a amparar la vida amorosa de muchos adúlteros, según me cuentan. O sea que lo sé de buena tinta.

Dado que él no puede llamarla desde su casa, porque su esposa controla todo, quiere pedirme que su amorcito venga a mi domicilio por la mañana bastante temprano para hablar con ella por teléfono.

Ha programado este bochinche porque, aunque responda su marido, yo puedo tener siempre una excusa creíble para hablar con ella.

Me quedo alelada, pero eso de decir NO se me atraganta.

¿Cómo puedo justificar esa asiduidad en la comunicación?

¿Qué me tendré que inventar cada día para hacer llamadas a la esquiadora durante sus vacaciones?

¿Resultado?

Cada mañana el vetusto enamorado de marras se presenta puntualmente ante mi puerta a las 8 de la mañana.

A continuación me toca llamar por teléfono a su amada.

Afortunadamente mi familia todavía se encuentra en el país de los sueños, pese a que el teléfono está en la pared al lado del dormitorio.

Luego Romeo se planta en mi “cueva” para rememorar su romance conmigo, con pelos y señales, entre suspiro y suspiro.

Yo estoy en camisón y bata, sentada en el suelo encima del colchón. Él se encarama en una silla medio rota.

Pasa un poco de tiempo.

No sé en qué momento descubro que ella ha decidido separarse de su marido, mi médico.

Y él le ha comprado un pequeño apartamento para que se vaya a vivir su romance en santa paz.

La mujer del enamorado, cuando se entera de la historia y de la prevista fuga del consorte, monta un carajal como el de las pelis de la tele, tirándose al suelo con convulsiones y demás etcéteras.

Los hijos corren para prestar apoyo a su madre... pero papi se las pira lo mismo.

Se supone que la historia debe proseguir con eso de “vivieron felices, comieron perdices, etc. etc.”.

Cuando por motivos de salud tengo que recurrir a los cuidados del marido médico, éste me pone inmediatamente al corriente de que hace 20 años que tiene una historia con la hija de una paciente suya y... ¡por fin! puede traérsela a casa de vez en cuando.

Yo me oigo soltar un “glup” estereofónico, porque no me esperaba la noticia. Pero escucho pacientemente este otro romance, tragando saliva ruidosamente, eso sí.

Afortunadamente en ese período me disfrutaba de una salud de hierro, así que tardé 3 años en recurrir a mi médico de nuevo.

¡Lo que son las cosas!

Cuando volví a su consulta –y como por suerte estaba bastante sanita- me evité un infarto cuando me abrió la puerta la esposa fugitiva, fresca como una rosa, desempeñando nuevamente su papel de “mujer del doctor”.

Se ve que tocaba el día de “cara de cemento” porque ni abrí los ojos de par en par, ni se me cayó la mandíbula al suelo ni nada nadita.

Claro que mi médico, cuando se dio cuenta de que yo no paraba de hacer “glup” tragando saliva sin parar, decidió aclararme el asunto.

Primero: Romeo, ya agobiado por la persecución familiar, empezó a tener también problemas con el trabajo, lo que implicaba escasez de dineritos. O sea que se acabó eso de ir con mucha frecuencia a los restaurantes que ella solía frecuentar con el marido

Segundo: a lo mejor a consecuencia de tanto estrés, Romeo se puso pachucho, cojeaba y no sé qué otras más cosas de esas que merman la salud.

Tercero: Julieta fue un día a su anterior domicilio (*¿con qué excusa, me pregunto?*) y descubrió que su armario era un caos.

Su “sucesora” no tenía las cosas perfectamente clasificadas como ella solía hacer. Estaba todo revuelto

Cuarto y último: mi médico cayó en la cuenta de que vivía mejor en su rutina de treinta y pico años; que le convenía acoger de nuevo a la adúltera en el hogar... y él seguir con su amante por separado, como había hecho siempre.

Por su parte su esposa CREO que pensó que resultaba más satisfactorio volver a tener un marido guapo, elegante, etc. en vez de hacer de enfermera a uno que estaba envejeciendo, tiraba a decrepito... y con dinerito que estaba escaseando.

A decir verdad, tengo que dejar de pensar en ella como Julieta, porque ¡menuda alegre pérfida resultó!

La sufrida

Esta historia de una amiga de infancia me rechifla.

A lo mejor porque casi casi me recuerda un poco cosas mías, con todas las correspondientes demencialidades.

Desde siempre, su madre controlaba su correspondencia, tanto la que le llegaba como la que ella escribía.

Ella tardó laaaargos años en darse cuenta de este detalle.

Eso sí, notaba que las cartas que recibía le llegaban con la solapa del sobre pegoteada.

La pobre se limitaba a imaginar que el remitente había exagerado mucho con el pegamento.

Se daba el caso de que, cuando llamaba el cartero, la que bajaba a recoger la correspondencia era siempre la que desempeñaba el cargo de “doncella”, que depositaba todo en una bandeja, encima de la consola que adornaba la entrada.

Parece algo demencial, pero también a mí me tocó vivir esa locura durante toda mi infancia y hasta que abandoné el hogar paterno/materno o cómo demonios se quiera llamar.

También en mi casa vivía una doncella, Rosita, que se encargaba de hacer la limpieza, servir la mesa, lavar la ropa y planchar. Le tocaba asimismo acompañarme al colegio por la mañana, llevarme un bocadillo a las 11 y recogerme por la tarde (yo comía en el colegio).

En un período en que me entró la manía de asistir a la misa del colegio, creo que a las 8 de la mañana, a la pobre le tocó madrugar también para cumplir su deber de acompañante.

Compartía la habitación con su hermana, Angelines, que ejercía la función de “cocinera”. Formaban parte de las labores de esta última, aparte de cocinar, claro, el ir a la plaza para hacer la compra, lavar los platos (todavía no había aparecido el lavavajillas) y ocuparse de cualquier cosa concerniente al espacio cocina.

“No comment”, para ser moderna.

En esa época, el escribir cartas era el único medio de comunicación disponible para contactar con quien estaba lejos.

A lo mejor se debía a que quizás nadie tenía pelotas para usar el teléfono... o a nadie se le ocurría hacerlo, claro, por eso de que costaba o porque no había costumbre de servirse de dicho sistema, salvo para cosas urgentes y rapiditas.

Hoy día me doy cuenta de que muchos de mis coetáneos se sienten super incómodos utilizando el correo para tratar temas confidenciales, íntimos o lo que sea. Sospecho que incluso para hablar del tiempo.

¡¡AYYYYYYYYYYYYYYYYYYY!!

Con gran sorpresa un día recibe una carta de uno de sus "compañeros de pluma", como decían las revistas cursis de entonces, en la que le ruega que sea más sobria al usar el pegamento

Al parecer últimamente no consigue leer sus cartas porque las páginas están todas pegoteadas.

Pasado el primer momento de estupor, cae en la cuenta de que, cuando escribe cualquier carta, le da el consabido lametón a la solapa para cerrarla, y la deja encima de su cómoda para llevarla más tarde a Correos.

Y hete ahí que un día, entrando en su habitación, ve a su mami que está tranquilamente leyendo la carta que ella escribió por la mañana.

No hay que ser un lince para no caer en la cuenta de que su mamita la despega, se la lee y luego le propina una ducha de pegamento.

Tampoco tarda mucho en constatar que lo mismo pasa con todo lo que llega a su nombre.

Se quedó un poco turulata pero tomó nota y no volvió a dejar ninguna misiva abandonada a su suerte.

No pudiendo controlar la llegada del cartero, decidió abrir un apartado en Correos, ante la mirada estupefacta de la encargada del servicio que, naturalmente, era una amiga de su madre.

Sólo Dios sabe lo que pasó luego con dicho apartado.

Pero lo mejor todavía está por venir.

Es una estudiante diligente, que aprueba todo en junio y por eso no le queda ninguna asignatura para septiembre.

Un verano decide aprovechar el largo período de ocio en algo concreto, tipo practicar el francés estudiado en el colegio.

Lo más socorrido es irse a vivir con una familia francesa, dedicándose a las actividades propias de una “au pair”.

Y allá se va toda contenta.

Un buen día ve que llega una carta dirigida a la dueña de la casa, con el remite de su madre y su letra inconfundible.

Se da el caso que la cuidadosa caligrafía puntiaguda es típica de todas las que estudian en los colegios del Sagrado Corazón.

Naturalmente en cuanto le echa el ojo encima la confisca y se encierra en el wáter para leerla. Es como para partirse de risa...

En español le explica que es la madre de esa chica que se obstina en irse a trabajar cuando no tiene necesidad de hacer una cosa así, porque en su casa ciertas cosas las hace el servicio.

Y le escribe como madre, de corazón a corazón.

Lo más asombroso de todo es que misivas de este tenor la persiguieron durante su vida laboral, tanto en España como en el extranjero.

Cambió de empresa en varias ocasiones... y le tocó confiscar la habitual misiva dirigida “al Director” sin que la encargada de la recepción se diera cuenta.

Le bastaba estar ojo avizor, esperando la llegada del cartero, que depositaba en la mesa de la entrada toda la correspondencia.

Luego se ponía a controlar los sobres tranquilamente, con la excusa de que su familia le enviaba allí la correspondencia... y ya está.

Si alguien hubiera tenido ocasión de leer la consabida misiva materna, la pobre habría sido el hazmerreír de todo quisque en la empresa del momento.

Las pocas veces que nos encontramos ahora me lo paso pipa si la pillo en una fase dicharachera y empieza a contarme cosas que me resultan muy sabrosas.

La verdad es que me parto de risa, escuchando sus relatos reminiscentes.

Al parecer, cuando va a pasar unos días de vacaciones en su casa se da cuenta de que su madre sigue yendo a misa todas las tardes para encontrarse con “las demás señoras” (que es como define a sus conocidas/amigas o lo que sea).

Aunque ella se ofrece a acompañarla, su madre no acepta la sugerencia.

Cada vez le dice que tiene que quitarse las gafas si quiere estar a su lado.

Supongo que le horroriza que las conocidas puedan constatar que tiene una hija “defectuosa”. Y además soltera.

Nooo. Peor aún, SOLTERONA.

Mi amiga no oculta su hilaridad al recordar que eso de no aceptar su compañía en público era muy habitual, aunque los motivos, excusas o lo que sea variaban según el caso.

Pero eran siempre originales y creíbles.

Sospecha que su progenitora no puede soportar la idea de que, charlando con alguna de las conocidas, alguien pronuncie una de las frases de rigor: “y tú, nena, ¿qué haces, estás casada?”.

La humillación de tener una hija que se ha quedado para vestir santos es “demasié”

Su cuñada le contó que un día, estando en la Michelena, respondiendo a una pregunta de ese tipo, la sorprendente declaración fue: “no sé, porque mi hija es muy reservada”.

La frivolona

Una de mis alumnas, una rubia de ojos azules y una preciosa cara de ángel, casi me incorpora a su núcleo familiar.

Quiero decir que al terminar la clase, y dado que en ese momento vivo en las proximidades de su domicilio, suele invitarme a cenar en su casa.

Acepto con gusto porque tiene dos churumbeles, chico y chica que son super simpáticos.

Y para más detalle, la chica, a sus 16 años, escribe artículos de tipo social para revistas y periódicos de esos llamados “alternativos”

El *pater familiae*, en ese momento super directivo de una empresa super importante, en su época universitaria fue una de las cabezas de la revolución estudiantil.

¡Hay que ver lo que se cambia!

Nadie lo diría viéndolo ahora.

Lo que si le queda es la pasión por viajar como cuando era estudiante.

Con otras 2 familias suelen recorrer Europa en el verano plantando las tiendas en todos los campings que van encontrando.

Y lo que es más: en un punto del lago de Como tienen aparcadas todo el año 4 caravanas perfectamente equipadas: 1 para cada familia y otra para los invitados. Y no falta la choza con canoas y una utilísima barbacoa.

Tampoco faltan los tres apartamentos en la montaña, naturalmente en el mismo edificio.

En total hacían vida común en los períodos de esparcimiento 6 adultos y 7 chavales.

Disfruté de la hospitalidad lacustre en diversas ocasiones y realmente resultaba muy relajante.

También pasé períodos calcetando solita en el apartamento de la montaña.

Lo divertido es que dos chavalas de tales familias cogieron la costumbre de venir a veces a mi casa, después de cenar, trayendo tortas hechas por ellas.

Lo que les apetecía era ponerse a calcetar, mientras yo preparaba las muestras tricotadas para presentar en las

redacciones, y de paso comentarme cositas referentes a sus temas sentimentales y otros etcéteras.

Pasa el tiempo.

No sé cuándo ni cómo ni por qué, mi alumna me pone al corriente de una cosa sorprendente: desde hace años tiene un amante, cosa de la cual su marido está al corriente, porque también él tiene un ligue fijo.

No me inmuto, claro, porque es algo que no me concierne, pero por dentro me relleno con una tonelada de pasmo.

Pero eso no es todo.

Una tarde cualquiera llaman a la puerta y allí está mi alumna en plan sorpresa, porque jamás vino antes sin ser convocada. Se aparta un poquito y detrás ¿a quién veo?: al marido de la otra pareja y padre de una de mis asiduas calcetadoras nocturnas.

Reconozco que el tipo está un poco encogido y nervioso.

Menda como si nada... por fuera.

Pero noto un extraño zumbido en las orejas.

Total, nos sentamos, preparo un aperitivo y enseño las revistas con las últimas cosas mías publicadas, por hacer algo, mientras hablamos de trivialidades.

Luego se marchan y ya está.

Pero después las calcetadoras me pusieron al tanto de los manejos familiares.

Al parecer las parejas estaban cruzadas.

Los descendientes más crecidos de ambos están al corriente de cuál es la situación real, pero se hacen los desentendidos desde siempre.

Y los adúlteros mantienen una actitud correctamente reservada.

Cuando el “noviete” de mi amiga se marcha 6 meses a América a dar clases, sus cartas llegan a mi casa.

Mi amiga viene a recogerlas al terminar sus clases y de paso se queda a comer.

A veces me lee algún trocito jugoso, porque el ausente de vez en cuando se monta un mini apaño con alguna alumna y comenta “el caso” con todo lujo de detalles.

Ella está casi orgullosa de que su “lío” tenga tanto éxito.

Y menda tiene que prestar mucha atención a la sartén para no quemar las patatas, con el berenjenal que le bulle en la sesera.

La tremendona

De vez en cuando cae un día “glorioso”, por definirlo de alguna manera, y se ve que mi alma es de puro granito de Cerdedo (*me encanta el nombre, pero no tengo ni la mínima idea de las condiciones geológicas del lugar*), porque no soy víctima de ningún soponcio.

Me llama por teléfono una ¿amiga?, que conozco desde hace unos treinta años y que, cuando por trabajo tenía que pasar un tiempo en Milán, solía alojarse en mi casa nº 8... y en las sucesivas.

También yo disfruté de su hospitalidad en repetidas ocasiones, dado que vive en una ciudad marítima.

Pero no tardé mucho en preferir no decirle nada y esconderme en un hotel que encontré en una playa a la que ella nunca iría, dado que no era “chic”.

Volviendo a la llamada, me pone al corriente de que su único hermano, al que idolatra por ser un hombre de éxito –idolatría no compartida por lo que me contó en numerosas ocasiones y en el transcurso de numerosos años- sufrió un ictus.

Al parecer a ella le toca coger el coche para ir todas las tardes durante un mes a su casa –que dista unos 30 km.- para hacerle compañía hasta la noche.

Y con ese trajín ella acusaba una cierta fatiga, claro.

Yo calladita como un peto, sin entender el motivo de tal asiduidad.

Dicho hermano –tras su viudez- no tardó nada en encontrarse una señora novia que lleva años viviendo en su casa.

Para más detalle, dicha novia fue compañera de infancia de mi desordenada ¿amiga?

Además, sus dos hijos no sólo trabajan en la renombrada empresa familiar, cuyas oficinas se encuentran en proximidades de la casa paterna, sino que viven, con sus respectivas familias, en palacetes próximos al del padre-padrón, en medio de floridos jardines.

En realidad de lo quiere hacerme partícipe es de que tuvo un problemilla y ahora se encuentra en la incómoda situación de no encontrar su historial médico ni la tarjeta sanitaria.

Me comenta que sus sobrinos se ofrecieron a ayudarla en la búsqueda, pero no encontraron la documentación, dado que ella es muy desordenada.

Ahora quiere ir a un médico, no del Seguro, sino pagando ella.

Al parecer no se fía de los que ya conoce y la tratan desde hace años (siempre pagando).

Pero está indecisa y no sabe qué hacer al no disponer de la documentación precedente.

A mi sugerencia de que pida una copia, dado que está todo en los ordenadores, y tras una larga pausa (de reflexión, imagino) me responde que ya se lo pensará.

Le pregunto por qué sus sobrinos tuvieron problemas para encontrar la documentación referente a los otros arrechuchos que sufrió.

Se da el caso de que su amplísima vivienda cuenta con un espacioso estudio en el que las paredes están cubiertas por vitrinas que llegan al techo acompañadas de numerosos cajones en la parte inferior.

Y también hay una enorme mesa antigua de despacho con sus correspondientes cajones.

La respuesta es que, siendo poco ordenada, suele dejar todo en la mesa de la cocina o en la del televisor.

¿¿¿¿????

Aprovecha la charla para invitarme a que vaya a su casa para disfrutar de la playa.

Le respondo que no puedo tomar el sol, después de la sorpresita del melanoma.

Añado que, por otra parte, estoy en plan creativo y quiero ver cómo hacer realidad lo que se acumula en mis celulitas grises.

La verdad verdadera es que no veo la hora de dedicarme a utilizar la enorme cantidad de material extraño que fui recogiendo (y archivando primorosamente) en el transcurso de los años.

En ese momento lo que me planteo es aumentar mi serie de "Reciclados".

Respuesta: **"Bah, no sé por qué te molestas, para lo que sirven..."**

No supe qué responder.

A continuación me pregunta si sigo organizando cenas.

Le respondo que sí, visto que me pirra cocinar.

Y comento que luego me toca buscar comensales que me echen una mano en ese cometido de vaciar las tarteras.

En este momento dicho cometido no es fácil, dado que muchos están a dieta, hay un grupo que no come cebolla, otro que el pimiento ni tocarlo, algunos sufren de intolerancias de diverso tipo...

O sea que ¡menudo jaleo es eso de establecer un menú!

Respuesta: **Claro, lo que a ti te gusta es tener gente que te diga eso de “qué rico está todo”. Porque así te sientes protagonista de algo.**

Me limito a comentar que nadie suele expresar su opinión pero, eso sí, dado que no quedan ni las raspas, supongo que les gusta el condumio.

Y yo, por mi parte, me divierto con las chácharas... y con los cotilleos...

Me falta indicar la última “perla”.

Me invita amablemente a pasar un período en su casa diciendo: “en vez de estar en Milán **haciendo paparruchadas**, vente aquí, que puedes estar **tumbada en un sofá viendo la tele**”.

Por raro que parezca, en mis xxxnumerosos años jamás me dediqué a practicar lo propuesto.

Y se da el caso de que hace más de 20 años que tiré la tele a la basura, cosa de la cual ella está al corriente, por haberlo constatado personalmente cuando se alojaba en mi casa.

Al escribir esto caigo en la cuenta de que realmente nunca utilicé el sofá, por extraño que parezca.

Las sillas rígidas siempre fueron mi asiento preferido.

Cuando era empleada en alguna oficina, la silla era de rigor.

En la etapa de diseñadora, prefería hacer las muestras calcetadas bien tiesa y cerca de la mesa, para hacer esbozos.

Como profesora, preparaba las lecciones siempre utilizando silla y mesa. Y daba clases de pie, al lado de la pizarra.

Como traductora, es indudable que la silla resultaba indispensable. Enfrente estaba la máquina de escribir, y ahora el ordenador.

Los sofás me sirven de adorno y para acoger los recuerdos de mis viajes.

La verdad es que cuando compré los actuales, también me traje a casa el forro de recambio.

A veces pienso que hice una verdadera majadería, dado que dichos sofás están tapados con las alfombras que compre en Perú, en Camboya y en Birmania.

Una vez al año mando estos recubrimientos a la lavandería, para que les quiten el polvo y los rocíen con algo que no los haga apetecibles para los insectos hambrientos de lana de calidad.

Últimamente trato de evitar charlas con la tremendona, por eso de que no nací para ser mártir.

Las estrategias

La número uno fue una diligente alumna mía, con la que seguí manteniendo relación dado que también ella es traductora e intérprete.

La definiría como una carota de órdago.

La madre naturaleza fue generosa con ella y le regaló una estupenda cabellera cuajada de rizos y de un color rojo oscuro que no pasa jamás desapercibido.

Además tiene la suerte de carecer de las pecas que suelen acompañar la denominación de “pelirroja”, aunque el destino le permitió seguir la tradición regalándole una piel blanquísima, de esas que conservan el color nata a lo largo de las cuatro estaciones.

Lleva ya tiempo casada y tiene una hija que ha heredado sus características principales.

Durante un cierto tiempo su marido fue trasladado a Roma por su empresa... y ella aprovechó la circunstancia para organizarse diversos “devaneos”.

A servidora le tocó el papel de cómplice.

Para deleitarse con sus idilios amorosos sin levantar sospechas, venía a mi casa con su hija, la plantaba a mi vera y desaparecía durante algún tiempo.

Esto duró un par de años.

A la chavala le encantaba estar conmigo, porque se divertía como una loca jugando con los ovillos de lana, aprendiendo a hacer trencitas con cuerdas o poniendo en orden de tamaño los botones que había en botes de cristal.

A mí me parecía que su mamá era un poco descarada. Pero la demostración palpable la tuve un día en que se presentó en mi casa acompañada del mozo de turno.

No entendí bien el motivo de tal aparición, porque resultó que venían del funeral de la madre del mozo, donde fue presentada a la familia como novia oficial.

Ella ni se inmutó y representó debidamente su papel.

¿Por qué decidió pasar seguidamente a verme?

Nunca lo supe.

Su marido regresó a Milán, pero no por eso ella puso punto final a sus correrías.

Se lo montó de forma diferente.

Su padre le compró un apartamento grande y ella organizó como su oficina el pequeño donde había vivido hasta ese momento.

El trabajo de intérprete le permitía seguir manteniendo sus escapadas (por la mañana o por la tarde) sin que nadie se percatara de nada.

Como de vez en cuando trabajamos juntas, solía tenerme informada de la novedad amorosa del momento

¡Menuda carota!

La segunda era redactora de una de las revistas con las que solía colaborar asiduamente durante mi período de diseñadora.

A veces asistió con su marido a algunas de las cuchipandas que servidora organizaba con cierta frecuencia.

El tal marido era juez y gran amante de García Lorca. También era un fan de la literatura y del cine español.

Lo bueno viene ahora.

Un día me llama dicha redactora diciendo que en un pequeño teatro experimental una compañía teatral española representa una obra de García Lorca, cuyo nombre no recuerdo.

Al parecer a su marido le apetece ir a verla y le gustaría que yo le acompañe, dado que ella ni loca se apunta a eso.

Estoy un poco sorprendida pero digo que sí.

Allá nos vamos a ese teatrillo moderno, que parece un pequeño ruedo con la gente sentada en los escalones y los actores que salta, corren, y gritan en la media luna que sirve de escenario o entre los espectadores de las primeras filas.

Nosotros estamos más bien arriba.

(No tiene nada que ver, pero detrás de mí se encuentra el diseñador Gianni Versace acompañado de seis jóvenes vestidos de negro como séquito)

Bueno, no entendí ni papa de lo que se representaba. Así se lo dije a mi acompañante mientras me llevaba a casa. Era un verdadero galimatías.

Pero al señor juez no pareció preocuparle mi falta de explicación coherente.

Cuando proyectaban en Milán las películas del Festival de Venecia, si había alguna española, inevitablemente la redactora me llamaba pidiendo que acompañara a su marido a la sesión.

En estos casos podía expresarme mejor a nivel comentario, aparte del hecho de que solían estar subtuladas.

En cierto momento, el *business* de las revistas especializadas en calcear llegó a su fin, y dejé de ver a la redactora... hasta años después.

De repente la encuentro en el metro y descubro que vive cerca de mi casa actual.

Mi cara debe mostrar una vistosa interrogación encima de la nariz porque de repente me dice: “Hace años que me separé del marido que conociste. Cuando te pedía que fueras con él al teatro o al cine, yo aprovechaba para estar con una persona con la que estuve viviendo varios años”.

Me quedé plantada en el andén mientras ella se subía al metro y me saludaba afectuosamente moviendo la mano.

La tercera estrategia tampoco es moco de pavo.

A través de una amiga conozco a un músico de la Scala y de la Filarmónica que toca el violón.

Se da el caso de que la primer violín, una argentina simpatiquísima, vive en el cuarto piso de mi casa. Como en aquel momento no había ascensor, le tocaba subir muchos peldaños para ir a su hogar.

Desde el momento de mi aparición en esta casa nos hicimos amigas y si veía la luz encendida, solía hacer una parada en mi sofá, antes de proseguir la ascensión.

Para más casualidad, en la “corrala” de enfrente se aloja un joven violinista oriundo de Turín, que empieza a venir a compartir mi almuerzo algunas veces antes de ir a los ensayos.

O me manda su novia a mi casa para que esté acompañada hasta su regreso.

Pues bien, cuando conozco a los demás músicos de la Scala, empiezo a organizar cenas algunos domingos, cuando termina el concierto de la Filarmónica de la tarde.

Los asistentes suelen ser el del violón, dos violoncelistas y cinco o seis violinistas, incluida la vecina y su compañero que toca el mismo instrumento.

En una de las paradas antes de subir al cuarto piso, la vecina me pone al tanto de que durante años mantuvo una fogosa relación con uno de los violinistas que asiste a mis cenas, y que es muy amigo del violón.

Un domingo por la mañana me llama una de las violinistas para preguntarme si puede venir a mi casa por la tarde.

Yo le digo que sí, pero le advierto que a las 3 en la tele dan una película antigua en inglés y que suelo verla. Ella dice que le va bien.

Bueno, la situación es cómica.

La tele está en mi habitación, así que nos tumbamos en mi cama rodeadas de cojines y nos vemos algo con Clark Gable, creo.

Ese día no está prevista ninguna cena. Pero mi visitante no resiste la tentación de hacerme una confidencia.

Está casada, pero tiene una historia con uno de los violinistas... que con gran desconcierto descubro que es el mismo que tuvo un lígüe con la del cuarto.

No sé qué historia le cuenta a su marido respecto a las visitas que me hace, porque ver la peli en inglés conmigo se repite varios domingos, cuando no está prevista cena con los músicos.

Si pienso en estas historias, casi cambio mi apellido por el de Coartadez

Un fin semana el violón me invitó a pasar un fin de semana en casa de amigos suyos, cerca de un lago. Allí me fui con la lana, porque en esos dos días tenía que hacer un chaquetón de lana blanca muy gorda, ideada por uno de los modistos importantes para un reportaje especial.

Para mi sorpresa también estaba invitado el violinista “boy friend” de las dos violinistas, acompañado de sus dos hijas.

Un fin de semana infernal: yo calcetando a toda mecha (y dejando la casa hecha un asco con los pelos de la lana), haciendo la comida, lavando los platos y tratando de que no se me pusiera cara de loca ante la situación.

Terminé la chaqueta, eso sí.

En junio el violinista de enfrente se peleó con su novia azafata y se marchó a Turín.

La violinista del cuarto primero se cambió de casa y luego se trasladó a Valencia (de vez en cuando me llama por teléfono).

Y yo di por terminadas mis relaciones musicales.

La maniática

Oír las confidencias lamentosas de esta criatura me ponía los pelos de punta.

Pero como solía hacérmelas por teléfono, se perdía el deplorable espectáculo de mis canas revolucionadas.

Se le ocurrían unas cosas de verdadera demente, pero a mí no se me pasaba por la cabeza el contradecirla ni hacer meros comentarios respecto a lo que ella me contaba.

Lo que más me sorprendía es que me pedía consejo o se lanzaba a quejas infinitas respecto a temas como la limpieza doméstica.

Lamento tener que confesar que es algo que nunca atrajo mi atención.

Afortunadamente las personas que me ayudaron a mantener debidamente limpios mis sucesivos alojamientos tenían una profesionalidad a prueba de bomba.

Quiero decir que se encargaban de todo sin pedirme ningún tipo de instrucción.

Lo gracioso de todo es que era yo la que le había dado el nombre del chico/chicos de Sri Lanka que se encargaban de esos menesteres.

El plural se refiere a que pasaron por los respectivos domicilios diversos miembros de la misma familia, que se turnaban para no dejarnos abandonadas en los períodos en que iban a su país.

El chico de turno era el que me ponía al corriente de las exigencias limpiadoras que tenían que satisfacer.

Una tarea que me espeluznó fue que quisiera que le lavaran la parte posterior de las contras.

Esto suponía que tenían que subirse al borde de la ventana (4º piso) para llevar a cabo tal cometido, bien agarraditos a dicha contra para no desplomarse.

(Obviamente no sufren de vértigo)

Tampoco es moco de pavo el que en una ocasión se empeñó en que el de turno levantara la puerta para limpiar los goznes por dentro.

Por suerte su casa es moderna y las puertas deben ser ligeras porque las mías, colocadas en el lejano 1914 no las puede levantar una persona.

También me pareció sorprendente que hiciera lavar las rendijas entre las baldosas usando lejía y un palillo algodónoso de esos que sirven para limpiar las orejas.

Uno de esos días dedicados a la cháchara estaba preocupada porque el chico de turno estaba resfriado y tenía miedo de que justo ese día no apareciera. ¿Motivo de la preocupación? “Necesito que me limpie bien los cristales, porque **esta noche viene gente a cenar**”.

La declaración en sí me parece chocante, y a esto hay que añadir que la pared donde están las ventanas siempre la vi tapada con aterciopelados cortinajes bien fruncidos.

Todavía me faltaba lo mejor.

Se había ofrecido en cierta ocasión a acompañarme en coche a un hospital que quedaba en el quinto pino.

Fui en metro a su casa y llegué justo cuando estaba haciendo la cama y faltaba sólo poner la colcha.

Con gran sorpresa vi que agarraba la plancha y se ponía a planchar el embozo hasta dejarlo bien liso, comentando mientras lo hacía: “es que me fastidia ver las arrugas”.

(¿Cómo duermen ella y su marido? ¿Tiesos como momias?)

Era el día en que tocaba limpieza y el chico estaba a punto de llegar. Antes de salir, cerca de la puerta, vi que empezaba a darle a los botones de un tablero.

“Dado que nos marchamos, es inútil que deje encendido el aire acondicionado. Él está acostumbrado al calor de su país”

Me pareció un poco chocante... y a la vez miserable.

Nimiedades

¡Marchando tres de ósculos!

Un día, al empezar el período navideño, apareció un letrado en el portal indicando el horario en que iba a pasar el cura de la cercana parroquia para dar la bendición (ignoro si a personas o cosas).

No sé qué tarde estaba fuciñicando como de costumbre cuando llamaron a la puerta y me encontré con un don Lorenzo que no conocía.

Amablemente le comenté que me temía que eso de la bendición me trajera mala suerte. Pero como noté que la mirada se le escapaba por encima de mi hombro izquierdo y se quedaba clavada en el cuadro del fondo, le invité a que entrara a ver mis chuminadas, empezando por las recién nacidas.

Como es archisabido que soy una charlatana empedernida, mientras él curioseaba yo le ponía al corriente de mis lejanos recuerdos religiosos, empezando por los 16 años –estupendos- pasados con las monjas Doroteas, en mi ciudad natal, continuando con la misa diaria por la tarde durante el mes de mayo, en mi período de estudiante de Derecho en Santiago de Compostela, antes de darme un paseíto por el Toral y tomarme los clásicos chupitos en el Franco, para terminar con otras cosuchas de mi período berlinés - que ni loca comento.

Total, que cuando iba a marcharse nos dimos la mano, claro, y de repente me suelta: “¿Puedo darle un beso?”... y a continuación me atiza dos ósculos en las mejillas que casi me dejan marca y todo.

No quise indagar, pero puede que yo fuera la única que le abrió la puerta y le propinó una cháchara interminable.

Los viernes cerca de casa hay un mercado gigantesco que ocupa dos calles. Venden de todo, como es natural: ropa nueva, ropa vieja, zapatos, cosas para la casa, bolsos, etc., etc.

Para mí el más útil es un puesto con cosas de mercería, dado que las tiendas de este tipo hace años que desaparecieron de mi zona y de las limítrofes.

La propietaria es una señora de una cierta edad, de la que fui cliente durante casi un cuarto de siglo.

Me abasteció abundantemente de hilos, agujas, alfileres, imperdibles, elásticos, etc. Todos, absolutamente todos, fabricados en Italia (de mi experiencia con los que actualmente están a la venta, normalmente en los supermercados, y que lucen siempre el R.P.C - República Popular China- hablaré en otro capítulo).

Desde hace un par de años le regalo un paquetito con productos navideños españoles que importo (polvorones, alfajores, mantecados, etc.).

Ella por su parte me dio, hace tiempo, un paquete con tiras de lentejuelas que ella conservaba porque sus padres habían tenido un taller que hacía los trajes de las equilibristas de los circos.

En diciembre del año pasado me salté la visita al mercado aunque ya había entregado los dulces navideños en noviembre a todo quisque.

Cuando el 10 de enero pasé de nuevo por allí, para mi gran sorpresa salió disparada a mi encuentro a saludarme y decirme algo asombroso: estaba jubilada desde diciembre pero siguió yendo a la feria cada viernes esperando verme, porque no quería desaparecer sin saludarme antes.

Después de darme un abrazo morrocotudo y un par de super sonoros besos empezó ¡por fin! a desmontar el tinglado... poniendo punto final a su actividad

Reconozco que sentí una cierta grima nostálgica al notar su ausencia el resto de los viernes.

Una mañana me tocó ir a una de las habituales clínicas donde estaba prevista la revisión de turno y que queda bastante lejos de mi domicilio.

Al volver, el taxista del momento empezó a charlar conmigo y descubrimos que prácticamente somos almas gemelas en lo tocante a lo que nos da fastidio de la sociedad actual.

El que hablaba realmente era él.

Yo me limitaba a esperar que hiciera una pausa para comentar: “yo también”, “claro que sí”, “hay que ver”, “es que pasan unas cosas”, “¡parece imposible!”...

Cuando paró delante de mi casa salió del coche, vino a estrechar mi mano... y al final acabó dándome un par de besos.

¡Desde que soy vieja y crujiente, mis mejillas no dan abasto!

¡Qué agobio eso de pasar una semana “lanosa”!

El jueves pasado me llamó una amiga preguntándome si por casualidad todavía tenía alguna lana beis o gris, porque estaba calcetando algo y le faltaban esos colores.

Dicha pregunta tenía una explicación super lógica.

Desde el otoño de 1975 hasta la primavera de 1989, una de mis actividades fue la propia de una diseñadora de prendas calcetadas a mano.

Los “clientes”, por así decirlo, eran las revistas –semanales o mensuales- dedicadas, entre otras cosas, a presentar reportajes con prendas de este tipo más las instrucciones detalladas para copiarlas.

Creo recordar que eran unas 10 publicaciones.

Los “paganini” eran los fabricantes de lana, sector puntero durante esos años, donde cada uno trataba de presentar hilados novedosos pero sobre todo apuntando a la calidad.

En ese mismo período en España ya hacía años que se había impuesto Leacril, fibra sintética de esas que cuando te quitas el jersey hace un ruidito tipo cris-fis, y si estás sentada al lado de un fumador, acabas oliendo a puro pitillo.

Esto lo constaté personalmente en repetidas ocasiones.

Para más inri, trabajé 3 años en la empresa italiana que la había patentado, antes de tomar la decisión de convertirme en trashumante.

Mi etapa de diseñadora es uno de los recuerdos más estupendos de mi ajetreada vida.

Me hice famosa en ese diminuto mundo, y me buscaban las redactoras de dichas revistas o los fabricantes de lana, para los cuales creaba las prendas destinadas a las ferias del sector.

Mi “éxito” se debía a que hacía cosas locas usando colorinches sobre todo. Al parecer resultaban muy muy muy originales.

Las “locuras” las hacía menda con sus manitas de hada y agujas gordas, mientras cuando se requerían prendas serias, esas de un solo color, con trenzas o punto de arroz, contaba con la devota “mano de obra” de doce señoras fanáticas de la calceta.

Con una de ellas tuve una experiencia chocante.

Me tocaba presentar seis prendas blancas, de distintas formas, salpicadas de cuadrados, rectángulos horizontales, verticales o torcidos, manchas, etc.

En cada prenda estos elementos geométricos presentaban diversos colores: rojos, verdes, azules, amarillos, naranja o violeta... a decidir por parte de la abejita calcetadora.

Cuando la encargada de una prenda con rectángulos vino a traerme el jersey perfectamente rematado, me entregó también un rollo enorme de papel con diminutas cuadrículas donde constaba cada uno de los “toques” geométricos.

Al parecer su marido –catedrático de historia del arte- y los dos hijos –estudiantes de arquitectura- le habían preparado el trabajo a la calcetadora renglón a renglón, decidiendo también el color de cada geometría.

Si en ese momento me pinchaban, no me habría salido ni una gota de sangre.

Servidora ciertas cosas siempre las hizo a voleo durante toda su vida de creadora.

Todavía hoy, si veo dicha prenda en mi “blog” casi me entran escalofríos.

Durante ese período (14 añitos) en Italia imperaba la fiebre de calcetar.

Hasta en las playas elegantes las señoras, vestidas con diminutos bikinis y luciendo collares, pulseras y sortijas de oro (no sé cómo no se abrasaban) le daban a las agujas como locas.

En Milán incluso el Ayuntamiento organizaba numerosos cursos a diferentes horas del día, para que las interesadas dominaran este tipo de artesanía.

Esta especie de prólogo es para explicar el porqué de la petición de lanas por parte de mi amiga.

Cuando en el lejano 1989 todas las revistas especializadas tuvieron que cerrar sus puertas, me encontré con más de 100 kilos de material, entre lana y algodón, restos de lo entregado por sus fabricantes durante mi etapa de diseñadora.

Como ese cierre editorial coincidió con la compra de mi actual domicilio, me limité a depositar en la buhardilla todas las enormes bolsas de plástico, esas que se usan para la basura, llenas a rebotar de material lanoso o algodónoso.

... Y me olvidé de ellas durante más de veinte años.

Un domingo de diciembre me desperté con la curiosidad de ver lo que había “archivado” en dicha buhardilla.

Cuando quité el candado y abrí la puerta me quedé pasmada al ver su contenido.

Al principio, a la izquierda, había maletas de todos los tamaños, de esas antiguas, sin ruedas.

En una de ellas, azul y de cartón, enorme, me traje parte de mi ajuar a Italia en el lejano abril de 1975.

A la derecha, cuidadosamente amontonadas, había dos filas de cajas que nacieron blancas pero que en ese momento eran más bien grises de diversas tonalidades.

El resto del espacio estaba ocupado por bolsazas amarillas y polvorientas, repletas de otras bolsas de todos los colores y tamaños.

No sé cuánto tiempo me quedé clavada en el suelo, mientras por mi cabeza pasaban a toda velocidad los recuerdos de mi pasada vida de diseñadora.

Cuando volví a la realidad cerré la puerta, puse el candado y bajé a pie las escaleras hasta el primer piso, olvidándome del ascensor, sabe Dios por qué.

Pasé el resto del día programando cómo satisfacer los deseos de mi amiga... y qué hacer con tanto material.

Dado que en ese momento el sector de las traducciones y de la interpretación estaba un poco parado, y ese año no había viaje previsto durante el período navideño, decidí poner manos a la obra, empezando por bajar a mi apartamento todo aquel material y clasificarlo por tipo, color, etc.

Empecé abriendo la mesa del comedor y cubriendo con sábanas los tres divanes.

Luego aparqué el algodón en mi espacioso dormitorio (que dejó de ser espacioso) y me dediqué a abrir las bolsazas e ir depositando su contenido en las superficies a mi disposición.

El lío del contenido se debía a que, cuando preparaba un diseño, metía en una bolsa el material para hacer la prenda y un bosquejo muuuuy primitivo de la misma.

Luego decidía qué prenda hacía yo y cuál encargaba a la señora calcetadora de turno.

Una vez terminadas las prendas, iba amontonando en algún estante las bolsitas con los restos.

Me tocó dedicarme a abrir una a una tales bolsitas y a hacer montoncitos con el material según tipo y color.

Al final metí en bolsas limpias cada “producto” homogéneo y llené el bidón de recogida de plástico del edificio con las viejas bolsas polvorientas.

Cuando di por terminada la pesadísima labor lanera, le tocó el turno al algodón.

Como resultado de mi actividad de hormiguita ordenadora y embolsadora, mi sufrido apartamento se parecía al basurero municipal.

Pero mi período lanoso tuvo un final feliz.

Me dediqué a llamar a las amigas que recordaba como poseedoras de habilidades “calcetadoras” y las invité a venir a recoger lo que les apeteciera.

Estas aparecieron inmediatamente ante mi puerta, contentísimas de aprovisionarse de un material estupendo que ya desapareció del mercado.

Sorprendentemente también vino gente de España a llevarse maletas llenas de ovillos y madejas.

De dicho grupo también formó parte la única de mis cuñadas que le da con brío a las agujas de calcetar.

A lo mejor también se dedica al ganchillo, pero de eso lamento no estar preparada para dar fe.

¡Si las paredes hablaran!...

Muchos de mis amables alumnos de ambos sexos tuvieron la amabilidad de invitarme a cenar en sus casas para presentarme a su familia.

Uno, que era director de banco, vivía en un enorme apartamento de película.

Lo primero que llamaba la atención era que una de las paredes del gigantesco salón era puro ventanal.

En ese momento, la moda decorativa se caracterizaba por el predominio del color blanco en paredes, divanes, muebles...

También era la época en que se recubrían los suelos con moqueta, en ese caso gris claro.

Mi alumno era muy simpático, y su esposa un solete. Se da el caso de que ella había estudiado español en la Universidad... pero por mucho que se esforzaba no le salía ni una frase en ese idioma, excepto los socorridos “buenos días”, “buenas tardes”, “buenas noches”, “hola” y “adiós”.

Tampoco estaba mal, dado que hacía un montón de años que se había licenciado.

Mientras me dedicaba a utilizar con entusiasmo el tenedor y el cuchillo, el ojo se me escapaba de vez en cuando al blancor que me rodeaba.

No sé en qué momento caí en la cuenta de que había algo colgado en las paredes. Algo raro. Fijé la mirada y noté que en dichas paredes colgaban marcos dorados de enormes dimensiones, muy barrocos y sin nada dentro, sólo se veía pared.

Cuatro, para ser exactos.

Se me debió poner cara de completa y estupefacta incredulidad, porque ambos empezaron a soltar sonoras carcajadas... y me aclararon el misterio: como las pinturas que debían estar en los marcos eran muy valiosas, ¡¡¡habían decidido guardarlas en el banco!!!...

Bueno, han pasado casi 40 años y todavía veo en salón y los marcos “viudos”.

Otra alumna mía, muy aventajada por cierto, durante las consabidas cenas de Navidad que solía ofrecer a mis alumnos, una por cada curso, me comentó que se iba a casar en el verano.

Estaba a punto de terminar el curso cuando un día se paró al final de la clase y con aire un poco compungido me preguntó si tenía un momento para hablar con ella.

Mi propuesta fue que se viniera a casa conmigo, que así cenábamos y hablábamos de lo que fuera.

(Es lo que solía hacer. Alguien me contaba cositas y mientras yo le daba a las agujas de calcetar)

Claro que me esperaba todo menos lo que quería decirme con tanta urgencia.

Resulta que poco tiempo atrás se había tropezado con un antiguo novio y entre una cosa y otra acabó pegándose con él algún solemne revolcón que otro en honor de los viejos tiempos.

Sólo que luego le dio un ataque de remordimiento y acabó confesando la peripecia al futuro marido... que como era de esperar se puso hecho una fiera y estaba pensando en plantarla.

Siendo servidora una consumada solterona no supe qué decir. Así que calladita me quedé.

En otoño me invitó a cenar en el domicilio conyugal, por lo cual deduje que su esposo le había perdonado la escapada.

Como es de cajón, no se me había pasado por las mientes el dedicarme a imaginar cómo era su casa.

¡Mejor así! Porque me esperaba una sorpresa morrocotuda.

Cuando nos sentamos a la mesa, caí en la cuenta de que las paredes del salón-comedor parecían tapizadas con fotos.

Dado que carezco de eso que se llama ojo de águila, no veía bien de qué se trataba en realidad.

Cuando nos levantamos tuve la oportunidad de acercarme a ver bien de qué se trataba.

Así caí en la cuenta de que las fotos eran casi todas de ella... **sin ropa...**

Con el rabillo del ojo vi que algunas eran de él... pero traté de no prestar demasiada atención, por temor de que también estuviera en cueros el pobre ángel rubio.

Comenté antes eso de la moda decorativa del momento, cuando predominaba el blanco en todo tipo de superficie.

Pero constaté en dos ocasiones algo que me pareció... diría casi perverso.

No sé qué arquitecto tuvo la genial idea de abolir el salón con cómodo tresillo y mesitas bajas, sustituyéndolo por algo parecido a una plaza de toros.

No es broma.

La primera vez la vi en casa de un amigo que vivía en la planta baja de un edificio de lujo en una urbanización de lujo rodeada de jardines y protegida por rejas altas y puntiagudas.

Al entrar resaltaba un agujero redondo en el centro de la habitación bordeado por seis gradas, todo forrado de moqueta roja.

A la derecha estaba la gran mesa del comedor, normalita normalita.

La costumbre italiana impone (o imponía, ahora ya no sé de qué va el asunto) que al terminar la comida los comensales se levanten y se sienten en el salón para tomar el café.

Siento decir que jamás entendí esa costumbre.

Personalmente me encanta la tradicional sobremesa patria, que une mucho.

Cuando soy yo la que invita, hago que esa costumbre perdure, pero no puedo evitar que, cuando soy yo la que desempeña el papel de invitada, me toque levantarme después del último bocado.

O sea que, terminada la comida, nos levantamos todos y nos sentamos en las gradas a tomar el café, con el pocillo en ristre.

Yo no sabía dónde poner los tacones. Afortunadamente era el período de faldas largas, porque de no ser así... ¡menudo espectáculo braguero se iba a montar!

La segunda vez que encontré la plaza de toros en el salón, más o menos en la misma época, estaba también en una urbanización de lujo.

La única diferencia estribaba en que, en vez de redonda, la “plaza de toros” era ovalada.

Y las gradas eran sólo tres.

Pero la moqueta seguía siendo roja.

(¿La paternidad correspondería al mismo arquitecto? Me parecía maleducado hacer una pregunta de ese tipo),

En este caso la invitación preveía un *buffet*.

Todavía recuerdo el pánico que sentí a verme con un plato con comestibles y los correspondientes cubiertos en la mano izquierda, una copa en la derecha y teniendo que afrontar con mis afilados taconcitos las enmoquetadas gradas, sin que se me cayera nada encima de los demás invitados encaramados en las gradas.

Y una vez sentada el problema era que hacer con las piernas... y con el plato... y con la copa.

Si apoyaba los pies en la segunda grada, el plato me quedaba muy arriba y era complicado cortar el trozo de asado.

Si los colocaba en la tercera, las piernas quedaban estiradas y seguía sin saber cómo cortar lo que tenía en el plato.

Opté por poner el plato a mi lado, en la grada, medio torcida, y así solucioné el problema.

Los demás comensales me imitaron y la imagen de todos de lado dando la espalda al vecino me pareció de lo más peculiar.

(Nunca entendí por qué cuando organizan un buffet preparan cosas en las que hay que usar el cuchillo.

En mi larga vida de organizadora siempre preparé platos que no requirieran dicho instrumento.

Incluso logré hacer tortillitas minúsculas que servía dentro de esos papelitos rizados que se suelen usar en los pasteles de confitería. Era fácil cogerlas con dos dedos y zampárselas en dos bocados).

¡Vaya con la boda de pueblo!

Un fin de semana de julio una amiga me invita a pasarlo con ella en la casa que fue de sus padres, en un pueblecito medio playero medio montañoso.

Muy apenínico, como quien dice.

El sábado por la mañana bajamos al pueblo para aprovisionarnos de comestibles.

Nada más llegar a la calle principal... y única... noto que en todos los postes, los de las farolas, los que llevan los cables de la luz y no sé qué más cosas, tienen una hoja de papel pegada.

Me acerco y veo que en el centro de la fotocopia hay la fotografía de un chico y una chica; en la parte de arriba la fecha de ese día, y en la parte de abajo el nombre de los dos jóvenes seguido de :”hoy esposos”.

Lo gracioso es que en cada poste la foto es distinta y prácticamente una detrás de otra recorren todo el período del noviazgo de la pareja.

Dicho noviazgo debió ser bastante prolongado a juzgar por los evidentes cambios en el de peinado de ambos

En la novia: corto, largo con flequillo y sin él, con coleta, con moño, etc.

Y, por lo que respecto al novio, cambia el corte de pelo pero también las pelosidades faciales: con bigote o sin él, con barba o sin ella, hasta la que debe ser la última donde ostenta un corte de pelo estilo mohicano, bigote, barba corta, amén de un triangulito peloso debajo del labio inferior.

Como soy una metomentodo patentada, me dedico a examinarlas con sumo cuidado y me apropio de tres que están repetidas.

Afortunadamente en ese momento no hay testigos de mi escamoteo.

(Sigo conservando esas fotos en una carpeta no sé por qué motivo).

Por la tarde estábamos en el jardín, repanchingadas en una hamaca, medio desnudas y embadurnadas con crema solar cuando

empezamos a oír voces de varias personas en el callejón que pasa por delante de la casa.

Nos asomamos a la tapia y vimos a un grupo de personas endomingadas, algunas damas con sombrero y todo.

Abría la comitiva un joven que reconocí como el novio de la foto que había arrancado del poste.

Me dejó alelada su vestuario: pantalón negro ajustado y corto, que dejaba ver los tobillos desnudos; camisa blanca con cuello estilo coreano desabrochado y mangas arremangadas; tirantes negros Y UNA ROSA ROJA PINCHADA EN EL TIRANTE DE LA IZQUIERDA.

No quiero ni imaginar cual era el vestuario de la novia, si tenía que hacer juego con el del futuro esposo.

Mi amiga y yo estábamos tan patidifusas que incluso pensamos que igual nos convenía vestirnos e ir a echar un vistazo.

Pero al final decidimos que nos convenía más seguir tumbadas al sol, acumulando vagancia.

Un 31 de diciembre

La experiencia me enseña que la noche de Fin de Año se vive de manera distinta según el país.

En España se celebra (¿todavía hoy?) comiendo 12 uvas, una a cada campanada del reloj de la Puerta del Sol.

Cuando era pequeña, eso de las tradicionales campanadas de medianoche resultaba demasiado tarde.

Era mi padre el que se convertía en reloj y que, con un cuchillo, daba 12 golpes en una botella, en cuanto se terminaba la cena, no recuerdo a qué hora.

Reconozco que en cuando me metía la primera uva en la boca me entraba una risa demencial.

El resultado era que, cuando se acercaba el último toque, me rellenaba la boca con las uvas restantes, creando unos mofletes tremendos que tardaba no-sé-cuánto en eliminar.

Pasé varios “Fin de Año” en París, y reconozco que también eran demenciales.

En los Campos Elíseos se agolpaba una multitud descomunal que abarrotaba la gigantesca avenida hasta el Arco de Triunfo.

Lo más chocante era que, aprovechando la euforia colectiva, todos los marroquíes se dedicaban a dar los tres besazos de rigor a cualquier ser femenino que se les ponía por delante.

¡Un mareo!

El que me tocó pasar en Berlín en mil novecientos y pico fue muy sosito. Claro que era el período en que la ciudad estaba dividida por el muro y por eso no era el caso de ponerse en plan celebración.

Sé que estuve cenando en casa de unos chicos que conocí en la Universidad, pero nada más.

Tampoco tengo nada que comentar de los que pasé en Inglaterra, tanto en Londres como en una estupenda morada en el campo.

Ni se me ocurría acercarme a Trafagar Square donde –como

se veía en la tele- había una multitud borrachuza que berreaba en todos los idiomas.

Lo que no me esperaba es que en Italia la celebración fuera explosiva en todos los sentidos.

(Durante años no me enteré de nada, porque solía aprovechar el período navideño para ir a calcear a lugares remotos y soleados (Cuba, Kenia, Curaçao, Hurgada, etc.).

Luego seguí aprovechando ese período para “turistear” en Siria, Jordania, Camboya, Birmania, etc.)

Cuando me tocó estar en Nápoles en tal ocasión, me quedé turulata

Encontré un hotel cerca de la estación y, al abrir la ventana, vi que el balcón de la casa de enfrente estaba “forado” con una especie de cañas.

A eso de las 8 de la noche, esa casa empezó a llenarse de gente. Se ve que era el punto de reunión de los amiguetes celebrantes.

A las 10 descubrí que lo que me parecían cañas en realidad eran cohetes. Los habitantes de la casa empezaron a encenderlos con entusiasmo... y casi me toca meterme debajo de la cama para no quedarme ciega con tanto centelleo.

Claro que en cierto momento decidí cerrar bien las contras, para evitar la intromisión de cositas incendiarias.

No tengo ni idea de a qué hora terminó el follón, porque con eso de estar acurrucada debajo de las mantas, me quedé roque no sé cuándo.

Lo que sí me ha dejado turulata es constatar la costumbre indígena de ponerse bragas rojas esa noche.

El 30 de diciembre, impepinablemente, los escaparates se llenan de dichas prendas, indicando que se acerca el gran momento.

Claro que esa predilección por dicho color también se pone de manifiesto en otras ocasiones serias.

Por ejemplo ha llegado a mi conocimiento que en Sicilia, cuando alguien obtiene la licenciatura universitaria, suelen enviar a parientes y amigos paquetitos con almendras confitadas DE COLOR ROJO.

Imagino que se trata de diferenciarlas de las que se suelen regalar en ocasión de una boda.

Descubrimiento tontísimo: los ajos son hermafroditas

Nunca es tarde para aprender algo novedoso, aunque sea intrascendente y algo tontorrón.

Años atrás me regalaron un recipiente de cerámica chulísimo, ideado expresamente para conservar los ajos.

Tiene 8 agujeritos que permiten la entrada del aire y así se conservan como es debido.

Trato de que esté siempre bien “alimentado” si bien, con gran tristeza por mi parte, servidora es casi la única que utiliza su contenido.

Al parecer se ha creado una intolerancia colectiva a tal producto (y lo mismo pasa con la pobre cebolla).

Desde hace algunos años, cada vez que decido invitar a alguien a algún condumio en mi morada, me toca preceder la invitación del momento con una pregunta específica: “Antes de nada, ¿puedes comer cosas que llevan cebolla o ajo?”.

Con gran desaliento de mi faceta cocinera, la respuesta suele ser un rotundo NO, que manda a la porra y deja inaplicables la mayoría de mis hartas probadas recetas.

Porque se da el caso de que casi todos los platos que suelo cocinar empiezan con un sofrito de cebolla o un dientito de ajo bien picado.

Aprendí eso en mi lejana infancia, cuando me pegaba a la cocinera para distraerme y pasar el rato.

(En aquel entonces no había aparecido la TV).

Paso por descartar el ajo, ¡pero la cebolla!...

¿Cuál fue mi reacción?

Pues la normal: decidí excluir de mi mesa a los que respondieron negativamente y me limité a rodearme de comensales que apreciaban los antedichos condimentos, o por lo menos uno de ellos.

Afortunadamente dichos invitados son los que todavía hoy se apuntan siempre con entusiasmo declarado a la tortilla de patatas o a la fabada.

Vuelvo ahora a mi declaración inicial.

Después de varios meses sin abrir el bote cerámico, hace unos días decidí preparar una ajada como Dios manda.

Cuando llegó el momento de trocear los dientes de ajo, al quitar el tapón de corcho me encontré con un panorama inusitado: cada diente estaba rematado por ganchitos verdes.

Cuando agarré el primero, me encontré con que estaba formado por varias capas de piel y al final quedaban sólo varios microscópicos dientitos, bien pegados unos a otros, cada uno de ellos rematado por un plumerito verde.

O sea que el diente inicial se había reproducido solito.

En resumen: el contenido del tarro se transformó en una montañita de minúsculas cositas blancas.

¡Menos mal que eran sabrosas y se plasmaron en una ajada de rechuparse los dedos!

Experiencia sin kyrie eleison

Hoy a las 10 de la mañana asistí al funeral de mi vecino de casa.

Su puerta está enfrente de la mía, pero en los casi 30 años que llevo viviendo aquí raramente nos hablamos, excepto el saludo cuando nos cruzábamos en la escalera.

Pero cuando descubrió –no sé cómo- que me divertía inventando cosas creativas, empezó a colgarme en la puerta bolsas con cosas raras, tipo montones de tul de todos los colores, kilos de cintas rarísimas...algo indescriptible.

En una ocasión le pregunté dónde pescaba esas cosas tan heterogéneas y él me contó que a las 5 de la mañana se iba a un centro de recogida donde se amontonaba lo que las personas (o los talleres de confección) trataban de eliminar.

Se da la casualidad de que en mis últimas chuminadas artísticas utilicé varios de sus regalos.

A lo que iba, al funeral.

Eso de que todo sea en italiano me dejó sin enterarme de que iba el asunto, sobre todo porque la iglesia es enorme y tiene un eco de espanto.

No sé cómo de vez en cuando cantaban unas canciones horribles tanto en lo tocante al sonido como al contenido.

En cada banco de la iglesia había tres libros gordísimos, con tapas azules, Su contenido era –supongo- letra de canciones. Los textos me parecieron totalmente absurdos y realmente sin sentido.

Cuando el cura salió de detrás del altar para sentarse a un lado, mientras una señora leía en un atril un galimatías religioso, noté cosas sorprendente.

En primer lugar, debajo de la capa morada el cura llevaba una especie de camisón blanco. En mis tiempos solían estar rematados con un borde de medio metro de encaje, por lo menos, probablemente hecho a bolillo.

En segundo lugar, el cura calzaba zapatillas de deporte blancas que, eso sí, hacían juego con el camisón.

¿Y los fieles? Nada de arrodillarse: o sentados o de pie.

¡Cómo se ve que hace mucho que no voy a la iglesia!

Cuando al final se acabó todo, con el ataúd camino del crematorio me quedé pasmada cuando una señora se me acercó corriendo para saludarme diciendo: "usted es la vecina gallega, ¿verdad?".

Era la hermana de la viuda.

Me quedé turulata, porque ignoraba que nadie me tuviera tan en cuenta como para mencionarme por ahí.

Al final quedamos en el atrio un grupo formado por la viuda, su hermana, su cuñado, un pariente y yo.

Para mi sorpresa la conversación se centró en un tema: qué hacía yo en Italia en vez de estar en Galicia, lugar que hermana y cuñado suelen visitar en vacaciones, naturalmente tomando parte en el Camino de Santiago.

Hace años que aquí se ha puesto de moda hacer el Camino de marras, aunque nadie conoce –ni le importa un pimiento- el origen de dicho camino y ni mucho menos su aspecto religioso.

Los participantes que conozco son ateos.

Y hablan de su recorrido como de una maratona: cuantos kilómetros al día y en cuánto tiempo.

No oigo comentarios sobre iglesias, ciudades, catedrales, etc. Al parecer sólo cuenta el aspecto deportivo.

Me tocó hacer un resumen de mi agitada vida mientras volvíamos a casa.

Al llegar al portal, la viuda me preguntó si me importaba enseñar mis cosas a los presentes.

Claro que dije que sí.

Total, que aquí estuvieron mirando todo cuidadosamente y haciendo una lista de lo que más le gustaba a cada uno. Dos preferían los lanosos y los otros los metalosos.

Aproveché la oportunidad para indicar en cuál de ellos había material regalado por el finado.

A las dos y media se puede decir que se despidió el duelo.

Guareschi, Don Camilo, el Lambrusco y menda

Creo recordar que con el primer dinerito que entró en mi bolsillo (probablemente regalo por mi santo) salí disparada para meter las narices en la librería de la calle de la Oliva, que olía a humedad y papel.

Me dediqué a manosear el contenido de los estantes, hasta que encontré algo apetecible: “Relatos familiares”, de Giovanni Guareschi- Editorial Plaza – precio: 25 pts.

No es que servidora tenga una memoria de acero. Es que llevo más de medio siglo arrastrando dicho librito conmigo, de país en país y de casa en casa.

El pobre está un poco baldado, como su dueña.

Ha perdido las primeras doce páginas.

Pero me da igual y me encanta echarle una ojeada de vez en cuando.

Cuando en la primavera del remoto 1975 llegué a Italia, después de leer repetidas veces las menciones que hacía don Camilo del Lambrusco, claro que quise probarlo de inmediato.

Reconozco que me encantó.

Nunca había catado vino tinto con burbujitas, pese a que durante la Universidad, de bracete con Doris, mañana y tarde nos pegábamos nuestros cotidianos saltitos por los entrañables bares del Franco.

Los de mi época, claro. Porque cuando, con ocasión de las Bodas de Plata de la licenciatura, me di un garbeo por la callecita de mis recuerdos, constaté tristemente que todo había cambiado.

Por eso me juré delante al espejo que jamás de los jamases volvería a poner el pie allí.

No tiene nada que ver con lo anterior, pero sí con eso de que los recuerdos son RECUERDOS.

Tras mi largo período en Berlín, cuando todo estaba partido en dos, y pensando en todas mis estupendas experiencias, en la zona Este y en la zona Oeste (o sea, como en las películas de vaqueros,

la de los “buenos” y la de los “malos”), ni loca me voy a ver el cambio, que no me importa un huevito frito.

Conservo mis recuerdos y ya está.

Eso sí.

Me sorprendió un poco saber que los amigos berlineses que me ponían verde por pasar de vez en cuando al territorio de los “malos” para asistir a la ópera, ahora viven tranquilos y felices en la ex-zona maldita de antaño.

Volviendo al Lambrusco, descubrí algo raro.

En general, cuando alguien tenía que estar despierto, se preparaba litros de café y contento como unas Pascuas.

Servidora descubrió muy pronto que el café le provocaba unas nauseas aterradoras, o sea que, después del desayuno, ni tocarlo.

Hay que ponerse en mi situación.

Cuando llegó el período en que por la mañana era diseñadora, por la tarde trabajaba en la oficina comercial española que me permitía tener el permiso de residencia, de 18 a 21 era profesora de español... y de repente empezaron a llegarme sustanciosas traducciones...

... Ayyyyy, me volví tarumba...

De repente descubrí que, si me pimplaba un vasito de Lambrusco, recuperaba energía e incluso no me pesaba nada renunciar a cualquier cosa, incluido a dormir las horas previstas, en favor de la traducción.

Claro que en cierto momento me resultó sorprendente y tiernito que el dueño del restaurante próximo a la casa donde vivía en aquel entonces, cuando me veía asomar la cabeza por la puerta después de las 9 de la noche (terminadas las clases de español), me guiñara un ojo diciendo “traducción”... y me diera una botella de mi Lambrusco a precio de saldo...

Poco después me marché de la casa de ese momento, y ya no volví a pasar por delante de dicho restaurante. Siempre me sentí culpable por no haberle dicho adiós.

Pero después cogí la costumbre de ir a despedirme de todos los que me ayudaron.

Como hice con la señora que vendía las verduras en el mercado al lado de la casa número 9, una santa criatura que me

proporcionaba todo lo necesario para las cuchipandas del fin de semana.

Cuando me trasladé a la casa nº 10, un poco más lejos, cada viernes la llamaba para pedirle mis habituales cebollas, pepinos, calabacines, patatas, berenjenas, etc.

Esta santa incluso hablaba con el carnicero para que me preparara algún kilito de carne cortada a cachitos, en previsión de cenas con abundantes comensales.

(Nunca entendí como se suponía que, con el plato en la mano, fuera posible cortar nada. Por eso en mis menús todo estaba cuidadosamente troceado).

La bendita verdulera incluso se encomendaba al panadero para que me diera mi pan preferido...

... O lo que fuera...

Total: me llegaba un chaval con todo todito todo.

En el envío estaban previstas cajas de Lambrusco, que me servían para trabajar.

Yo le daba el billetón que había preparado, y él ya traía las vueltas en el bolsillo.

Mi verdulera se encargaba de pagar a todo quisque.

Lo que se dice una vida rechula.

Tengo que comentar que no tardé en caer en la cuenta de que al invitar a alguien a una cuchipanda, los invitados me traían un regalo, cosa que es habitual, claro.

Lo malo es que, como la enorme pared de mi habitación estaba cuajada de collares de todo tipo, a todos les entraba el morbo de añadir algo a la colección, incluido el correspondiente clavito.

Yo ya me había acostumbrado a poner encima del mueble de la cocina un martillo y un frasquito lleno de clavos, de modo que los voluntariosos plantaban su regalito en la pared de mi cuarto con un cachito de papel indicando el autor de la dádiva... todo tranquilo, salvo el pum, pum de la colocación.

Reconozco que a veces este tran-tran me creaba ciertas dificultades.

Resolví todo con facilidad.

Cuando organizaba mis jaleos gastronómicos durante el fin de semana, al hacer la invitación telefónica indicaba que estaba previsto

que los invitados llegaran con una botella de vino en la mano... y sin ningún tipo de regalito,

¡Remedio sacrosanto!

Se acabaron los regalos, afortunadamente.

En cambio, me encontré con una estupenda colección de vinos, de los cuales disfrutaron abundantemente mis invitados.

Pero mi pasión por el Lambrusco permaneció inmutable.

Noche de paz, tralalá, tralalá... *(Recuerdo de una remota infancia)*

En la casa quemada, a mediados de diciembre se ponían en marcha los preparativos para montar como se debe el consabido Belén.

Por suerte nuestra vivienda contaba con una gigantesca buhardilla.

(Hoy día de ese macro espacio saldrían dos apartamentos chulis).

Dicha buhardilla estaba dividida en dos partes.

A la derecha, el espacio estaba abarrotado con gigantescas librerías que arropaban los libros que habían utilizado mi abuelo, mi tío y mi madre cuando estudiaron sus respectivas carreras.

También había muebles y numerosos baúles bien pechados... pero no se veían las llaves.

(Nunca supe cuál era el contenido)

Cerca de la puerta, una pequeña librería custodiaba los tomos del Espasa. Estaban polvorientos y eran muy pesados.

A la izquierda, al fondo, estaba el cuarto donde dormían las chachas (las sucesivas Palmira, Rosita, Maruja, Angelines, etc.). A su lado, detrás de un tabique de madera, se amontonaba la tablilla que servía para alimentar la calefacción.

El resto del gran espacio, vacío durante todo el año, era donde, una vez pasada la Inmaculada, se “construía” el Belén, encima de una especie de mesa gigantesca.

Se empezaba por poner al fondo montañas hechas con corcho y recubiertas con musgo de verdad. Entre ellas discurrían ríos hechos con papel de plata apretujado.

En la base de dichas montañas se colocaban prados, siempre musgosos, donde pastaban ovejas custodiadas por **espacios** consabidos pastores.

En un extremo se situaba el Portal, debidamente rematado por una estrella-cometa, en cuyo interior se encontraba la Virgen siempre arrodillada al lado de una cuna, donde casi apoyaban el hocico un asno y una vaca. El grupo lo vigilaba un San José barbudo y melenudo apoyado en un bastón.

La “llanura” que remataba el conjunto estaba recubierta de serrín y por allí iban transitando los personajes que acudían a la llamada de la estrella... y los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, montados en sus respectivos camellos y rodeados de servidores.

En cuanto empezada el período navideño, cada noche después de cenar subíamos todos a la buhardilla: papá, mamá, el tío, nosotros los chavales y las chachas, claro.

Mientras nos dedicábamos a ir desplazando todas las figuras para acercarlas al Portal, se cantaban los villancicos de rigor.

Recuerda sobre todo ese de “25 de diciembre, fun, fun, fun”, pero tampoco faltaban “Campana sobre campana”, “Mira como beben los peces en el río” y el consabido “Noche de paz”.

Estaba todo calculado para que se llegara al Portal justo cuando aparecía en la cuna el Niño Jesús, con sus ricitos rubios, su aureolita dorada, desnudito pero con pañal y los deditos juntos para echar una bendición.

¿Verdad que es guay?

Ya crecidita caí en la cuenta, con sumo estupor, de que en el país donde ocurrió dicha historia no había montañas verdes, porque el paisaje real era desértico y MUY arenoso.

Y ni mucho menos discurrían ríos por las inexistentes laderas, claro.

Cuando anduve trotando por doquier, también constaté que eso de un bebé rubito no se compaginaba con el territorio histórico, dado que sus moradores poseen estupendas cabelleras renegras.

Puede que de vez en cuando aparezca algún albino que, según las zonas en que cae, es considerado algo bueno o algo malísimo (¡pobre de él en este último caso!)

Sorpresitas del supermercado

Nunca pensé que algo tan normal como comprar el pan nuestro de cada día pudiera convertirse en una fatigosa búsqueda.

Cuando abrieron un supermercado nuevo en mi acera fui inmediatamente a curiosear.

Lo que más me llamó la atención fue ver que en una pared enorme se agolpaban cajoncitos transparentes.

En la parte delantera de cada uno había una etiqueta con el nombre del producto panero que contenían.

Me armé de santa paciencia y me apunté cada nombre, del primero al último:

All'olio,arabo, avena, azzimo, banana, bastoncino,bocconcino, bozza, bretzel, carasau, casareggio, chicco di grano, ciabatta, coccodrillo, con noci, con olive, croce, de corte, di farro, di malga, focaccia, francesino, gechele, girasole, girella, grano duro, káiser, mafalda, michetta, multicereali, nuvoletta, omega, pagnotta, pasta dura, piuma, piumino, rigatella, rosetta, rustichello,sciocco, sesamo, sfilatino, sfoglia,soia, stella, tartaruga.

(Nunca me acostumbraré a ver toda esa imaginación dedicada a la nomenclatura de gramos de harina y gotas de agua).

Naturalmente, cuando no mucho más tarde abrieron otros dos supermercados con dimensiones impresionantes, ni loca fui a ver lo que ofrecía el sector panadero.

En noviembre los anaqueles empiezan a estar colmados de “Panettone” de diverso tipo y de diversa marca. Y de diverso precio...

Este último detalle me deja siempre turulata, porque al fin y al cabo se trata de harina, azúcar, yema de huevo, mantequilla, nata y cachitos de frutas escarchadas.

Que unos cuesten 3 euros y otros 35 me parece asombroso. Se ve que mi paladar dulcero es de bajo nivel porque probé ambos tipos sin comprender la causa de tanta diferencia de coste.

El producto similar es el Pandoro, que se diferencia del anterior en que carece de frutas escarchadas... y porque no es conocido en todo el mundo como su “hermanito”.

A partir del 10 de enero, empiezan a aparecer unos paquetitos con una especie de galletas hechas siempre de harina, agua y azúcar, que son típicas de Carnaval.

Tienen distinto nombre según la forma: bugie (*mentiras*), chiacchiere (*charlas*), petegolezzi (*cotilleos*), folletti (*duendes*), cenci (*harapos*)...

Estos son los nombres que vi en el super que suelo frecuentar.

Me han dicho que cada región le pone el nombre que le parece... todos un poco demenciales en mi opinión.

La masa de esos dulces es idéntica a la de las orejas de carnaval que se hacían en mi casa.

O a la de las flores de carnaval, tan rebuscadas.

Por cierto, en mi cocina tengo colgado el molde para hacerlas, Pero reconozco que jamás me dediqué a esa labor, porque me parece que requieren un trabajón que nunca me sentí con ánimos de afrontar.

Naturalmente a continuación se pasa al tradicional huevo de Pascua... y a la Colomba, por lo menos en Milán,

Es la misma masa del Panettone/Pandoro, pero en forma de paloma.

Imagino que los fabricantes deben llenar numerosos tanques con la masa hecha con los ingredientes que indiqué antes y luego, según el período del año, le dan la forma que toque con el correspondiente molde y ¡hala, derechita al horno!

Claro que si me doy una vuelta por un supermercado chino, que vende muchos productos típicos de Sudamérica o Filipinas, las marcas comerciales me resultan sorprendentes:

- Habichuelas negras La Palma – República Dominicana
- Habichuelas rojas Goya – República Dominicana
- Guisantes Carajo – Perú
- Bizcocho Mamón – Filipinas
- Galletas Puto – Filipinas

¡Las sorpresas abundan!

Un 25 de diciembre poco usual...

En vez del tradicional “25 de diciembre, fun, fun, fun” hoy cantaré un novedoso “25 de diciembre catapum, catapum, catapum”, ruidoso pero no peligroso.

Es que amanecí un poco rara, aquejada de algo así como de una manía de orden.

Esto se tradujo en que me dio por revisar las estanterías de la cocina, no sé por qué, dado que no solía hacerlo.

Me encontré con la sorpresa de que en el último estante, muuuuuy arriba, bien archivadas y agrupadas, había 33 latas de conserva:

- 3 de lentejas,
- 3 de garbanzos,
- 4 de habichuelas rojas,
- 6 de habichuelas negras,
- 8 de habichuelas blancas,
- 2 de judías verdes,
- 2 de maíz,
- 1 de humus,
- 2 de mango en almíbar y
- 2 de piña ídem.

Las últimas fruterías en previsión de se me antoje organizar un postre en cualquier época del año.

TODAS CADUCADAS EN 2015 O 2016.

Por poco me caigo de la escalera. Primero por la sorpresa; segundo porque con las medicinas que me toca papar suele entrarme a veces un vértigo malsano que me desquicia.

Dediqué casi dos horas a abrir cada lata, vaciar el contenido en el WC y luego tirar el envase a una bolsa de plástico.

A esta última actividad se debe el catapum catapum del que hablaba: era el ruido de las latas chocando unas con otras.

Aparte de un ligero vértigo, ahora tengo el dedo gordo de la mano derecha un poco hinchado y más bien rojizo, de tanto darle al abrelatas.

Y mi diminuta cocina está invadida por la bolsaza negra donde se aglomeran las 33 latas vacías.

¿A qué se debe tanto amontonamiento de latas?

A que mis invitados suelen esperar que les ofrezca tortilla de patatas o fabada.

En casa tengo siempre patatas, huevos y cebolla, además de habichuelas en lata.

En la tienda de los chinos encontré, además de las blancas tradicionales, latas con otras rojas o negras.

Por extraño que parezca, esta fabada tricolor, con su sabrosa salsita donde abundan tropezones de chorizo y panceta, tiene siempre un éxito loco.

Claro que como llevo años sin hacer cenas “apiñadas”, me olvidé por completo de la abundante reserva que tanto me ayudó otrora, cuando me daba por organizar ágapes repentinos con un gran número de comensales.

**Espero que el 25 de diciembre del lector del momento
resulte menos jaleoso que el mío.**

Una infancia sumergida en el incienso

De los 3 a los 16 años, de octubre a junio y de lunes a sábado fui alumna de un colegio de monjas.

Primero como parvulita, claro.

Al empezar el bachillerato me apunté a ser medio-pensionista´

Esto suponía comer en el cole y volver al hogar paterno/materno (hay que ser feminista) al final de las clases, o sea a las 6 de la tarde.

La razón era que ir a casa a comer suponía que me tocaba ponerme un mandilón encima del uniforme, sentarme en una silla en la cocina y dar la papilla al hermano de turno, el nº 7.

Confieso que cuando se ponía caprichoso y no quería cerrar la boca, yo me dedicaba a eso de “una cucharadita para el nene y otra cucharadita para la nena”.

La papilla de leche con Maizena me parecía muy rica... pero preferí quedarme a comer en el colegio y luego pasar el recreo jugando con las demás chavalas o ir de paseo por las Corbaceiras, cuando hacía buen tiempo.

Luego, cuando caí en la cuenta de que al volver a casa a las 6 me correspondía la labor de jugar con los peques, pedí quedarme a estudiar en el cole hasta las 8, cuando las alumnas internas se iban a cenar.

Esto no me libraba de tener que ponerme de rodillas, siempre con mi uniforme de tablas y cuello blanco almidonado, para bañar a nº 6 y nº 7.

Los renacuajos chapoteaban alegremente sentados frente a frente, mandándome alguna salpicadura que otra de vez en cuando al hacer plaf, plaf, plaf con las manitas.

Me encantaba quedarme a estudiar en el colegio.

Esto que implicaba también el que, no recuerdo si a las 6 o antes de que las internas se fueran a cenar, se iba a la capilla a rezar el rosario.

A veces había la ceremonia de la bendición, que solía estar acompañada de los cantos en latín del coro.

En cuanto pude me apunté a dicho coro, con función de segunda voz.

Mis ganas de salir de casa tomaron forma cuando, en los últimos años del bachillerato, incluso iba todas las mañanas a misa con las monjas.

Y me chiflaba cuando tocaba misa cantada gregoriana.

Hasta hace algunos años de vez en cuando el domingo se me antojaba ir a la Iglesia de S. Ambrogio donde, a las 10,30 se celebra la misa cantada.

Los celebrantes eran tres curas vestidos con amplias casullas rojas modernas, de esas redondas que recuerdan el mantel de una mesa camilla, con un agujero para la cabeza.

Cuando abrían los brazos me encantaba ver el revoloteo sedoso que se originaba.

Y, con suma delicia, oía de nuevo el amado gregoriano de mi infancia.

Cada cierto tiempo un monaguillo empezaba a agitar el incensario frente a cada cura, obispo o lo que fuera.

Esta actividad rodeaba a los fieles asistentes de una nube de incienso que revoloteaba pausadamente hacia la cúpula.

¡Lo que son las cosas!

Un buen día descubrí que tengo una enorme alergia al bendito incienso.

Esto puso punto final a mi placer de oyente del estupendo gregoriano.

“¿Usted es la que escribe?”

Me toca ir al hospital para hacer el bis de una pequeña operación.

Citan a todo el mundo entre las 9 y las 10 y después uno espera ... y desespera pendiente de que le llamen con el número asignado, por eso de la privacidad.

La primera vez me tocó entrar a las 12.30, pero luego entre papeleos varios me atendieron a las 2.

Hoy cuando llegué, la sala de espera estaba llena a rebosar, y los pasillos abarrotados con gente de pie, porque para cualquier cosa va toda la familia... y no hay sillas para todos.

La vez anterior había un mocetón cuarentón acompañado de padre, madre y tía.

Y lo volví a ver con toda la familia diez días más tarde cuando se trataba de quitar los puntos.

Voy a la ventanilla del papeleo, entrego todo, la señora escribe y, de repente se para, bolígrafo en ristre:

Ella- ... Hummm, Perez Garcia...hummmm. ¿Usted es la que escribe?

Yo- (Muuuuuuy atónita) Bueno, sí, pero ¿usted cómo lo sabe?

E- Ehshhhhhh, lo sé

Y- ¿Lo ha leído?

E- (Indecisa) Nooooo

Y- ¿Le gustaría leerlo?

E- Siiiiii

Y- Tengo una copia aquí, si le interesa se la doy

E- ¿Y me la dedica?

Y- Claro, ¿cómo se llama?

E- (Señala con el índice la chapita de su bata)

Y- Desde aquí no veo nada

E- (Se quita la chapita y me la pasa por debajo de la ventanilla con un boli)

Y- La he indicado como “otro ángel”. ¿La sala de espera es la misma de siempre?)

Se oye un chasquido

E- No, acabo de abrirle la puerta. Pase. Usted es la primera.
Cama 1.

La pregunta sobre el libro tiene una explicación.

Cuando me operaron de cáncer, al segundo día me puse de pie y anduve recorriendo el pasillo arrastrando la columna con las bolsitas conectadas a mi cuerpote hasta que me obligaban a irme a la cama por la noche.

Pero también llevaba en el bolsillo de la bata un cuaderno donde, lápiz en ristre, fui tomando nota de las menudencias cotidianas.

Durante el verano, como no podía viajar a la espera de la revisión, convertí las notas a voleo en un librito donde constaba el nombre de todas y cada una de las personas que me habían atendido.

En Navidad regalé un ejemplar a cada una de esas personas, acompañado de una bolsa de polvorones, mantecados, alfajores, etc. los típicos dulces navideños que importé para tal ocasión.

Ya sé cómo funciona todo, o sea que me pongo a hacer un crucigrama mientras espero.

La sorpresa es que la cirujana es la misma de la vez anterior, y me saluda toda contenta porque dice que se había acordado de mí porque se había quedado con la curiosidad de saber si su diagnóstico era acertado.

Charlando con ella y con la enfermera (*que me comenta que, si me gusta tanto andar por la playa, le da mi teléfono a su marido, al que le chifla eso mientras que a ella le horroriza*) me cortan y recosen sin que me dé cuenta.

Para no hacerle un desaire, le digo que hay otra persona del Hospital a cuyo marido, que está en Kabul (y al cual llamo General, aunque no le conozco), le escribo todas las semanas las cosas más delirantes, porque así me lo han pedido su mujer y él.

¡Es que me pasan siempre unas cosas más raras....!

Despotricando a mansalva

Érase una vez la oficina de Correos

Es cierto que actualmente el correo funciona poco. Nadie escribe lo que antes se llamaba “carta” y que en tierna edad nos enseñaron a redactar.

Se empezaba poniendo lugar y fecha, y luego el consabido encabezado, que podía ser “querido/a”, “estimado/a”, “distinguido/a” o el más formal “muy Sr. mío/muy Sra. mía”.

Luego se terminaba de diversos modos, según lo que sentía en ese momento el que escribía o bien según que fuera algo privado o formal.

En mi lejana juventud fui una fan de la correspondencia. Recuerdo que en mi mesa había siempre cartas empezadas, dirigidas a diversos destinatarios, a las que iba añadiendo párrafos a cachitos según se me iban ocurriendo cosas que contar.

Fui perdiendo esa costumbre cuando empecé a ser itinerante, dado que con tanto andar dando tumbos por aquí y por allá era difícil recibir respuestas.

En ciertos casos pedí que me escribieran a la lista de correos, normalmente ubicada en la oficina principal, pero varias veces, en mi estancia en diversos países, tuve problemas para recoger las cartas, dado que el nombre de la destinataria indicado en dicha carta no correspondía al que constaba en mi pasaporte.

¡Menudo lio!

Un día cualquiera, de un mes cualquiera de un año cualquiera, tenía que mandar un paquete a no sé quién. Así que me fui a la oficina de Correos más próxima –no tan próxima, realmente.

Contaba con 3 ventanillas pero las dimensiones del espacio para los clientes era de 2 m.x 2 m. Naturalmente no cabían más de 4 usuarios, bien apretujados.

Esperé forradita de santa paciencia, como buena concedora del funcionamiento, y aproveché el tiempo para lanzarme a un “chat” super con todas las demás víctimas que estaban achantando como menda.

Llegó mi turno, entregué mi paquete en la ventanilla 2, el tipo lo pesó, me dijo el precio...

De repente interrumpió al de la ventanilla 1 para comentar que en su opinión, su ordenata está equivocado y le pidió que pesara el paquete.

En la ventanilla 1 el precio resultaba la mitad.

El de la ventanilla 2 volvió a pesar mi paquete, siempre rezongando.

Yo me volví a la creciente cola trás de mí, que llegaba a la acera y comenté: “no importa, pago lo que dice su ordenador, no se preocupe”.

Respuesta: “lo que es justo es justo”.

Y siguió dándole a los botones para pesar el dichoso paquete.

Yo, mientras tanto, tragaba saliva haciendo un ruidoso “glup” y contando mentalmente de 10 en 10, porque la cola crecía.

Llegados a un cierto punto, con mi voz más suavecita, le expliqué que en este caso el problema del ordenador era secundario; no dependía de él y le agradecía su preocupación por el exceso de precio, pero que para mí, en ese momento, pasar más tiempo en la sucursal de Correos me suponía más gasto, y que si el paquete llegaba a destino, yo le quedaba sumamente agradecida por la profesionalidad demostrada (¡¡no me explico cómo pude hilvanar tanta tontería!!).

Por fin pagué y me largué.

Salí del angosto recinto casi dándome abrazos con los agotados de la cola.

El día en que me tocó mandar una carta certificada decidí probar suerte con otra oficina de Correos.

Era más amplia y contaba con numerosas sillas, que estaban todas ocupadas.

Sólo en una ventanilla recogían paquetes y cartas. **espacio** Certificadas o normales.

Las restantes ventanillas se encargaban de operaciones bancarias, actividades administrativas tipo tramitación/renovación del permiso de estancia... y otras más que en este momento no recuerdo.

Apoiada en la pared, esperé pacientemente, durante una hora, a que el empleado encargado de recoger dichos paquetes y cartas: dejara de hablar con sus compañeros,

dejara de hablar solo,
dejara de abrir y cerrar cajones,
dejara de mirar al cielo con aire de S. Lorenzo en la hoguera,
dejara de buscar algo en el suelo...
... y otros “dejara”...
y se dignara ¡por fin! ocuparse de mi carta.

En otra ocasión me tocaba enviar un montón sobres-burbujita de diversas dimensiones. En este caso decidí irme a la central de Correos, al lado del Duomo.

Descubrí que había una cola para poner los sellos y otra para entregar el sobre.

En la cola de los sellos, la empleada del momento era una especie de bola, tremendamente maquillada, que llevaba al cuello una bufanda tornasolada violeta/plata y lucía un jersey negro con enormes aplicaciones a ganchillo de múltiples colores.

Mientras la señora-bola recogía los sobres, de golpe se me escapó comentar: “estupendo jersey, realmente reactivo”.

(¿Cómo se me ocurrió soltar una memez tan, tan, tan?)

La señora, muy tranquila, después de pesar los sobres, me los fue devolviendo con los correspondientes sellos y yo me encargué de ir poniéndolos; incluso me prestó un tubo de cola, porque esas mingurrias filatélicas no se pegaban.

De repente, al quinto sobre me preguntó:

- ¿Por qué dice que mi jersey es reactivo?
- Porque es tan original que se nota forzosamente, y la reacción es inmediata: o gusta o no.
- A mí me gusta que me noten.
- Me parece estupendo. Cuando uno está aquí haciendo la cola, se agradece ver algo que sorprende.

Me puse en la cola siguiente para entregar el montonazo de sobres que casi me llegaban al mentón.

Yo era la cliente nº 8.

De repente, en la ventanilla anterior se asomó la Sra. Bola que pegó un alarido: “Señora venga aquí”. Al acercarme me sonrió dulcemente y me dijo: “Deme los sobres, que yo me encargo de todo”.

(¿No podía hacerlo antes, ¡porras!, cuando terminé de pegar los sellos?)

No sé en qué momento descubrí que había la enésima oficina de Correos no lejos de casa.

No la había visto antes porque estaba situada dentro de una galería cuya existencia ignoraba.

Cuando tuve que mandar un montón de llaves UBS decidí probar mi suerte en ésta.

El lugar era amplio y contaba con 6 ventanillas, además de tres filas de sillas que a las 10 de la mañana ya estaban ocupadas.

Nada más llegar vi una columna de botones. Al lado de cada uno se indicaba el servicio ofrecido. Había que apretar el botón que servía, esperar a que saliera un papelito con un número y luego controlar que dicho número aparecía en tres pantallas muy grandes, que mostraban asimismo cuál de las seis ventanillas se encargaría de prestar el servicio requerido.

Patidifusa me quedé al constatar la serie de sorprendentes servicios de los que disponía el público:

- comprar tarjetas prepagadas,
- cargar dinero en tarjetas,
- enviar y cobrar giros de dinero,
- pagar los recibos de la luz y del gas,
- pagar las multas,
- recargar los teléfonos móviles,
- pagar los impuestos,
- cobrar la jubilación,
- cobrar los reembolsos de Hacienda,
- cobrar los reembolsos de la Seguridad social,

También se indicaba:

- abrir cartillas de ahorro,
- tramitar permisos de estancia,
- tramitar el documento de identidad,
- hacer compras "on-line".

Al final de todo:

- comprar sellos,
- enviar paquetes/ cartas certificadas/ cartas normales,
- mandar telegramas.

En esta ocasión me tocó dedicar dos horas a la compra de UN sello, porque el número dedicado a esta actividad salía cada 15 de los otros.

Comprar billetes de tren, ¡ayyyyyy!

Cuando me aparqué en esta ciudad, me dejó asombrada el edificio de la Estación Central, empezado en 1912 pero terminado a principios de los años treinta, cuando predominaba el modernismo.

Durante toda mi sacrosanta vida utilicé sus servicios con mucha frecuencia y solía recomendar su visita a los amigos que venían a verme.

Cada vez me dejaba atónita aquel enorme espacio, adornado cerca de la bóveda con una especie de cuadros hechos con baldosas pintadas o bien con mosaicos.

Siempre fui una maniática de la puntualidad. Mejor dicho, suelo llegar a cualquier tipo de cita con media hora de adelanto.

En el caso de la estación, tenía tiempo para darme un paseíllito por el gigantesco espacio vacío, antes de buscar el andén que me correspondía.

Pero...

¡Ay!...

Hace unos años emprendieron una obra de remodelación que dio como resultado que MI estación se convirtiera en un centro comercial a todos los efectos.

Dos escaleras mecánicas opuestas recorren en zig-zag el espacio de mis recuerdos, para llevar a la serie innumerable de tiendas, las mismas que se encuentran en el centro de la ciudad o en las calles comerciales.

Eliminaron la estupenda sala de espera, con bancos de madera oscura y un respaldo que llegaba al cogote de los usuarios sentados.

Al final una pequeña puerta con un torniquete y dos controladores permite el acceso a los andenes.

Pasado el control, hay sitios donde comprar cosas de comer, pero los retrasos se aguantan a pie firme.

¡Menos mal que aparecieron las maletas con ruedas y los viajeros se acostumbraron a reducir las dimensiones del equipaje!

Porque aquellos señores con amplia camisa azul y gorra con visera, los tradicionales mozos, ya no existen.

Ese oficio desapareció (lo mismo que pasó con el de zapatero remendón o el de limpiabotas).

El verano pasado decidí que me apetecía ir a París en tren, en recuerdo de los años en que hacía ese viaje con frecuencia.

Quería comprar el billete en internet, pero cambiaron el esquema y, como soy tonta de remate, no me aclaraba. Así que decidí ir a la estación.

A la entrada había una cola tremenda esperando a que un señor, vestido con una chaquetilla roja y cómodamente sentado, diera un papel numerado que variaba de color según el destino elegido.

Dije “billete para París” y me dio un número.

Según el tablón de anuncios, delante de mí había 15 personas.

No había sitio donde sentarse, así que me limité a apoyarme a la pared.

De los 15 mostradores sólo en 6 había personal.

Por eso de pasar el tiempo me puse de cháchara con los demás plantados, pero al cabo de una hora empecé a ponerme un poquito histérica en mi interior, aunque a lo mejor no se notaba.

Naturalmente solté mi retahíla sobre el desmadre de que las ancianitas no pudieran sentarse. Conté también que llevaba 60 años sirviéndome de los trenes en Europa, Perú e India, sin encontrarme jamás en una situación tan demencial.

Cuando por fin llegó mi turno, la señora del mostrador me comunicó que el tren para París ahora salía de otra estación, y era allí donde vendían el billete.

Atravesé toda la Estación Central, cogí el metro y me fui a la estación de marras.

Mismo procedimiento de número, espera de pie, etc.

Cuando por fin llegué a la taquilla, me anunciaron que ese billete sólo se compraba en internet.

O sea que desperdicié 6 horas tratando de comprar inútilmente el dichoso billete.

Cuando llegué a casa y llamé a mi sobrina de París contándole mis peripecias, **en el tiempo récord de 18 minutos me llegó el anhelado billete a mi ordenador.**

¡Que vienen los chinos...!

Cuando llegué a Milán, hace un dilatado montonazo de años, (en la primavera de 1975, para ser exactos), alguien me comentó que había una zona apodada “chinatown” porque, al parecer, la mayoría de las tiendas y de los restaurantes eran propiedad de oriundos del continente asiático.

Y de ahí provenían asimismo un gran número de los habitantes de dicha zona.

Se da la casualidad de que conocí a gente que vivía en los alrededores. Pero como sólo iba a su casa para cenar, la soledad que reinaba en tal momento me impedía constatar la veracidad de lo que me contaban.

Eso sí, en cualquier restaurante chino de la ciudad, estuviera donde estuviera ubicado, cada plato del gigantesco menú tenía un número, y al lado la descripción del contenido del mismo.

Las camareras de turno, casi siempre chicas jóvenes, guapas y en su mayoría con melena negra tesa que les llegaba a la cintura, guardaban un silencio absoluto, esperando que el cliente señalara con un dedo el número o números de lo que quería paparse.

Era el período de la mini falda, que años atrás había lanzado exitosamente Mary Quant y que ha persistido hasta nuestros días.

Sólo que esto puso en evidencia que la mayoría de las nenitas de ojos oblicuos tenían las piernitas bastante arqueadas, curva subrayada todavía más por las medias negras que llevaban puestas.

Años más tarde se montó un carajal de aupa, porque descubrieron que los sótanos de muchas casas de la zona se habían convertido en talleres/dormitorio con montones de chinitos y niños de ambos sexos que vivían –y trabajaban- amontonados y sometidos a purita esclavitud.

No quiero ni imaginar cuales podían ser las condiciones higiénicas que soportaban las ratitas/abejitas laboriosas,

Los edificios solían tener 4 pisos alrededor de un patio más o menos grande. Los apartamentos tenían fregadero en la parte destinada a la cocina, pero no cuarto de baño.

A los extremos de cada piso estaba el WC común, de esos que consisten en un agujerito en el suelo, o sea 2 WC por planta al servicio de los numerosos apartamentos que había en cada una.

¿Y qué pasaba con los sótanos?

Mejor no pensarlo.

Pasa el tiempo. Muuuuucho tiempo.

Una pareja de chinos, con un chico y una chica ya crecidos, abren un “takeaway” cerca de mi casa. El hijo va a un instituto técnico y la hija a otro especializado en turismo.

La cocina es italiana y exquisita.

Yo dejo de cocinar para mí.

Cada día me acerco a ver lo que hay en el menú, siempre apetecible. Tanto si son guisos como asados, está todo de rechupete.

Hacen unas patatas asadas de película.

Y las hogazas de pan son estupendas y me duran días sin convertirse en cemento.

Unas Navidades empezamos a intercambiar regalos. El mío siempre eran polvorones y alfajores, que es lo que le propino a todos los cristianos: médicos, enfermeras, amigos, proveedores, clientes...

Por desgracia, un septiembre, al volver a Milán, me encontré con que habían desaparecido y en su lugar había un restaurante brasileño con menús que no me resultaban nada atractivos.

O sea que volví a cocinar a mediodía.

Ya hace tiempo, la panadería de mi acera, de tipo familiar, decidió un buen día hacer reformas, y puso unos suelos con dibujitos que eran un encanto.

Un viernes me proporcionó los pequeños panecillos redondos que solía usar para hacer mini-empanadas.

El lunes era una tienda china.

No hubo ningún cambio en la decoración.

Los nuevos propietarios se limitaron a eliminar el mostrador y plantar colgadores móviles donde colocaron prendas a voleo.

Cuando me encontré a la ex-panadera en la calle y le expresé mi enorme sorpresa me contestó: “llegaron unos chinos con dinero en mano; mi marido, mi hija y las tías sopesamos la oferta juntos... y aceptamos inmediatamente”.

Lo mismo me dijo el propietario de un enorme almacén de madera, del cual solía ser cliente.

En quince días se convirtió en un supermercado chino donde venden sobre todo productos exóticos.

Las verduras están destinadas a brasileños y filipinos, pero algunas son muy raras y no me atreví a catarlas.

Sobre todo porque tuve una experiencia algo peculiar.

Un día cualquiera me compré una lata de sardinas con tomate, made in Filipinas. Cuando la abrí me encontré con la sorpresa –diría que un poquito repugnante- de que las sardinas en cuestión eran completamente dulzonas.

Claro que luego vi que venden contenedores de cartón con 2 litros de salsa de tomate donde consta escrito bien grande: CON AZUCAR.

Desde ese momento decidí no dar rienda suelta a mi curiosidad en lo tocante a productos alimentarios... sin leer antes la letra pequeña, por si acaso.

Los propietarios son una pareja joven, y cuando nació el primer hijo, una niña, los invité a probar la cocina española.

El motivo de la invitación, en realidad, era que tenía una curiosidad loca por saber cómo aparecía en Milán todo ese montón de chinos.

Él me contó que su padre era oriundo de un pueblo de la montaña y tuvo que andar a pie tres días antes de llegar a un sitio donde había un autobús que le llevó a un aeropuerto, que lo trasladó a otro aeropuerto, etc.

Nada más aterrizar en Milán le pusieron al frente de un restaurante, aunque no sabía ni papa de italiano.

La historia familiar de su mujer era más o menos la misma

Son tan amables que, cuando quiero algo que no se encuentra allí, me lo buscan de inmediato... y el precio es tirado.

Y si necesito que me presten algún objeto para lo que sea, o que me manden correos si tengo problemas con mi internet... sólo tengo que pedir y ya está.

Hace algo así como 6 años, enfrente de mi casa apareció una peluquería con personal chino.

Como sé que en mi zona le tienen tirria a los extranjeros, sobre todo si son “de otro color o raza”, allí me presenté en plan primera cliente, pese a que solamente voy a la pelu 2 veces al año a cortarme las guedejas.

Me lavaron no-sé-cómo mi recortado pelo y me pusieron en los hombros una toallita diminuta.

Lo malo es que cuando me senté para que secaran mi reducida pelambre, vi que en un rincón había un cacharro del que asomaban varios cepillos con pinta de haber sido muy usados.

Me entró una especie de náusea, pero fui lo bastante rápida como para indicar que bastaba el secador, que no era necesario que me peinaran.

Me salvé por los pelos... y los pelos también.

A continuación, y en poquísimo tiempo, en el primer tramo de la calle aparecieron otras más, que están abiertas también los domingos.

Como los precios son “mignon”, la clientela en principio eran ancianitas que a lo mejor nunca habían utilizado tales servicios.

Pero luego, dado que en mi zona han proliferado los habitantes trans, estos/estas van todos los días a que les compongan las espesas y largas melenas.

Van siempre “hechas” unos bracitos de mar. Pero son muy exigentes, porque basta pasar por delante de la peluquería que, si la puerta está abierta, se oyen las órdenes que sueltan a grito pelado y con un vozarrón machote que da miedo

La *chinesería* se fue extendiendo paulatinamente también al sector de helados, bares, restaurantes grandes y pequeños, talleres de costura, limpieza en seco, tiendas de electrónica de todo tipo...

Incluso unos grandes almacenes de la noche a la mañana pasaron a ser propiedad de chinos.

Pero da grima ver que, en los cuatro pisos, todo está puesto a la buena de Dios.

Extrañamente en esta zona lo único que falta es un zapatero remendón que ponga tapas, punteras o suelas, porque los 4 que había o se jubilaron o algo peor.

Se ve que es una actividad que no se usa en China.

Aparte de estas nimiedades de vecindario, lo peor de todo es que, en general, es casi imposible encontrar a la venta productos que como indicación de origen no lleven R.P.C.

Pena que tales productos adolecen de un montonazo de “peros”:

- El esparadrapo se despega.
- El rollo grande de papel cello no se despega y hay que cortar centímetros para empezar a usarlo.
- Hay zapatillas deportivas cuya suela de goma se espachurra formando una banda extraña que sobresale (alguien me comentó que la fabrican usando trozos de neumático).
- También en el caso de las zapatillas, la plantilla se despega inmediatamente.
- Los números de las zapatillas están puestos al voleo. Hay que probarse un montón hasta encontrar un artículo que vaya bien, sea cual sea el número que consta en la pegatina.
- Las pinzas de madera se desintegran en cuanto se usan
- Los sacacorchos tienen una espiral cortita. Cuando se trata de ponerse enérgico, responden partiéndose en dos.

¿Y qué pasa con los artículos de mercería?

- El hilo, cuando se quiere enhebrar la aguja, se divide en dos partes y hay que chupetearlo varias veces para poder meterlo en el ojo de dicha aguja.

Y se rompe inmediatamente.

Esto lo sé por amarga experiencia personal.

Me cosí un camisón y un día, al darme vuelta en la cama oí un extraño ruido y vi que el hilo se había desmigajado por completo, después de lavar 3 veces la prenda.

- Claro que peor fue lo que me pasó cuando salí a la calle con unos pantalones donde había puesto elástico chino en la cintura. Al poco rato noté algo que se me enganchaba en el zapato. Miré para abajo y vi que eran mis pantalones: el elástico se había puesto blandito y por poco me quedo en bragas. Menos mal que, como era invierno, el impermeable me libró de tal agobio.

Pero eso sí: me tocó volver a casa sujetando con una mano dichos pantalones.

- Tanto los alfileres como los imperdibles o las agujas a veces no tienen punta, con lo que no hay manera de clavar dichas cositas en la tela.
- Los ovillos de lana que están a la venta parecen como de Leacril. Pero si uno calceta algo y luego lo plancha, el “coso”

primorosamente elaborado se convierte en una escultura muy tiesa.

No es que vaya todo mejor con los artículos de papelería:

- Las pegatinas adhesivas se despegan y hay que fijarlas con cel-lo, esperando que no se despegue también
- Los elásticos de goma que se usan para cerrar bolsas o lo que sea, al poco tiempo se ponen rígidos o se hacen trizas, desperdigando el contenido que se quería proteger.
- Claro que lo que me dejó parva un mes de diciembre fue el chasco que me llevé al comprar la agenda para el año siguiente.

Cuando llegó el momento de apuntar las citas previstas para el nuevo año (*casi todas con médicos en hospitales, ayyyy*) me encontré con la sorpresa inaudita de que, en el lugar destinado al mes de septiembre estaba, en cambio, el mes de diciembre... que se repetía como es normal después de noviembre.

Me tocó poner a mano fecha y día de la semana correspondiente, para no armarme luego un lío.

- Un día me compré un lápiz de esos que llevan una gomita en el trasero. Suelo usarlos para hacer crucigramas. La primera vez que quise borrar algo, se me formó un borrón grisáceo encima de la palabra que quería eliminar. Luego controlé y vi que llevaba el inevitable RPC en una esquinita.

¡Me toca controlar todo siempre! ¡Qué lata!

La aventura que me desquicio más fue cuando compré una bolsa para el agua caliente.

A las 2 de la mañana me desperté con una extraña sensación y constaté que mi cama estaba mojada porque se había despegado.

Pensando en eso de “¡qué casualidad!” “¡hay que ver qué mala pata!”... me compré otra.

La nueva me duró dos días: a eso de las 11 de la noche, se repitió la bromita y esta vez por poco me cuezo mis fatigados piecitos.

Resolví mi exigencia yendo a la farmacia y controlando que efectivamente la bolsa de marras se había fabricado en Italia.

No hace mucho compré una almohada, que al tacto parecía suavecita.

Pero cuando le puse la funda y le di un meneo para que llegara al fondo, se oyó un chisporroteo bestial.

¿De qué material estaría hecha dicha almohada para armar un jaleo de tal calibre?

Pues como la curiosidad no me dejaba en paz decidí quitar la funda y cortar el forro para ver cómo era ese ruidoso material.

No sabría cómo describirlo. No se parecía a la lana ni a la goma espuma. Era blanco y formaba grumos gordos. Al tacto era áspero y un poco pegajoso.

Como es natural bajé de inmediato ese extraño producto al bidón de la basura

En una tiendita diminuta en la parte delantera de mi casa vive una familia china compuesta de padre-madre-niño-niña.

Cuando empecé a preparar el material para mi “blog” me di cuenta de que mucho material eran diapositivas.

Se da el caso de que tanto las redactoras como los fotógrafos se fiaban de mí, en el sentido de que no pensaban que yo iba a dedicarme a vender tales fotos por mi cuenta a otras revistas de otros países. Por eso me daban un montón de diapositivas repetidas que yo fui metiendo cuidadosamente en un cajón.

Pero en el “blog” sólo podía poner una foto, la que me pareciera mejor.

En dicho cajón también estaba el visor que me servía para verlas. Dado que hacía siglos que no lo usaba el pobre ya no funcionaba, no sé si por falta de uso o por purita vejez.

En las tiendas a las que se lo llevé, tratando de comprar un “gemelito”, los encargados movían la cabeza con aire sorprendido porque no habían visto nunca un cacharrito así.

Mi primera reacción fue dedicarme a mordisquear las uñas, medio histérica. Luego tuve la inspiración de recurrir al chinito de la tiendecita, donde hasta ese momento me había limitado a comprar de vez en cuando llaves UBS.

Le enseñé el “coso”, explicándole cuál era mi problema y lo negra que estaba si no podía seleccionar las diapositivas para poder usarlas.

Movió la cabeza diciéndome que fuera a hacer mis cosas y que volviera dentro de un par de horas.

Sorprendida y maravillada quedé cuando me presenté de nuevo en la tiendecita y ¡el aparatito funcionaba!

Y, novedad absoluta: NO QUISO COBRAR NADA.

Le recompensé llevándole una gran tortilla de patatas con cebolla para que cenaran al estilo español.

Pero no acaba todo ahí.

No hace mucho le pedí que me pusiera en una USB las fotos del álbum de mis tiempos de la Universidad.

Se tiró no sé cuántos días fotografiando cada página y luego cada foto por separado.

De nuevo no quiso cobrar nada.

Para desquitarme, como a los niños les chifla la tortilla, de vez en cuando aviso “esta noche, tortilla”.

A las 8 doy golpecitos a la puerta que da el patio, entrego la tortillona y cuando me marchó oigo como siempre los gritos de entusiasmo de los chavales.

Tiempo atrás una cosa me sorprendió enormemente.

Hubo un tiempo en que solía ir de vez en cuando a darme una vuelta por el Cementerio Monumental, que es una pasada.

Nunca encontré a nadie, salvo los encargados, y a veces echaba una parrafada con alguno de ellos.

Así supe una cosa curiosa: pese a la numerosa población china milanese, sólo había 3 personas enterradas allí.

Supongo que cuando uno se pone pachucho lo mandan a su país y, a lo mejor, vuelve otro con sus documentos.

No hace mucho, a través de diversos canales de cotillas, supe que años atrás un Presidente del Gobierno, tuvo la idea genial de firmar un acuerdo que ofrecía la exención de impuestos durante cinco años a quienes abrieran una actividad comercial o industrial.

Eso explica la masiva proliferación de industrias de todo tipo que pasan a manos chinas.

Lo que suscita mi curiosidad es que alguna tienda, al cabo de cierto tiempo ¿cinco años?, no sé, cambia de propietario.

Igual soy maligna, pero a lo mejor se intercambian la propiedad de dichas tienditas y así siguen sin pagar impuestos.

El volumen ¿sigue siendo guay?

Años atrás, en el momento cumbre de “El Gran Hermano” a una de las chavalas su familia, al cumplir los 18 años, le regaló un par de melones a modo de tetas. El entusiasmo de las jóvenes que seguían en programa llegó a tales niveles que el Gobierno se puso a discutir si aprobar o no una ley para prohibir dichas operaciones a las menores de edad, que al parecer les daban la tabarra a los progenitores con dicho tema.

Ya había una crisis de horror, con un desempleo que crecía día a día.

(Como ahora).

Los trabajos públicos adolecían de una profunda parálisis.

(Como ahora).

No había pelias para las suplencias en los Institutos.

(Como ahora).

Para no hablar de la NO ATENCIÓN a los ancianos...

Pero se quería dedicar dineritos sin fin para que una comisión de expertos pagados a precio de oro decretaran si se podía tomar o no esa medida:

¿Tetas de goma sí o no?

¡Menudo dilema *chespiriano!*

Un día cualquiera estaba comiéndome el coco con la traducción de un libro de arte demencial, porque me mandaban continuamente cachitos de material y tenía de revisar todo constantemente, lo que me producía una especie de semi parálisis cerebral.

Tenía la TV encendida y caí en la cuenta de que una criatura tetona se veía agredida en una tertulia televisiva por UNA DIPUTADA, nieta del exdictador italiano –cuyo nombre ostenta, y sobrina de Sofía Loren.

Pena que dicha diputada, su madre y su tía eran acérrimas practicantes de la cirugía estética. Si se siguieron inflando los morros supongo que tuvieron que ponerles un soporte en el mentón para sostenerlos.

Por lo que sé la tal diputada, en sus años mozos era actriz en pelis porno –que están a la venta- y pasaba sus jornadas no trabajando para el pueblo, sino ganando miles de euritos por su participación en las tertulias.

Su mami era otra que aparecía dando siempre consejos sobre todo lo que se terciaba No había tema que achantara a ninguna de las dos. Dado el curriculum que ostentaban (escasito, escasito) parecía imposible que ningún tema las dejara con las bocazas cerradas.

No me cabe la menor duda de que incluso se atreverían a expresar su opinión sobre temas de física o astronomía.

Nada, córcholis, que era un desmadre.

Me bastó un breve tiempo de telebasura para que me viniera la soriasis a los pies.

Porque cuando me cabreo, nada, que me cabreo.

Ayyyyyyyyyyyyyy.

Las trivialidades de Berlusconi

(escrito mucho tiempo atrás y encontrado en un cajón)

Soy una habitante de Berlusconi.

Vivo en Milán, en un edificio construido por el Presidente del Consejo.

Trabajo en Milán en una empresa en la que es accionista el Presidente del Consejo.

El seguro del coche con el que me llevan al trabajo es de una compañía del Presidente del Consejo.

Todas las mañanas compro uno de los periódicos del Presidente del Consejo.

También es del Presidente del Consejo la compañía donde tengo una póliza para complementar la jubilación.

Mi banco es del Presidente del Consejo

Cuando salgo del trabajo hago la compra en un Hipermercado del Presidente del Consejo, donde compro productos de empresas en las que tiene participación el Presidente del Consejo.

Si decido ir por la noche al cine, voy a una de las salas del Presidente del Consejo y veo una película producida y distribuida por una empresa del Presidente del Consejo (estas películas también disfrutan de financiaciones públicas otorgadas por el gobierno presidido por el Presidente del Consejo).

Si, en cambio, me apetece quedarme en casa, suelo ver la televisión del Presidente del Consejo y utilizo un decodificador fabricado por una sociedad del Presidente del Consejo. Las películas de la tele son producidas por empresas del Presidente del Consejo, interrumpidas constantemente por spots realizados por la agencia publicitaria del Presidente del Consejo.

Los fines de semana mis amigos ven el partido del equipo de fútbol del Presidente del Consejo.

Si no veo ninguna de las 4 televisiones del Presidente del Consejo, como opción tengo las 3 cadenas oficiales cuyos directivos son nombrados por los diputados que eligió el Presidente del Consejo.

Si me hartó me pongo a navegar en Internet usando el proveedor del Presidente del Consejo.

Como alternativa leo un libro, cuya editorial es propiedad del Presidente del Consejo.

Naturalmente, como en todos los países democráticos y liberales, también en Berlusquistan es el Presidente del Consejo el que pone en marcha las leyes que aprueba un Parlamento donde muchos de los diputados de la mayoría son empleados y abogados del Presidente del Consejo....

QUE GOBIERNA PARA DEFENDER EXCLUSIVAMENTE

¡¡¡MIS INTERESES DE CIUDADANO!!!

¡¡¡MENOS MAL!!!

Ondiñas veñen e van, tralalá, tralalá...

Por algún lado se empieza

Lo primero que conocí en Italia, allá por los Setenta del siglo pasado, fue la zona de Liguria.

Nada más aterrizar en Milán cogí un tren para ir a un sitio llamado Monterroso, más abajo de Génova.

Me había invitado a pasar unos días el director de la empresa de Madrid donde trabajaba entonces, que tenía una estupenda casa en la colina, asomada al mar.

Era la primera vez que veía una playa sin arena, atiborrada de guijarritos redondos. Al principio me dio grima, pero luego caí en cuenta de que, al contrario de la consabida arena, tenían la ventaja de que no se te quedaban pegados a los pies.

También fue la primera vez que vi esa estupenda arquitectura falsa, toda pintada de colores.

Quiero decir que, recorriendo diversos pueblitos, me sorprendió ver que las fachadas de los edificios eran como las de las casas baratas de mi época, pero decoradas con elementos arquitectónicos tipo cornisas, frontispicios, basamentos, lunetas, dinteles, estípites, pilastras, zócalos, jambas, frisos etc., todos pintados con esmero.

Incluso algunas casas lucían hornacinas con la virgen y el niño... pintados primorosamente.

Recordaban (y recuerdan) los decorados del teatro.

Casi daban el pego, si una estaba un poco distraída, o si no llevaba puestas las gafas graduadas, como fue mi caso.

Lo que son las cosas. La vida es un kleenex, como suele decirse.

Cuando me planté en Milán, en mi época de diseñadora de prendas de punto (1975-1989), finalizado el jaleo de Semana Santa (que en Italia se traduce en sábado, domingo más el lunes de Pascua), trataba de pasar los fines de semana calcetando a toda pastilla en alguna playa de Liguria.

Suertuda como soy, solía vivir en los estupendos apartamentos que mis amables alumnas ponían a mi disposición, dado que ellas sólo los utilizaban en julio/agosto.

¡¡O sea que me trataban como a una reina, no como a una prof.!!

No recuerdo cuando, un amigo se empeña en llevarme a pasar un fin de semana en Vernazza, uno de los cinco pueblitos de pescadores que forman “Le Cinque Terre”.

Estos estupendos “5” son Monterroso, Vernazza, Corniglia, Manarola y Riomaggiore.

Poco a poco los vi todos, con la ayuda del santo tren.

Reconozco que siempre fui un poco maniática en lo tocante a la aplicación del binomio calor = tirarse al agua.

Quiero decir que en diversas ocasiones, en cuanto empezaba el calorcito y mi cuerpito serrano me pedía a gritos un momento de asueto, me subía al tren a las 7 de la mañana y me bajaba en alguno de los cinco pueblitos.

Me metía en el agua con gran entusiasmo y a eso de las 6 de la tarde volvía a coger el tren rumbo a Milán, más fresca que una lechuga recién recogida.

Teóricamente conviene moverse en tren porque, dado que el Apenino tiene laderas realmente verticales, la otra vía de comunicación es una carreterita con mucha tierra y con curvas en ángulo recto.

Pero mi acompañante ni loco deja su coche. Y creo que ni recuerda cómo se sube un cristiano al tren... si alguna vez le tocó hacerlo...

O sea que me toca verme recorriendo el sacrosanto Apenino hacia arriba y hacia abajo, a la derecha y a la izquierda, en medio de terrazas cultivadas, envuelta en nubes de arena y oyendo el chirrido grimoso de los incesantes frenazos.

Nos aloja un ex-pescador, cuya esposa se queda de piedra cuando pedimos (PIDO) dos habitaciones.

Le debe parecer un despilfarro de dineritos, poco habitual en viajeros aparentemente emparejados.

Tenemos justo el tiempo de darnos un chapuzón y nadar un poquito (yo) antes de dedicarnos a saborear algunas de las maravillas que suelen cocinar por esos lares.

Pena que mi compañero sea un experto en monólogos infinitos que giran en torno a un único tema: él, él, él.

Soy una “escuchadora” patentada, que obtuvo tal diploma tras años y años de prestar oídos a todo tipo de confidencias.

Cambiaba sólo el país.

Pero todo tiene su límite, claro.

Por eso, mientras él se dedicaba intensamente al bla-bla-bla personalizado, y yo trataba de poner cara de escuchar atentamente el tostón que ya se me había propinado en numerosas oportunidades precedentes, mi cerebritito empezó a programar una fuga con todas las de la ley.

¿Qué decisión tomé? Muy sencillo: con la excusa de ir al aseo, me informé del horario del primer tren.

Después de irme a mi habitación, volví a bajar de puntillas la escalera para hablar con la señora que nos alojaba, pagarle mi habitación y decirle que yo me marchaba temprano al día siguiente.

También le pedí a la estupefacta señora, que avisara a mi amigo, cuando lo viera, de que yo regresaba a Milán.

¿Fue así?

¡Qué va! La verdad es que me subí al tren, pero me paré en el pueblo cuyo nombre me sonaba, y que era donde había estado calcetando tiempo atrás.

Empecé a andar, buscando un sitio para dormir. Un amable señor me indicó un hotelito en la península, un trocito de paraíso verde con una bahía de película a la derecha y una playota a la izquierda.

Me dan una estupenda habitación con una terraza muy grande, desde la cual se ven sólo jardines floridos y balcones cuajados de buganvillas... y se oyen los cantos de las monjas de un convento casi pegadito a la terraza.

Desde que dejé mi ciudad natal, hace años y años, se acabó eso de ir a la playa para estar tumbada tomando el sol.

En mi época de “calcetadora de profesión”, pasaba el día sentada en algún pedrusco, dándole a las agujas.

Las señoras que paseaban constantemente a veces no podían resistir la curiosidad y venían a fisgar lo que estaba haciendo.

Incluso me sirvieron de modelo algunas de las super estilizadas.

¡Lo que son las cosas! Una de ellas, una especie de diosa con unos ojazos verdes de medio metro, se convirtió en amiga y se empeñó en presentarme a toda su familia.

Un día me invitó a cenar en su casa, sabiendo que eso del restaurante no era de mi agrado.

Los otros comensales eran su marido y uno de sus nietos.

A este último –de 17 años- lo volvió tarumba comentando que ella y su marido estaban fuera ese fin de semana, pero que venía su hijo –padre de la criatura- a estar allí.

Ella había decidido que a tal hijo-padre (mal-casado, según su mami, pero ya divorciado, super-médico y director de una super-clínica) le encantaría charlar conmigo y que a él, su querido nieto, le correspondía el honor de llevar a dicho heredero/padre a conocerme.

Por poco se me atragantan los macarrones.

Con tal de evitar citas grimosas, decidí agarrar un tren y escaparme a Milán.

Luego me tocó disculparme con amiga-marido-nieto.

Al parecer el hijo-estrella había ido a buscarme el sábado y el domingo a mi peñote habitual y estaba un poco picado por no haberme encontrado.

(Mucho me temo que ya no valgo nada para eso llamado relaciones públicas... o para las relaciones, punto-y-basta).

También seguí refugiándome en mi hotelito cuando empezó mi etapa de traductora/interprete profesional y me tocaba traducir algo gordo, normalmente manuales técnicos interminables.

Así mataba dos pájaros de un tiro: por la mañana temprano daba alguna brazada que otra en el agua tibia y recuperaba el tono tostadito de mi piel, que se había bronceado abundantemente en Navidad, en algún lugar remoto y soleado.

De este modo me pesaban menos las laaaaargas horas sentada delante del teclado

También me tocó pasar tiempo estudiando allí, en el período en que me caían trabajos como intérprete de congreso que requerían mucha preparación.

El caso más espeluznante que recuerdo fue cuando me tocó “chaparme” lo referente a todas y cada una de las fases de la producción textil para un seminario de 8 días que tendría lugar en una Universidad fuera de Milán y que estaba destinado a técnicos de América Latina.

¡Algo que daba escalofríos!

Por lo menos a mí me los dio.

Los organizadores me habían entregado algunas ponencias para prepararme, más un libro –que aún conservo- que me serviría para recoger el vocabulario y hacerme un glosario como Dios manda.

Me aparqué en la terraza del hotelito y me aprendí todo lo habido e imaginado sobre la materia.

Pero tuve la precaución de estar de cara y de espaldas al sol, alternativamente, para no quedarme con los brazos partidos por una raya, como me pasó años atrás, cuando sábados y domingos calcetaba incansablemente en el tejado del Duomo de Milán.

Reconozco que este Mediterráneo italiano está tan contaminado que sólo una amante de pasear por el agua como yo puede cerrar los ojos y andar *p'alante-p'atrás*, pisando una arena traída sabe Dios de qué cantera.

Comento esto porque en diversas playas de Liguria la arena llega en camiones, para tapar los “pedroulos”.

Lo sé de muy buena tinta porque durante años he asistido a dicha ceremonia, al principio pasmada, pero luego un poquito angustiada.

Mientras yo tricotaba cara al sol (*como si fuera una falangista de otros tiempos*), contemplando el espectáculo de una supuesta “playa” compuesta por basurita de todo tipo arrastrada por el mar, empezaban a llegar una serie de camiones que se dedicaban a descargar arena gris-casi-oscuro.

Luego durante días, poco a poco, trabajadores voluntariosos tamizaban cuidadosamente los montones de arena y seguidamente iban depositando las piedritas que sobraban en un rincón de la playa.

Con el transcurso de los años, pese a que de vez en cuando caen unos temporales bestiales, se ha ido formando una especie de pequeña colina.

Se ve que las olas no consiguen arrastrar tanto material pétreo.

La “colina” es muy cómoda, porque cada uno se puede hacer un hueco y plantarle encima la toalla como le apetezca.

Claro que si, por mano del destino meteorológico, toca un verano calentito, el “yacente” se puede cocer como un solomillo a la plancha.

Después les tocaba el turno a esas máquinas dotadas de un rodillo gigantesco que aplastaban toda esa arena hasta convertir aquel espacio... diría repugnante... en playa SUPERCARA, abarrotada de tumbonas y sombrillas.

Descubrí que el alquiler mensual de un puesto donde sentarse equivalía a lo que cuesta un piso en mi ciudad natal.

Para colmo, en muchos sitios no se puede poner el pie en el Mediterráneo sin pasar por la taquilla.

Se dice que allá arriba hay alguien que aprieta... pero no ahoga

En abril de 2012 el destino me sorprendió con un cordial e inesperado cancerito. (*Comenté abundantemente este asuntillo en mi libro-chorrada “Mi vida es—fue un patchwork”*).

Se da el caso que este “regalucho” me lo propinó el hado en un momento en que me encontraba agobiada con traducciones kilométricas. Gordísimos manuales técnicos, para más detalle.

Esto era una bendición, claro, porque no tenía tiempo ni para angustiarme, ni para deprimirme.

Me tocaba portarme como los toros de miura: apuntar al capote rojo y olvidarme de la gradería.

Servidora estaba mal acostumbrada.

Solía pasar alegremente el verano en plan trashumante: Inglaterra, Galicia, en los últimos años septiembre en Montpellier, diversos lugares italianos, como Spoleto cuando hacía mis exposiciones, Ischia, Capri, etc.

Claro que en mi época de diseñadora de moda, también pasé las Navidades calcetando en lugares como, por ejemplo: la isla de Lamu, en Kenia, Curaçao, Cuba, Djerba, Hurgada, etc.

Cuando llegó a su fin el *business* de tricotar, dediqué las Navidades a recorrer países que me hacían la boca agua, como Siria, con su estupenda Alepo, Jordania, para morirme de emoción en Petra, Camboya, para tocar con manos y pies mi anhelado Ankor, Birmania...

¡¡Ayyyyyyyyy!!

Con estas rememoraciones casi se me saltan lagrimones bestiales y corro peligro de convertirme en una fuente con gafas.

Repito y subrayo: estaba mal acostumbrada.

Pero no soy una tipa que se amilana.

Cuando caí en la cuenta de que, por primera vez en mi vida, todo el verano tenía que transcurrir obligatoriamente en “territorio italiano”, agarré el teléfono y le expliqué *mi caso* al propietario de mi habitual hotelillo-refugio.

Subrayé que me tocaba trabajar como una esclavita tecleando masivamente en mi PC y que me horrorizaba pasar el día aislada, etc, etc.

Su respuesta fue: “venga que lo resolvemos”.

Resultado: quitó los divanes del gran salón en la planta baja, me colocó una mesa, una estantería y un colgador para que pusiera mis cosas. Me instaló con mi ordenata en el comedor –que no se usa en invierno- donde está la tele y donde, al abrir las puertas, es como si estuviera en el jardín.

Cada 10 días más o menos volvía a casa por eso de resolver cuestiones de banco, administración, lavar trapitos, etc.

Y lo más importante: comer algo divino como tortilla de patatas, filete rebozado, calamares fritos, patatas cocidas con chorizo frito, pulpo con ajada, etc.

Caprichitos muy clásicos, ¿verdad?

Cuando en la primavera de 2013 me detectaron un melanoma, al principio no le di mayor importancia, dado que me lo quitaron rápidamente.

Lo que me atosigó fue el que me comunicaran que tenía que decir adiós para siempre jamás a eso de pasar un día disfrutando abundantemente del sol de la playa, como era mi santa e inveterada costumbre si no me llegaban traducciones.

Cada año, cuando voy a hacer la revisión, los médicos de turno mueven la cabeza al unísono corroborando eso de “señora, recuerde, eso de estar al sol, máximo de 7.30 a 9.30”.

Y yo respondo gemebunda y lanzando un suspiro que hace temblar los papeles que hay en la mesa: “claro que sí, ya lo sé, ayyyy”.

Aunque tampoco hay que ponerse tan chinche, porque el agüita más bien turbia recuerda la sopa de verdura... y la arena marroncita no es que resulte tranquilizadora.

Al contrario, ¡suscita un asquiritín de aupa!

Hasta 2018 me planté allí durante el período estival para trabajar, o para escribir mis tontorroneñas, cuando mis clientes no tenían chollo para mí.

Chismorreos de “oidora”... o mirona, según se tercié

Hasta el año en que me descubrieron por casualidad el antedicho “Sr. Melaxx”, solía aparcarme en una de las rocas que están justo al principio, al ladito del aparcamiento (de pago) destinado a los coches.

La bolsa (de tela negra bastante deshilachada) solía colgarla en uno de los postes que delimitan la parte donde se guardan las barcas de remos.

Es un punto tan estratégico, que ya desde lejos se puede constatar mi ausencia o presencia en la playa: o mi bolsa de siempre, en la que enrosco mi traje de siempre está colgada del palo de siempre, o servidora brilla por su ausencia.

Lo digo porque así me lo ha comunicado mi “publico”.

Me tocó oír cosas como: “me di un paseo pero, cuando vi que tu bolsa no estaba, me di la vuelta”; “mandé a mi marido a ver si la bolsa estaba en su sitio”; “si no veo tu paquete colgado me marchó”.

Etcétera.....

Algunas de las señoras que suelen recorrer toda la playa para saludarme, incluso vienen a visitarme a mi casa durante el invierno, o me mandan correillos poniéndome al corriente de las novedades.

Un verano, cuando por varias razones no pude plantarme en mi peñasco en junio, algunas se presentaron en mi habitual hotelito, pidiéndole noticias al propietario... que tampoco sabía nada de mi paradero.

Cuando por fin anuncié mi llegada, el antedicho aprovechó la oportunidad para decirme (riendo, eso sí) que estaba harto de que apareciera en su puerta toda esa fila de ancianitas preguntando por mí.

¡Habría preferido recibir la visita de guapas jovenzuelas, supongo!

Una pega de mi rincón playero era que un par de señoras se levantaban cada día al alba para cocinar.

En cuanto menda metía los pies en el agua grisácea y empezaba a andar durante las 2 horas permitidas para prestar algún

alivio a mi salud mental, se me pegaban cual lapas para informarme, con todo lujo de detalles, del menú del día que habían dejado listo... a las 5.30 de la mañana.

La descripción del tipo de cebolla utilizada para hacer el sofrito, preferentemente chalotas, y la explicación detallada de los pastelitos de calabacín preparados podían revolverle las tripas al ánimo más templado.

Al no tener costumbre de desayunar, no me tocó afrontar situaciones peligrosas.

Una de ellas, además, contaba su vida con abundante lujo de detalles. Era como escuchar una novela por entregas de la radio, cuyo argumento era la vida de su descendencia.

Su hijo está divorciado y vive con ella. Y también lo hace el hijo de éste, único nieto de la matriarca.

Ella hablaba de este último llenita de orgullo “abuelístico”, porque “este chico está lleno de amigos”.

La matriarca, además de consumada cocinera es una verdadera campeona de natación y en cuanto terminaba con la saga familiar del momento, nada que te nadarás se perdía en el horizonte.

Solía volver casi un par de horas más tarde, fresca como una rosa y toda pimpante.

Sus chismosas amigas me comentaron que el nieto de la nadadora de “amigos” nada, que se trata de “novietes”, dado que era archisabida su pertenencia a la acera de enfrente.

La segunda “cocinadora” merecería el primer premio si hubiera un concurso de historias alucinantes... pero que me divierten mucho.

Es el personaje femenino de una pareja a la que yo llamaba Romeo y Julieta (sin que ellos lo supieran, naturaca).

Ambos son ya abuelos.

Ella enorme, muy morena y charlatana, solía llegar a la playa en coche antes de las 7 de la mañana.

Él, tirando a birria en todos los sentidos y escuchimizado, se servía de una bicicleta, y llegaba antes que ella para reservarle el peñote (que a esa hora no se lo discutía nadie).

Julieta, por su parte, llenaba cada día la cesta de dicha bicicleta –cuidadosamente atada a la barandilla- con las maravillas que le cocinaba al salir el sol.

Durante mucho tiempo, cuando yo llegaba a mi habitual hora temprana, encontraba a ambos sentados juntos y charlando.

El último año, en cambio, vi que Julieta estaba sola, en el agua o sentada. Al pasar por su lado noté que estaba hablando en voz alta y manoteando, lo que hizo pensar que a lo mejor atravesaba por una etapa de chaladura.

Romeo, apoyado en la barandilla, al lado de su bicicleta, a 200 metros de distancia, oteaba el horizonte (imagino por si aparecía el marido).

No tardé en caer en la cuenta de que ambos llevaban un auricular y pasaban el tiempo hablando... no sé de qué...pero bien separados.

En un momento en que estábamos las dos solas, Julieta me puso al corriente de su tejemanaje.

Su "historia", por llamarla de algún modo, y que ya había celebrado el cuarto aniversario, se limitaba a charlas interminables.

Por la mañana en la playa, y a partir de las 5 cada uno en su casa, móvil en ristre.

Dado que ambos móviles son como una tele, se pueden ver mientras se hablan. (*Se nota que soy una antigualla, ¿verdad?*)

¿Qué podían contarse, día tras día, dado que no hacían nada novedoso, como no fuera comentar el programa de la tele?

Eso me intrigaba.

Era una de esas veces en que me chiflaría ser una mosca... o un mosquito...

En una ocasión, al pasar por su lado, noté que la conversación era muy inquisidora: "¿Desayunaste? ¿Terminaste lo que te cociné ayer? Hoy puse menos cebolla y sólo un toque de ajo"

Ignoro cómo pasaba Romeo el resto del día, pero ella tenía que ir al mercado y luego dedicarse a preparar platos laboriosos para su marido –al que odiaba profundamente- que al parecer era muy exigente en lo tocante a la gastronomía y le montaba un puro si las cosas no estaban como él quería.

A las 9,30 Romeo y Julieta solían desaparecer, cada uno usando su habitual medio de transporte.

Con gran sorpresa un día vi que se bajaban ambos del coche de ella. Al notar mi cara de asombro me explicó que había pasado por casa de él para cambiarle las sábanas de la cama y arreglar el baño, porque llegaba la hija de Romeo con marido e hija para pasar unos días y tenía que quedar como un solitario hacendoso.

¡Boh!

Como es natural, ante ciertas declaraciones, menda se queda absolutamente pasmada.

Al día siguiente me esperaba otra sorpresa. Cuando me estaba marchando, me llamó Romeo para presentarme a hija y yerno que acababan de llegar.

Julietta estaba lejos, metida en el agua...

La verdad es que, rodeada de tanto melodrama/comedia, mis dos horas playeras se me pasaban en un abrir y cerrar de ojos.

Durante varios años –por lo menos 5-, a eso de las 9, aparecía un señor con gafas que caminaba lentamente con los pies metidos en el agua mientras leía el periódico.

Al llegar a mi roca solía sentarse a mi lado, si yo estaba aparcada allí.

O me acompañaba durante una hora más o menos en mis cortas ida-y-vuelta, poniéndome al corriente de todas las principales novedades del diario de carácter político.

Menda se limitaba a escuchar sus comentarios que, como es natural, me entraban por una oreja y me salían por la otra sin dejar huella.

Lo que sí recuerdo es que me dijo que solía señalar las cosas más interesantes para que las leyera su esposa, que así no perdía el tiempo con cosas banales.

La tal cónyuge, con la cual llevaba casado medio siglo, fue profesora de italiano pero ya estaba jubilada.

Pues bien, el último verano, un día de julio cualquiera lo vi a lo lejos, esta vez luciendo un estupendo sombrero Borsalino blanco, y como siempre con el periódico en la mano.

Para mi gran sorpresa, se me acercó mientras colgaba mi bolsa en el poste habitual y enrollaba mi consabido vestido verde, se detuvo, levantó el sombrero con la mano izquierda y me alargó la otra para estrechar la mía mientras apretaba el periódico en el sobaco, diciendo:

-“Me llamo XXXX. El año pasado no pude hablar con usted porque estaba siempre rodeada de gente.

Pero quería decirle que de vez en cuando pensaba: esto tengo que comentárselo a la señora española”.

Me quedé parada. Su nombre me sonaba mucho porque era un pez gordo de la industria y yo lo recordaba de la época en que trabajé en una empresa comercial.

¡¡Espero que mi transparente cara haya expresado todo el agradecimiento que sentía ante un comentario que me pareció muy entrañable!!

Aparte de las “habituales” también me sorprendían las confidencias/comentarios al azar.

Una de las frases chulas me la soltó un niño pequerrecho, que nadaba sin pizca de miedo mientras su mamá, repantingada en una tumbona, habla por el móvil... como todo quisque últimamente, esté donde esté.

Cuando yo le comenté al nadador que parecía una sardinita y que sólo le faltaban las aletas, movió la cabeza con aire meditabundo y me comentó: “cuando venimos a la playa, el agua siempre está mojada”.

Una declaración “playera” super guay me la hizo una señora que debía rondar los 50.

Su marido lleva años sin prestarle atención, pero **desde hace 18 años** cada domingo a las 10 de la mañana tiene el detalle de marcharse de casa **para que ella reciba a su amante**.

Me pareció ligeramente alucinante ¡pero me encantó!

Una de las sorpresas matutinas me las proporcionaba la nieta de 14 años de una compañera de playa, que acompañaba diariamente a su abuela en bicicleta, utilizando el tramo de acera dedicado a ciclistas.

Pero no miraba adónde iba, ni a derecha ni a izquierda, porque mientras le daba a los pedales, su mirada estaba clavada en la tablet que tenía pegada al manillar.

Pero también me entretenía mucho ver niños que arrastraban bolsas enormes, tipo las de Ikea, repletas de juguetes... cuando pasaban sólo dos horas en la playa.

Llegaban alrededor de las 9 y, como el aparcamiento costaba 2 euritos/hora, a las 11 tocaba volver a casa para no pagar más y porque mamá tenía que preparar la comida.

Pasaban el tiempo llenando un buen trozo de playa con cosas de todo tipo; a veces se mojaban los pies y-cosa rara- a veces incluso se bañaban...

Pero pronto llegaba la hora de recoger todo y subirse al cochito recalentado.

Lo que me resultaba más chocante era ver chicas muuuy embarazadas, llevando el tanga más microscópico imaginable.

En algunos momentos casi se veían los pies del bebé empujando la panza y a veces el ombligo de mamaíta parecía un pito.

Últimamente estaba de moda llevar a los recién nacidos a la playa, incluso en períodos (julio/agosto) cuando, ya a las 8,30 de la mañana, servidora se zambullía inmediatamente porque seguro seguro que el sol hacía pupa.

Algunos papis, que incluso parecían más ilustrados, se metían en el agua llevando en brazos a los diminutos beibitos, cuya única prenda era el pañal.

O sea que estas criaturas pasaban de la absoluta oscuridad de la tripa materna al sol deslumbrante del verano ligur.

Me tocó ver a una mamá que tenía un minúsculo bebé colgado del cuello, otro beibito en un barquito inflable... ¡¡y todavía le sobraba una extremidad para hacer fotos con el móvil que de vez en cuando metía en el sostén!!

Algunas otras menudencias más crecidas, con el culito envuelto en un pañal que les llegaba a las rodillas, se metían solitos en el agua en cuanto podían, dando sus cuatro pasitos tambaleantes con las piernitas arqueadas.

Y, naturalmente, el algodónazo lleno de agua amenazaba con hundirlos en esas arenas grisáceas, dado que no conseguían ponerse de pie.

No hace mucho tiempo veía, día tras día, a una mamá que recorría el paseo en bicicleta, detrás de la cual estaba enganchada la sillita de un niño.

Pero el premio de papá del año va a uno que a las 8 de la mañana, llevando auriculares en las orejas, y en el brazo uno de

esos aparatos que miden no-sé-qué, hacía *jogging* diariamente en la pista para bicicletas, empujando al mismo tiempo el cochecito color verde lechuga de su bebé.

Espero que, antes de emprender las correspondientes carreras, a ambos progenitores se les ocurriera ponerles una venda en los ojos a las criaturas.

Porque si los pobres infantes por casualidad estaban despiertos y tenían los ojos abiertos, al ver pasar a toda velocidad las copas de los árboles que jalonan dicha pista, estaban condenados a sufrir de mareo crónico toda su vida.

Durante varios años y durante varios sábados, a las 8.30 de la mañana, contemplé el “desembarco” (era casi una invasión), de una familia hispano-hablante enanita y paralelepípedica.

Quiero decir que los componentes de la “tribu” eran una especie de rectángulos del que salían la cabeza, los brazos y las piernas.

Y los “rectángulos” femeninos llevaban puestos sorprendentes mini vestidos de lentejuelas, de esos que se asocian con los clubs de bailongo.

Dado que en el mercado se podían encontrar prendas lujosas que costaban como máximo 5 euros, la gente iba a la playa con los trajes previstos para un guateque repolludo.

Fui espectadora de este fenómeno durante años. Trapitos de organza, encaje, tul, gasa, etc., encima de mini bikinis tremendófilos.

Solían arrastrar enormes contenedores, algunos tipo nevera con hielo para las bebidas y otros para conservar caliente la comida.

A las 9 de la mañana los he visto ponerse morados con pollo frito y cerveza...

Para que no faltara nada, solían acompañar la “procesión” con dragones de plástico inflados, que ocupaban por completo mi trocito de playa... con lo cual a servidora no le quedaba más remedio que recoger sus fanequeras y poner pies en polvorosa...

Si mis dos horitas de playa eran fuente de delicia, el tiempo que pasaba en el hotel delante del ordenata no se quedaban atrás, al oír a veces los comentarios de los clientes cuando hablaban con el propietario.

Cito algunos a voleo:

- Comentario de recién llegado: “Esta habitación *no tiene bastante luz para dormir*”.

- Pregunta sibilina: “¿Alquilan habitaciones para dormir?”
- Otra con trampa: “Necesitamos una habitación doble con una cama suplementaria para el niño”.

(Luego se descubre que el “niño” tiene 18 años y casi no pasa por la puerta).

Pero, sin querer, también fui testigo de situaciones raras.

Algunas madres son unas santas mártires. Una de ellas, de profesión profesora de latín en un instituto, a las 11 le llevaba el desayuno a la cama a la hija de 20 años, con la que compartía el cuarto.

Otra digna de admiración hacía lo mismo con el heredero de 14, pero por lo menos en este caso se lo llevaba a las 9.

Siempre en racha de madres sacrificadas, dos de ellas dividieron el cuarto con 2 hijos y 1 hija. No había sitio para andar porque, además del espacio que ocupaban las cinco camas... los chavales eran grandullones.

Lo bueno es que la santa madre de la hembra le llevaba el desayuno a la habitación, porque la criatura -de 16 años, que no quitaba el ojo del móvil- tenía miedo de los gatos... que pasaban el día despanzurrados en el jardín, tomando el sol, y que ni la miraban.

Una progenitora super santa pasó las vacaciones compartiendo la habitación con su hijo ya grande y la novia de éste.

Ella dormía en la camita, mientras la parejita retozaba en la camota.

Claro que tampoco es moco de pavo el caso de una abuela que compartía el cuarto con su hija y su nieta... pero luego desayunaba siempre en una mesa separada, sin intercambiar ni media palabra con ellas.

Y como va de abuelas, una se ve que tenía alguna ruedita mal colocada, porque a la hora de desayunar se dedicaba a peinar a sus nietas.

Dado que las nenas lucían largas melenzas, como es impenable montaba un jaleo enorme que solía terminar con pelos, leche, mermelada o lo que fuera, desperdigados por todas partes, mantel, vecinos y suelo inclusive.

También hubo algún padre extraño. Recuerdo uno que llegó acompañado de 2 niños de 7 y 8 años respectivamente.

El papá era melenudo, mientras los chavales estaban muuuy rapados y los respectivos cráneos estaban tapizados con una serie de ZZZZ creadas con meticulosas calvitas.

En los 8 días que estuvieron aquí, ninguno de los tres se cambió el micro bañador... ni se puso nada distinto...

Pero eso sí, cada día el hacendoso papá compraba billetes de diversos tipos de lotería rasca y gana y juntos se dedicaban a una sesión de ansiosa búsqueda de ganancias extra.

Es digno de mención el caso de un niño Atila que se quedó todo el tiempo en el hotel, montando un jaleo bestial... y no se podía poner fin a tanto alarido tarzanesco.

Los abuelos mártires, que lo habían llevado y estaban con él día y noche, tampoco podían hacer nada, aparte de controlarlo para que no hiciera locuras peligrosas, supongo.

Yo estaba trabajando en ese momento, no de vacaciones, y reconozco que a veces, cuando el jaleo que montaba me impedía concentrarme, la idea de Herodes me resultaba refrescante y todo.

Pero existen asimismo los sacrificados impenitentes.

Una pareja se pasó las vacaciones en la habitación **porque al perro no le gustaba ir a ningún sitio.**

Como es natural, el perro mandaba.

Y no fue el único caso de este tipo.

En repetidas ocasiones vi a parejas que se turnaban para salir al no querer dejar solo al caniche.

El premio a la demencia total creo que se lo reparten merecidamente dos señoras:

- una se quejó al propietario porque no funcionaba la cisterna del wáter. Cuando él fue a controlar, resultó que la dama ¡había hecho sus necesidades en el bidé!

- otra, condesa para más detalle, puso un periódico en la bañera, luego hizo sus necesidades allí... y dejó la "escultura" para que la admiraran las limpiadoras, supongo.

Ahora les toca el turno a los magistrados

Hubo uno, famosísimo por ser intransigente, que pasó un calvario tratando de llegar al hotel.

Lo primero que hizo fue indicar en el GPS “Sestri”, olvidando que hay dos: “Ponente” y “Levante”.

Llamó por teléfono diciendo que estaba delante de la estación pero que no sabía cómo llegar. El propietario del hotel le dijo: “poniéndose de espaldas a la estación ve al fondo el mar”. Nada, no lo veía. Después de 20 minutos se descubrió que estaba en el Sestri equivocado.

Claro que, cuando llegó al pueblo previsto, siguió llamando cada cuarto de hora, desplazándose 600 metros adelante y atrás.

Llegó incluso a otro pueblo sin darse cuenta.

Lo gracioso es que las indicaciones eran claras: seguir a lo largo de la playa hasta llegar a la rotonda frente a una iglesia blanca. Coger la callejuela a la derecha de la iglesia y ya se ve el nombre del hotel.

Después supe que, en vez de mirar por la ventanilla, clavaba ojitos y gafas en el GPS.

Pero no es el único caso raro de miembros de la judicatura.

Un día, saliendo de mi hotel, vi al final de la calle a 3 señores vestidos de oscuro, muy elegantes, cosa que en ese período pasa sólo si hay boda en la cercana iglesia o algún evento especial.

Cada uno de ellos llevaba en la mano un iPod/iPad... o como se llame.

Estaba al corriente de que en el hotel de al lado había una reunión de magistrados, porque el evento constaba en el tablón de anuncios del Ayuntamiento.

Pues bien, allí estaban esos tres, plantados debajo del letrero del hotel, y caí en la cuenta de que buscaban la entrada con el telefonín.

Me dio tiempo a bajar la cuesta y llegar a su lado sin que levantaran la cabeza.

Así que me acerqué al último, le di un golpecito en el hombro y cuando levantó la vista completamente asombrado, me limité a indicarle con el dedo índice la entrada al hotel, a 5 metros de distancia de donde estaban plantados.

Imaginando que era sordomuda me respondieron con sendos movimientos de cabeza y poniendo los deditos en forma de OK.

También fui testigo de múltiples rarezas, estando en el hotel.

Durante varios años mi curiosidad mayor era una pareja con la que solía coincidir.

Me veían plantada delante del ordenata, pero eso de saludar ni se les ocurría.

Él de pelo blanco con colita, ella rubia y obediente.

Él director de orquesta y ella violinista.

En todo el tiempo en que coincidimos jamás me tropecé con ellos amartelados, haciendo manitas o haciendo un gesto meramente afectuoso.

Mentalmente les llamé siempre “los árabes”, porque nunca los vi andar juntos, quiero decir en paralelo.

Se trata de que él caminaba por lo menos 1 metro delante de ella.

Y a la violinista jamás la oí dar su opinión sobre nada de nada.

Incluso una vez que los pesqué en el mercadillo del sábado, él era quien rebuscaba en los montones de cosas, mientras ella esperaba sumisa y paciente a cierta distancia, apoyada a la pared y con aire angélico.

Como no solían responder ni siquiera al genérico “buenos días”, me quedé sin poder meter la nariz... cosa que tampoco me preocupaba, a decir verdad

¡Tampoco hay que exagerar!

¡Ni me parecía que mereciera la pena portarme como una cotilla redomada!

Pero eso sí, la última vez que me tropecé con la pareja resultó un encuentro más raro de lo que podía imaginar:

Salgo de mi habitación y allí están ellos hablando con el propietario.

Extrañamente me saludan ambos, y yo considero dicho saludo como una invitación a que me quede allí, como partícipe de la cháchara.

Él está comentando que suele poner por escrito las ideas que se le ocurren (no recuerdo sobre qué) y le pide a ella que le pase su agenda.

Ella mueve la cabeza asintiendo, mete la mano en el bolso y le pasa una especie de libro.

Él empieza a leer sus pensamientos mientras ella sigue moviendo la cabeza en plan afirmativo, con aire extasiado.

Terminada la lectura él le devuelve la agenda, que ella guarda amorosamente.

No recuerdo qué otra cosa surge, él le pide a ella no sé qué, ella mueve la cabeza afirmativamente y se la da...

Obviamente él es la encarnación de un dios al que adorar.

En todos los años en que coincidimos, jamás oí la voz de ella.
De acuerdo que es violinista, pero ¿también muda?

Esa noche dormí como una piedra, contenta de no haber sido nunca una esclava.

¡¡A lo mejor me perdí muuuuuuuucho!!

Claro que tampoco es moco de pavo el que repetidamente haya gente que reserva con un nombre, luego mandan el anticipo con otro y al final se presentan a lo mejor con el apellido de su mujer.

(Estos son los líos que se montan por el hecho de que las mujeres, al casarse, cogen el apellido del marido, cosa que pasa en casi todos los países salvo España y puede que Portugal. Lo raro es que, acostumbradas a presentarse con el apellido conyugal, de repente un buen día se les antoja usar el suyo propio y ¡menudo cisco se monta!

No hace mucho me volví loca buscando a una conocida que me había dicho en que hotel estaba. Fui varias veces a buscarla y no resultaba registrada... porque había indicado el nombre de su difunto marido, pero a mí me había dado el suyo suyo).

Hay casos como el de un tipo que vino a ver a la suegra, pero ella estaba registrada con el nombre de su amante.

Se armó un lio de aúpa.

Me dio mucha pena una pareja que empezó a pelearse el primer día y siguieron de morros los 8 días que habían reservado.

Desayunaban en mesas separadas, pasaban el día cada uno por su cuenta pero, como tenían que compartir la cama, dedicaban la noche a discutir en voz muy alta, con gran asombro de los vecinos de habitación, que no entendían ni papa de lo que pasaba, dado que eran alemanes.

Creo que se merece un premio con todo derecho una niñita de 4 años que apareció con las uñas pintadas de verde, pelo largo y una banda verde muy ancha, que casi le tapaba los ojos.

Cuando le comenté que, dado el calor reinante, le convenía quitarse la banda y plantarse una coleta en la cocorota me respondió: “es que así estoy guapa”...

Seguidamente se ajustó la banda... y se metió en la boca un chupete de color a juego.

Un día, entrando en el despacho del propietario para pedirle que me imprimiera algo, noté que en un rincón había una enorme bolsa bastante transparente, repleta de cosas multicolores.

Notando que la miraba con aire intrigado, me comentó que eran bragas, bikinis y otras prendas íntimas abandonadas por las clientes.

Me ofrecí a llevarlas al cajón de la basura.

Mientras me alargaba la bolsa, apareció una cliente. El propietario comentó de qué se trataba y la señora, ni corta ni perezosa, se levantó la falta y le enseñó su tanga o lo que fuera diciendo: “*Las mías son distintas*”.

Si algunos clientes son un poquitín extravagantes, no se puede decir que el propietario resulte un perfecto caso de absoluta normalidad.

Dado que me alojo aquí desde hace un montonazo de años, no cabe la menor duda de que hablo con muuuuuucho conocimiento de causa.

Y he sido testigo de todo lo posible e imaginable.

Es cierto que tiene muy buen carácter y, cuando está distraído, se pone a cantar “cielito lindo” a grito pelado, y no en mi honor, claro.

En general suele estar cabreado y pega unos gritos de muerte, pero en cuanto pasa algo curioso se lanza a reírse como un loco.

(Parece que hay una contradicción entre los dos últimos párrafos, pero es que –realmente- pasa de “luz” a “sombra” en un segundo).

Por el hotel rondan sus gatos a los que trata como dioses. Sobre todo a uno, bautizado Chipi, que es el que manda.

Como muestra basta decir que un año, cuando llegué al hotelito y fui a la cocina a informarme de las últimas novedades, coincidí con alguien que estaba entregando un paquetón enorme de croissants.

Me puse contentísima, porque me encantan, pero jamás los había visto en la mesa del desayuno.

Su respuesta me dejó pasmada: “No son para los clientes, son para Chipi”.

Debí quedarme tan congelada, que estuvo contando este lance a todos los que querían oírlo.

¡¡200 croissants para el gato!!

Pero reconozco que ver como Chipi come dicho producto deja patidifuso a cualquier espectador.

Lo coge suavemente suavemente con las dos patitas delanteras, le da algún lametón y luego pasa a propinarle mordisquitos educadísimos.

Teóricamente son gatos salvajes, pero están cuidadosamente bautizados... y amorosamente castrados, claro.

Pese a lo cual los he visto trepar ansiosamente por las paredes para perseguir a las “chavalas gatas” del vecindario.

Hagan lo que hagan, les perdona todo.

Para muestra, un botoncito.

Un día, cuando llegué, me chocó ver que había desaparecido la televisión grande y plana del comedor, donde suelo instalarme a trabajar.

También él se quedó muy sorprendido y se acercó a mirar en la parte trasera del mueble donde solía estar... y allí la encontró.

Al parecer a Chipi le encanta apoyarse en ella, y en un momento XX le entró un ataque de brío que la mandó patas arriba.

Afortunadamente no le pasó nada al aparato.

Pero aunque la hubiera hecho añicos dudo que le hubiera levantado la voz, je, je, je.

¡¡Chipi es sagrado!!

Hace muchos años, un día me llama una amiga desesperada.

Tiene un niño de 2 años y pico y una niña de 1 y algo. Quiere pasar unos días en la playa con los niños, pero su marido no puede acompañarla, y ella no sabe adónde ir porque no se maneja sola, dado que la niña va todavía en la sillita.

Le cuento mi problema al propietario, y me dice que vaya, que ya pensará en algo.

Es la primera vez que veo la sala convertida en dormitorio. Una cama doble para las señoras, una cama para el niño y una cuna con barrotes para la niña.

Pues bien, la primera mañana nos despertamos con la niña que había mojado todo el contenido de la cuna, pese al espeso pañal. Y no contenta con eso, se obstina en corretear entre las mesas del desayuno con el pijama que le llega a la rodilla con lo mojado que está todo lo que lleva puesto.

Al segundo día, la cuna estaba inundada de nuevo y, además, la cama del niño era de color rojo porque había vomitado la pizza del día anterior.

Al tercer día, de nuevo la sonriente niñita moja todo lo que está a su alrededor... y sigue correteando hecha un asco.

Al cuarto día anuncian una huelga de trenes que no se sabe cuánto durará... y salimos disparados.

Pues bien, jamás me mencionó este desastre.

La niñita meona terminó con éxito la carrera de Matemáticas, y su hermano vomitador la de Derecho.

Este último hizo el Erasmus en Santiago de Compostela.

Yo también me permito gastar algunas bromitas notables.

Una tarde (no sé cuándo) estaba super concentrada en mi trabajo cuando apareció una señora preguntando por el propietario.

Se ve que era mi momento de demencia total porque, sin haberlo previsto, me encontré diciendo:

“El propietario es mi hijastro y su oficina está al final del pasillo. A mí no me habla, pero está obligado a tenerme aquí por el testamento del padre”

¡Bestial, ¿eh?!

Pues no se ofendió nadita.

Al contrario, cuando tiene ocasión lo cuenta a quien tiene a tiro.

¡Menos mal!

Claro que no mucho después, a alguien que pedía habitación para un fin de semana conflictivo, le soltó esta frasecita sibilina: *“los milagros los hago rápido, lo imposible ya lo hice”*.

¿Qué significa?

Pero creo que también a él le toca oír frasecitas misteriosas. Un día lo vi salir de un banco, y caí en la cuenta de que estaba hablando sólo.

Cuando más tarde le pregunté cuál era el motivo de tan íntima conversación, me comentó que el director del banco, hablando de créditos y otras zarandajas por el estilo, ¡¡le había aconsejado que hablara con su padrino político, para que intercediera!!

¡¡¡Me quedé apampanada y creo que él también!!!

Un día vi que se dirigía a su cuarto de baño llevando en la mano una botella de Softland, ese que se usa para lavar prendas de lana. Mi cara de curiosidad recibió esta respuesta “es lo que uso para la ducha; la publicidad dice que es el producto delicado para el hombre delicado”.

¡Menos mal que al final de la calle se encuentra la unidad de socorro, porque casi me infarto de tanto reír!

Yendo y viniendo

Mis habituales recorridos en ferrocarril me proporcionaron siempre incontables momentos sorprendentes y numerosas oportunidades de regocijo.

Me limito a contar uno del que tomé nota en algún momento. La verdad es que no recuerdo la mayoría de los que presencié.

Un día me toca viajar en un departamento de esos cerrados y con reserva obligatoria, porque el vagón nº 3 -donde suelo refugiarme-, está lleno a rebosar.

Mi pasión por tal vagón se basa en que está abierto, y además tiene una amplia zona dedicada a inválidos. Puedo dedicarme a mis bordados cómodamente, con las piernas estiradas y todo.

Además, colocar la maleta en el lugar destinado a la silla de ruedas no requiere esfuerzo.

Como norma, al viajar en tren, reservo siempre un asiento cerca del pasillo, por eso de poder levantarme de vez en cuando a estirar las piernas, y controlar también que la maletita que dejo en el pasillo no entorpezca el paso.

En esta ocasión, en los asientos de la ventanilla están sentadas frente a frente dos amigas, dispuestas a hablar todo el tiempo.

Cuando empiezo a oír algunas cosas que dicen, renuncio a mi habitual bordado, me arrellano en mi asiento, apoyo la cabeza donde puedo y me apresto a convertirme en pura orejota.

Mi esperanza obtiene su recompensa.

Durante la primera hora se ponen al corriente de las mutuas vivencias, dado que, al parecer, hace tiempo que no coinciden.

Ambas trabajan en la Universidad, una en la Facultad de Derecho y otra en la de Filosofía.

Reconozco que mi papel de espía me encanta. De vez en cuando abro un ojo pero, como me puse las gafas de sol, no se nota nada que estoy despierta.

La de Derecho, una estilósísima y esbelta criatura, comunica a su amiga que está liada con el vecino del tercer piso de su casa, al

cual conoce de toda la vida, dado que las respectivas familias nunca cambiaron casa.

Al parecer nunca le importó un rábano frito.

Pero recientemente, ahora que él está casadísimo y tiene tres hijos, de repente se les ha encendido a ambos la llama de Romero y Julieta.

Pasada la primera hora de viaje, en cuando el tren empieza a costear el Mediterráneo, entre la estilosa y su ligue se suceden las llamadas de móvil a móvil.

- *“Amor mío, ya se empieza a ver el mar. Hoy tiene un color azul estupendo”*

- *“Sí, tesoro, también yo pienso en ti todo el tiempo”*

- *“Amorcito, quisiera que estuvieras a mi lado”*

- *“Amor mío, no sé cómo podré resistir estos días sin ti”*

- *etc.etc.*

De las tiernas llamadas me tocó ser más o menos oyente durante dos horas y media, hasta que me bajé del tren.

Estas son algunas de las frases que un verano me dedicaron ciertas compañeras de viaje, en plan confidencial:

- Mis nietos me dan la tabarra de un modo... Me cambian el billete porque les sale de las narices y acabo sin saber qué hacer ni cuándo...
- Si usted fuera un *killer* me encantaría darle la dirección de mis sobrinos, que son muy crueles.
- Desde que soy una cariátide me atrevo a todo.
- No me funcionan los mandos de este móvil que me regalaron mis hijos. Igual tengo que cambiar de vagón para ver si coge (*esta podría ser mi gemela*).
- Mis hijos no me tienen ningún respeto. Me llenan la casa de cosas electrónicas y luego me dicen: *“Mamá, no seas pelma; dale al botón hacia la derecha o hacia la izquierda y ya está. Deja de dar la tabarra de una vez”* . Pero no sé a cuál de los botones se refieren.

Popurrí

Ahora una de carabineros

Años atrás, cuando llegaba el momento de contar chistes, fuera donde fuera, reuniones, programas de expansión de la radio, programas de la tele con el chistoso de turno, había un momento en que se oía esa frase del encabezado.

Y alguien contaba un chiste donde el pámpano de la historia era un miembro de ese honorable cuerpo.

Mi única oportunidad de contacto con Carabineros se presentó el pasado septiembre, al regresar de mi larga estancia en la ciudad que me vio nacer.

(Esta frase la debí leer en los libros de cuando era pequeña).

Un día suena el teléfono, lo cojo y oigo:

xx-¿Diga?

Yo-¿quién es?

xx- Es usted la que me ha llamado

Yo-pero ¿quién es?

xx- En mi móvil me aparece una llamada de ese teléfono, pero no sé quien es.

Yo-Lo siento, yo no llamé, no entiendo.

x- Bueno (y cuelga)

(Por el acento está claro que se trata de alguien del remoto sur)

Pasan unos días, y la extraña llamada se repite, sigue una conversación parecida, pero esta vez se trata de una voz femenina, aunque el acento es el mismo.

Días más tarde, la llamada es del primer señor, que insiste en que tiene una llamada de mi teléfono en su móvil.

La verdad es que estoy muy sorprendida, porque estuve fuera un par de meses, no hay nadie en mi casa y no entiendo cómo puede aparecer mi número llamando a desconocidos.

Me pongo en contacto inmediatamente con la empresa telefónica.

Alguien escucha lo que digo y me responde que no se puede hacer nada si antes no presento una denuncia en la policía y mando copia de la misma.

Allá me voy a la comisaria cercana... que ha cambiado de dirección y de cercana nada.

Después de andar no-sé-cuántos kilómetros entro en un portal donde, al lado del ascensor se encuentra una mesita detrás de la cual está sentado un joven en uniforme.

Le pregunto dónde puedo presentar una denuncia y me indica el primer piso.

Al entrar hay una especie de hall con 8 sillas apoyadas a la pared. Dos están ocupadas.

Me siento, saco del bolso un crucigrama y un lápiz y me dispongo a esperar pacientemente que toque mi turno.

Cuando sólo quedo yo, un señor uniformado me invita a entrar en un despacho. Me siento y explico detalladamente lo que ha pasado. Él se levanta, coge de una bandeja un papel y me lo da. Es una fotocopia torcida cuyo contenido me dice que tengo que copiar poniendo mis datos y detallando el caso que denuncio. Luego tengo que volver para entregársela.

Me marchó. Copio todo con diligencia, incluso la última parte donde hay tres renglones indicando los D.L. (decreto ley) nº x / xx / xxx, etc. aplicables.

Al día siguiente, con mi denuncia en el bolsillo vuelvo a la Comisaria. Me recibe otro señor. Me lleva a otro despacho, me siento en una silla y entrego el papel con la denuncia.

Cuando termina de leerlo lo apoya en la mesa, me mira con aire comprensivo diciendo: "Mire, la verdad es que le han dado el impreso equivocado. En casos como este, lo que procede es presentar un atestado. Repita lo que ha escrito aquí, pero indique "atestado" en vez de "denuncia".

Naturalmente me marchó, hago lo que me dice y al día siguiente me presento de nuevo. Esta vez viene a buscarme un tercer oficial, muy sonriente y con aire amable.

Me lleva a su despacho, al otro extremo del pasillo, me invita a entrar, me siento, etc. Comentario: "Lamento que la hayan confundido. En realidad no se ha cometido un delito y por eso no es adecuado presentar ni una denuncia ni un atestado. Lo único que puede hacer es una comunicación, porque ninguna de las leyes indicadas aquí es aplicable".

¿¿¿¿¿¿¿¿???????

No volví, claro. Y espero no tener que encontrarme nunca más en una situación que me obligue a ponerme en contacto con estos..... carabineros.....

¡Venga, algunas de médicos!

Últimamente mantengo relaciones telefónicas o vía e-mail con los médicos que me tratan.

Es algo cómico.

Recientemente mi cardióloga me llamó por teléfono, respondiendo a un saludo que dejé en su contestador.

Tardé 20 minutos en saber quién era, porque no reconocí su voz y ella no se presentó; pero por suerte no se enteró de mi despiste.

Al final acabé mandándole el principio de mi web, las fotos de “Mi anómala boda” e incluso el blog de mi período de diseñadora.

Ayer llamé a la endocrinóloga, que pegó un alarido alegre al oírme. Me contó que estuvo en cuarentena tres semanas, contagiada del Covid, pero que ya volvía a su trabajo en el hospital que trata a los enfermos del corona.

Otro internista, cuando fui a verle el pasado noviembre, tenía en su correo los mail intercambiados conmigo en el lejano abril de 2012 –que yo no recordaba en absoluto, pero disimulé como pude.

Desde entonces de vez en cuando nos escribimos.

Es cierto que debí de dejarle alucinado cuando, tiempo atrás, le escribí diciéndole que, de haber sabido que podía tener un hijo como él, no me habría papado la píldora antibaby durante veinte años.

Dado que es casi de mi edad, este detalle materno le debió rejuvenecer.

Claro que también me quedé anonadada la primera vez que fui a un otorrino. Después de revisarme las orejitas y recetarme unas gotas, empezó a hablarme de sus cosas.

La principal era que próximamente tenía que operarse de la próstata y estaba muy asustado. Me describió su temor de diversas formas, mientras yo escuchaba moviendo la cabeza con aire comprensivo.

Me despidió estrujándome la mano y lanzándome miradas cariñosas, como si fuera una amiga de toda la vida.

Otro lance más: antes de que empezara el barullo actual, tuve que hacerme una ecografía de tiroides.

Me dieron cita para las tres y media.

Llegué con bastante antelación, me senté y me dispuse a hacer un crucigrama. Pero no escribí ni una palabra porque de repente salió una doctora anunciando mi nombre.

No pude evitar mostrar mi sorpresa al ser recibida media hora antes de la prevista y pregunté si tal adelanto se debía a que era viernes 17 (el gemelo del martes 13 que recuerdo que en mi patria tenía un significado específico).

La doctora hizo lo que tenía que hacer y me fijé que tenía los ojos maquillados de una forma estupenda.

Nos pusimos a hablar del tema y antes de darme cuenta ella empezó a hablar de sus viajes por países remotos, a los que suele ir como voluntaria para enseñar su trabajo en hospitales. Aprovecha para comprar objetos locales.

A continuación sacó su móvil y fue enseñándome uno a uno los estupendos objetos que guarda en su gigantesca casa.

Parece un museo de arte étnico.

Incluso me mostró cada una de las baldosas pintadas a mano de todo tipo de países y que colocó alrededor de lavabos, espejos, repisas... ¡una maravilla!

Se ve que no tenía ninguna otra cita, porque nos quedamos de parleta hasta las cuatro y media.

Y al despedirse, como no es muy alta, se puso de puntillas para plantar un par de sonoros besazos en mis arrugadas mejillas.

En este país lleno de formalismos (cuando llegué aquí noté con sorpresa que muchos trataban de usted a la suegra, por ejemplo), con pacientes que se inclinan reverentemente ante el doctor, una como yo que suelta pavadas ya en el primer momento les debe impresionar.

Lo digo porque desde la primera cita las doctoras al terminar la visita me sueltan un par de besos, y los doctores, después de contarme su vida, me dan unos apretones de mano como para dejarme lisiada.

Reconozco que estas cosas me ponen tiernita.

Cosas del lenguaje

Recientemente recibí un vídeo muy gracioso donde indicaban el diverso uso de la palabra “cojones” plasmado ¡en **33** expresiones diferentes!

Naturalmente casi ninguna de ellas se encuentra en los diccionarios.

Controlé los que tengo en casa. En el Diccionario de neologismos de la lengua española, de Larousse, se indica “cojonudo”, vulgar, que “se aplica a lo que se considera excelente: este vino es cojonudo”

En el Diccionario de dichos y frases hechas de Espasa encontré: “cojones (ponérsele a alguien una cosa en las narices/en los cojones, en los mismísimos).

Al ver este video de repente recordé algo que me pasó hace un montón de tiempo.

Cuando llegué a Milán, en el lejano abril de 1975, si me encontraba en el autobús, en el metro o estaba en compañía sobre todo de gente joven, oía una palabra que soltaban repetidamente en todas las ocasiones y en todos los tonos: "cazzo".

Deseando aprender rápidamente el idioma, naturalmente prestaba mucha atención a todo el vocabulario que me rodeaba.

En plan chulo empecé a repetir y a soltar dicho vocablo siempre que podía, con la intención de que mis interlocutores constataran que estaba aprendiendo el idioma a toda velocidad.

Por raro que parezca, ni se me ocurrió imaginar cual podía ser el significado de la palabrita en cuestión.

Hasta que un día, la hija de 6 años de los amigos que me alojaban en aquel momento se me acercó diciendo con aire misterioso:

-Mira una cosa, esa palabra que usas siempre, ¿sabes lo que significa?

-Imagino que "bueno", "¡caramba!" o algo así.

-Pues no, es la cosita de los machitos, me respondió, señalando hacia abajo con el índice de su manita.

Me quedé de piedra, y por mi cabeza empezaron a pasar a toda velocidad imágenes de las numerosas ocasiones en que la había utilizado.

Lo que me puso los pelos de punta fue recordar las veces en que, al terminar la clase de español, a algunos de mis alumnos, directores de Banco, les había soltado dicha palabra en plan admirativo, para premiarles ya que se habían esforzado para decirme frases en buen español

Es cierto que se les ponía cara de asombro, pero yo lo achacaba a que les sorprendía el que yo supiera ya frases idiomáticas chulas.

Después de la aclaración de la niñita, a partir de 1980, las dos últimas clases del curso las dedicaba a enseñar a mis alumnos los tacos/las palabrotas que no tenían que repetir si las oían, sobre todo si iban a Madrid, sitio donde su uso me pareció más frecuente.

En aquel entonces indiqué lo que recordaba:

-¿Qué coño pasa?

-¡Coño, que bonito!

-¡Es un coñazo!

-Dar el coñazo

-Es muy coñero

-Anda, coño, mira lo que hiciste

Pero también señalé carajo, joder, mierda, cabrón, putear, y puede que otras que no recuerdo en este momento.

¡Qué cosas pasan!

Reminiscencias televisivas

Entre el montón de papelotes archivados acabo de encontrar dos correos enviado en enero de 2009.

-Primero-

El lunes a medianoche hay un programa satírico en el cual pasan los trozos más demenciales de los *reality*, programas omnipresentes en la tele. Los comentarios en *off* son de tres tipos famosos por poner el dedo en la llaga y sacarle punta a todo.

Lo veo cada vez que puedo. El lunes pasado tuve que acabar tomándome una manzanilla porque no podía parar de reírme.

Una oxigenadísima de 30 años se lanzó a un monólogo infinito cuyo tenor era el siguiente:

“Yo siempre defiendo a los animales; más aún, quiero a los animales más que a mi vida misma. Es la verdad, y siempre he sido y soy una convencida defensora de ellos, de los animales, Pero claro, donde hay un buen abrigo de piel que se quite el resto. Con un abrigo de piel, vayas adonde vayas siempre eres alguien. Las demás te miran y te envidian, claro, porque no hay comparación entre llevarlo o no llevarlo. Y lo mismo pienso de los zapatos porque, claro, entre llevar unos de piel de perro o esos de cartón o goma, ni me lo pienso. A mí que nadie me quite los míos de perro, porque eso marca la diferencia entre una que es una señora y otra cualquiera. Pero, naturalmente, esto no tiene nada que ver con el que para mí los animales son la cosa más maravillosa del mundo. Daría mi vida por ellos. Quien me conoce lo sabe, que amo a los animales por encima de cualquier cosa...”

Este fue el primer párrafo, que luego repitió incesantemente.

Generalmente me preparo para el programa con el cuaderno abierto y lápiz en ristre, pero es la primera vez, desde principios del año pasado, que me pongo en plan taquigráfico, no vaya a ser que la memoria me juegue una mala pasada.

La otra “perla” es de una concursante del “Gran Hermano” de 21 años, que a los 18 se compró dos medias sandías que ofician de tetas. Melones resulta limitador.

Es super delgada y sus pantalones/faldas veraniegas son “pubitales”.

Alguien metió en *faceboock* una foto suya cuando se ducha, llevando puesto un bikini de 2 cm., y mientras se refriega los melones hasta que le llegan al cuello. Extraño efecto porque son totalmente redondos y sólidos (a lo mejor son de caucho, no de silicona).

Pues bien: en 2 días pincharon 9.000 veces su imagen.

Como hay un programa que sigue a los GH las 24 horas del día, se constata que su conversación se centra repetidamente en lo importante que fue para ella conseguir los melones (aparte de que también se infló los labios, y el de arriba le llega casi a la nariz). Antes de operarse no la miraba nadie, mientras ahora vaya a donde vaya es el centro de la atención.

A lo mejor mañana cae otra demencia, pero no creo que nada pueda superar lo anterior.

-Segundo-

Cada finde se comunican amablemente los nombres de los chavales muertos en la carretera al salir de las discotecas, llenos de alcohol y anfetos.

Durante la semana la tele va transmitiendo el funeral de los difuntos, presididos por el alcalde de turno, que ha decretado el luto del pueblo. Y todos sus paisanos aplauden cuando llega el féretro a la iglesia.

Empezó la costumbre en el período de los asesinatos políticos, pero ahora incluso si alguien muere de meningitis, basta que sea conocido por cualquier motivo que tiene los honores de la prensa. Por eso todo el pueblo se precipita para saludar con la manita en cuanto empieza la crónica.

Me deja perpleja que, en un país en donde los habitantes de sexo masculino se precian de ser grandes machotes, disfrute de gran renombre un grupo de actores, de edad comprendida entre los 60 y los 70 años, que llevan 30 haciendo espectáculos vestidos de mujer.

La familia de los Saboya, en cuanto el gobierno les permitió el regreso a Italia, empezaron a cubrirse de gloria.

El primogénito se puso a hacer la publicidad de una marca de aceitunas, estuvo presente en numerosos programas como "opinionista" e incluso participó en un programa llamado "Bailando con las estrellas", porque necesitaba dinero para mantener a sus dos hijas.

Su papá hace años, mientras se encontraba en su yate, se puso a pegar tiros con un rifle y mató a un chico alemán que estaba durmiendo en una barca anclada en las cercanías. El proceso duró dos años... y no pasó nada. Un par de años más tarde lo detuvieron por estar mezclado en blanqueo de dinero en los Casinos, droga y prostitución.

La señora madre, por su parte, se ha hecho tantas operaciones de estética, que tiene la cara completamente hinchada y paralizada.

Por extraño que parezca, en la boda de su hijo lucía unas enormes gafotas; sabe Dios que ocultaba.

Pero eso no evita que tenga una mala uva loca. Si le hacen entrevistas al marido, generalmente cuando lo detiene la policía, le sugiere al consorte **en francés** lo que tiene que decir.

Ella es italiana...y el consorte ídem. ¿¿??

Aquí las “nenas” tienen un gran futuro.

Una especie de porno-diva, con labios tan hinchados que no sé cómo puede hablar, especializada también en una línea de ropa interior sexy (10 cm de tejido por prenda) quiere candidarse como diputado europeo, para hacer algo nuevo.

Suele vestirse con una especie de enaguas de encaje encima de un tanga.

Probablemente la eligen, porque antes mandaron a Bruselas a dos parientes del jefe de un partido que dejaron la escuela a los 14 años: uno era propietario de una gasolinera y el otro tenía un salón de coches.

Dado los sueldazos que se meten en la cartera, (y creo que son vitalicios) todo quisque se apunta al rol.

Claro que no hay que olvidar que en el Gobierno estuvo una nieta de Mussolini, sobrina de Sofía Loren, que antes de que lanzara a la vida política era actriz de películas semi-porno.

Se fue hinchando los morros sin prisas pero sin pausas, mientras su mamá, también con la boca super inflada, hacía sus pinitos como “opinionista” en la tele.

Tengo que subrayar que cualquier persona que haga publicidad a colchones, a laxantes o a detergentes, siempre y cuando haya terminado la educación primaria, se apunta a desempeñar dicho papel.

Eso le permite dictar sentencia sobre cualquier tema: educación, literatura, política, familia, sexo (ahí puede que den en el clavo), etc.

Hubo un período en que me quedaba enganchada oyendo las memeces inauditas de que podían hacer alarde eméritos burros.

Poco tiempo después, para defenderme de posibles ataques de adicción a la chorrada, desenchufé la tele y la deposité delicadamente en la basura.

Felices postrimerías de 2019

La última parte de 2019 estuvo llena de sorpresitas que me parecieron muy majas.

Para muestra algunos botoncitos:

-1-

A la entrada de mi banco suele haber casi siempre un “vigilante”, que debe aburrirse un montón, al estar allí plantado sin hacer nada.

Un día cualquiera, al salir, el de turno me ofreció una primorosa florecita plateada con tallo y dos hojas. Le pregunté cómo la hizo y me contestó que había utilizado el papel de los cigarrillos.

Intrigada, quise averiguar por qué me tocó ese honor. La respuesta fue: “porque es la única persona que siempre saluda al llegar y al marcharse”.

Por extraño que parezca, dada mi habitual verbosidad, ME QUEDÉ SIN HABLA.

-2-

A finales de octubre fui a una boutique del centro, donde algo así como 10 años atrás compré varias prendas raras.

Me dediqué a curiosear y a alabar lo expuesto, comentando que tenía el armario repleto de las maravillas que había adquirido precedentemente.

Al despedirme, ya cerca de la puerta, la señora me hizo señas de que me parara, se dio la vuelta y me alargó un precioso collar diciendo: “para agradecerle su fidelidad”.

Me quedé sin habla.

Lo tengo colgado de la llave de la mesilla de noche y así lo veo siempre.

-3-

A mediados de noviembre decidí “montar” la chuminada que se plasmaría en “Mi anómala boda”, reuniendo todas las fotos de mis “criaturas” de forma redonda.

Hablé con el impresor preguntándole si se podían uniformar dichas fotos, hechas por diversas personas en diferentes años, y luego catalogarlas según diferentes temas.

Dos días más tarde me dijo que hacer ese trabajo vendría a costar como mínimo 200 euros.

Decidí pensarlo un momento y bajé al metro, al recordar que una chica que trabajaba en una tiendita de fotos años atrás me había trasladado a varios CDs todas las diapositivas de las prendas de punto hechas por mí y publicadas en su día (las que componen mi blog, para entendernos).

Le indiqué cual era mi idea y ella me dijo que le apetecía hacer ese trabajo.

Me fui a casa y volví con la carpeta donde constaban los capítulos acompañados de las correspondientes fotos,

También le di una llave USB, claro.

Cuatro días más tarde me llegó un correo diciendo que el trabajo estaba terminado.

Cuando fui a recogerlo me advirtió que las había puesto todas en tamaño A4 por si quería imprimir dicha "boda".

Precio: 5 euros.

Cuando protesté, porque me parecía demasiado barato, un precio de broma, vaya, me respondió, riendo: "los dulces españoles eran muy ricos".

Recordé entonces que en las Navidades de 2018 le había entregado un paquete con los clásicos productos navideños españoles: polvorones, alfajores, mantecados, etc....

Y este año hice lo mismo, claro.

¡¡Me encantaron estos botoncitos!!

ÍNDICE

Lo que toca oír por no ponerse tapones en las orejas

Introducción	5
La descocada	7
La independiente	11
La romántica empedernida	15
La credulona	19
La alegrota	23
La sufrida	27
La frivolona	31
La tremendona	33
Las estrategias	37
La maniática	41

Nimiedades

¡Marchando tres de ósculos!	45
¡Qué agobio eso de pasar una semana “lanosa”!	47
¡Si las paredes hablaran!.....	51
¡Vaya con la boda de pueblo!	55
Un 31 de diciembre	57
Descubrimiento tontísimo: los ajos son hermafroditas	59
Experiencia sin kyrie eleison	61
Guareschi, don Camilo, el Lambrusco y menda	63
Noche de paz, tralala, tralala	67
Sorpresitas del supermercado	69
Un 25 de diciembre poco usual	71
Una infancia sumergida en el incienso	73
“¿Usted es la que escribe?”	75

Despotricando a mansalva

Érase una vez la oficina de Correos	79
Comprar billetes de tren ¡ayyyyyy!	83
¡Qué vienen los chinos!	85
El volumen, ¿sigue siendo guay?	93
Las trivialidades de Berlusquistan	95

Ondiñas veñen e van, tralalá, tralalá...

Por algún lado se empieza	99
Se dice que allá arriba hay alguien que aprieta pero no ahoga	105
Chismorreos de “escuchadora” o mirona, según se tercié	107
Yendo y viniendo	123

Popurrí

Ahora una de carabineros	127
¡Venga, algunas de médicos!	129
Cosas del lenguaje	131
Reminiscencias televisivas	133
Felices postrimerías de 2019	137

